

la
chica que
oía canciones de
Kurt Cobain



MIGUEL
AGUERRALDE



editorial
siete islas

la
chica que
oía canciones
de Kurt Cobain

- MIGUEL AGUERRALDE -



editorial
siete islas

© La chica que oía canciones de Kurt Cobain
© Miguel Aguerralde

ISBN: 978-84-947296-1-4
Depósito Legal: GC 910-2015

Primera edición: Marzo de 2016

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com
Correcciones y estilo: Laura Ruiz Medina
Ilustración Portada: Andrea García Grande
Ilustraciones: Mayte Pozo Hernández
Maquetación: Kharmedia.es

Visita nuestro blog: www.blogeditorialsieteislas.com y nuestro canal de Youtube.

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección:
editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

#LCQOCDKC #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor.
Todos los derechos están reservados.

Para Elisa,
la primera nota de cada acorde.



Índice

- [1. The man who sold the world](#)
 - [2. Dumb](#)
 - [3. Stay away](#)
 - [4. Smells like teen spirit](#)
 - [5. School](#)
 - [6. About a girl](#)
 - [7. Son of a gun](#)
 - [8. Love Buzz](#)
 - [9. Very Ape](#)
 - [10. On a plain](#)
 - [11. In Bloom](#)
 - [12. Milk it](#)
 - [13. Been a son](#)
 - [14. Territorial Pissings](#)
 - [15. Scentless Apendice](#)
 - [16. Rape me](#)
 - [17. Scoff](#)
 - [18. Drain you](#)
 - [19. Stain](#)
 - [20. Come as you are](#)
 - [21. Aneurysm](#)
 - [22. Swap Meet](#)
 - [23. Polly](#)
 - [24. Blew](#)
 - [25. Pennyroyal tea](#)
 - [26. Something In The Way](#)
 - [27. Heart-Shaped Box](#)
 - [28. Lithium](#)
 - [29. Breed](#)
 - [30. Where Did You Sleep Last Night](#)
 - [31. All apologies](#)
 - [32. Sliver](#)
 - [33. Sappy](#)
 - [34. Oh, me](#)
 - [35. Negative Creep](#)
 - [36. I Hate Myself And I Wanna Die](#)
 - [37. You Know You're Right](#)
 - [38. Serve The Servants](#)
- [CRÉDITOS](#)
[GLOSARIO](#)

1. The man who sold the world

Oh, no. Not me
We never lost control

Recuerdo aquel nueve de abril del noventa y cuatro como un sábado triste y gris. Recuerdo desayunar cereales en la cocina mientras mi madre preparaba el almuerzo —a mis casi dieciséis no era yo mucho de madrugar en fin de semana— y escuchar los gritos de mi hermano mayor desde su habitación en el piso de arriba.

—¡Mierda, mierda! —repetía.

—¿Qué es lo que sucede, Jesús? —le preguntó mi madre.

—¡Le han encontrado muerto! ¡Se ha suicidado! —contestó él. Su voz sonaba lejana y fangosa, como si gritase desde el interior de una lata de aceitunas. Mi madre probó el puchero sorbiendo un poco del cucharón de madera y se me acercó un segundo.

—¿Quién se ha muerto?

Yo me encogí de hombros con indiferencia. Hacía tiempo que las tontadas de Chechu habían dejado de interesarme.

—A saber —le contesté. Me metí en la boca la siguiente cucharada de copos de maíz con miel y pasé la última página del As del día anterior, olvidado allí por mi padre. Ella frunció el ceño cuando vio la foto de la modelo en bañador, pero yo le mostré las palmas limpias de mis manos: aquello no era cosa mía.

—Date prisa, Pablo —repuso—, que se te va a juntar el desayuno con la comida.

Resoplé. Mi madre volvió a los calderos y desmenuzó una pastilla de Avecrem sobre el puchero. Pedazos de puerro, de apio y de varias verduras más, cuyos nombres confundiría si intentara decírtelos, se acumulaban sobre una tabla de cortar, y mientras se esforzaba por tirarlos a la bolsa de basura sin empantanar el suelo escuchamos los zapatazos de Chechu bajando las escaleras como un tropel de caballos.

—No puedo creer que haya muerto... —murmuraba, con los ojos enrojecidos. Se había vestido para hacer deporte, llevaba una camiseta de publicidad de Continente, su chándal gastado Karhu y un sobrecamisa de cuadros rojos atado a la cintura. Apenas nos miró un segundo, contrariado,

antes de coger su chaqueta y marcharse. Mi madre le preguntó si vendría a comer pero solo escuchamos su bicicleta alejarse.

—Bueno —me dijo ella, añadiendo una pizca de sal al potaje—, parece ser que comeremos solos.

—Estupendo —contesté yo sin levantar la cabeza. Ella arqueó una ceja.

—Ahora me quedo con la duda de quién habrá muerto —murmuró distraída.

Conectó el radiocasete portátil y desplegó su antena. En Los 40 Principales sonó Bruce Springsteen con la canción de esa película de Antonio Banderas que acababa de alcanzar el número uno. Mi madre la quitó, pulsando el play del reproductor de casetes, y lo sustituyó por Gloria Estefan y su dichosa Tierra Bella. Gracias Mamá, por el cambio.

—¿Tú estás seguro de que no sabes nada?

Dejé caer el diario deportivo y remojé el tazón vacío bajo el grifo.

—Me voy a ver la tele, Mamá —le dije, por toda respuesta.

—Muy bien. A ver si te enteras de algo. Espero que no haya sido nadie conocido.

Meneé la cabeza y fui hacia el salón, donde mi hermana pequeña, Lucía, jugaba en el sofá con un Nenuco al que le había hecho ya toda clase de perrerías. Me senté a su lado y encendí la tele, pero en el episodio de Pressing Catch, entre saltos y golpes falsos, no dijeron nada acerca de ningún suicida.

Mi hermano estaba cada vez peor. El caso es que me quedé sin saber quién había muerto —y tres pepinos bien gordos que me importaba—, pero aunque solo fuera por sanarle la magua a mi madre, me hubiera gustado averiguarlo.

2. Dumb

I think I'm dumb
Maybe just happy

Chechu volvió a casa pasada media tarde, sudando y apestando como un saco de calcetines sucios. Llevaba el pelo empapado y los bajos del chándal manchados de barro. Sin duda, había ido a jugar al fútbol a la cancha de tierra y le había caído el diluvio. Es que mi hermano mataba sus frustraciones así, sufriendo.

—¿Te ha llovido? —le pregunté con una risilla, sin apartar demasiado la vista de la pantalla.

Mi Super Nintendo echaba humo, a punto de vencer al enemigo final de Mortal Kombat II. Yo siempre jugaba con Johnny Cage, no porque fuera mejor que Liu Kang o Raiden, sino porque el paquete era yo y uno de los pocos movimientos que me había aprendido de memoria y que siempre me funcionaban era la patada rápida de aquel actor de Hollywood metido a luchador, que ahora estaba a punto de batirse el lomo con el retorcido Shao Kahn. De todos modos, mi hermano no atendió a mi burla y ni siquiera pasó por la ducha, el muy cochino. Se encerró directamente en su cuarto con un portazo y puso a tope su equipo de música. El dichoso grunge, que para mí no era más que un ruido molesto que sonaba siempre igual, taladró mi concentración y Shao Kahn se lo pasó en grande haciéndose un abrigo con mi triste Johnny Cage.

Lo dejé por imposible.

Bajé al salón y encendí el ordenador, cuya configuración tardó en cargar lo que yo en hacerme un sándwich de Nocilla y un colacao caliente. Me coloqué los auriculares para que el Informe Semanal de mi madre no me cortara la inspiración y dibujé cuadraditos con el cursor del ratón sobre el tapiz de los Chicago Bulls en lo que se recuperaba mi partida empezada del Doom.

—¿Tú tienes hechos los deberes? —me preguntó ella. Jamás entendí por qué ponía la tele tan alta si no le hacía ni caso desde la tabla de la plancha. Yo asentí con un gruñido. Tres alienígenas deformes me bloqueaban el paso por un callejón laberíntico y pixelado en 16 bits y tuve que quitármelos de en medio con mi rifle de plasma.

Me encontraba en plena batalla contra una pareja de cráneos cornudos y llameantes que me perseguían flotando por el nivel quince, cuando escuché una

voz grave a mi espalda.

—¿Y eso tiene algún final?

Me quité los auriculares y me di la vuelta. Mi padre me observaba desde el sofá por encima de un periódico arrugado. Me pregunté cuántos kilómetros habían hecho esas páginas hasta que por fin había podido sentarse a leerlas.

—Hola, Papá, no te oí llegar.

—¿Cómo ibas a oírme, hijo —me contestó, levantándose para darme un beso. Su bigote encrespado me pinchó en la mejilla—, con ese barullo en la cabeza? Entre tu pimpampún y la verbena chillona de tu hermano arriba, se me van a quedar dos hijos sordos.

—Todavía tendrás a Lucía para escucharte —le dije. Mi madre se echó a reír.

—Calla, que el otro día me tuvo toda la tarde oyendo vuestras viejas cintas de Enrique y Ana.

—Uf, Mamá, ni me los nombres.

—Sí, ahora que no te los nombre, pero entre esos dos y los payasos de la tele, bien que te pasabas el día cantando de chinijo.

—Eso era antes, Ma.

Fruncí el ceño y me giré de nuevo hacia la pantalla. Estaba seguro de que el letrero rojo con la palabra EXIT que me llevaría al nivel dieciséis quedaba cerca, aunque me había pasado las cuatro últimas tardes buscándolo. Sí, era un jugador pésimo pero entusiasta.

—Ay, Pablito —dijo mi padre alborotándose el pelo. Por un momento pensé que me giraría y le arrancaría esa mano de un mordisco—. A ver cuándo te dejas de conquistar Marte en maquinitas y empiezas a hacerlo leyendo libros.

—Eres un antiguo, my friend —le contesté.

—Yo leía a Asimov, Clarke, Phillip K. Dick... En aquellas novelas Marte no tenía ese aspecto.

Volví a ponerme los cascos y su voz se fue apagando mientras se alejaba de regreso al sofá, hasta desaparecer del todo cuando retomé la partida y mis sentidos quedaron saturados de gruñidos, disparos y explosiones. Observé su reflejo volverse pequeño en el cristal del monitor. Aunque jamás lo reconocería, me había gustado que se acercara a saludarme, a hablar de mi juego, a compartir conmigo sus recuerdos. Me costaba imaginarle leyendo algo que no fuera El País o el Marca. Me costaba imaginar, incluso, que alguna vez hubiese sido pequeño, a pesar de las fotos mil veces vistas de él con

alguno de mis tíos, barbilampiños y repeinados todos, haciendo el café por los senderos de la cumbre. Entonces no me di cuenta de cuánto me hubiera gustado seguir escuchándole.

3. Stay away

Monkey see, monkey do

Away

El domingo por la mañana mis padres decidieron por su cuenta y riesgo que hacía un día precioso para ir a la playa en familia. Que eso significara pisotear mis planes de rascarme la barriga y jugar a videojuegos no pareció importarles, pero yo me hice el remolón y desde que les vi organizar los bártulos apuré el desayuno y me senté en la mesa del salón con el archivador abierto, un libro, creo que de Sociales, un par de bolis y cara de atareado. Lo cierto es que no tenía ni idea de lo que tenía delante.

Mi madre vistió a Lucía con su nuevo bañador de volantes amarillos, estaba guapa y radiante como una princesa, y acto seguido preparó algo así como quince toneladas de filetes rusos a los que encontró acomodado en nuestra vieja nevera azul, a la que ya ni la cinta de embalar rescataba su asa rota. Mi padre metió también una botella de plástico rellena de gazpacho y un atillo de latas de refresco.

—Vamos a Playa del Inglés —me dijo, y adiviné sus intenciones. A Chechu ni se habían atrevido a preguntárselo. Llevaba encerrado en su cuarto desde la tarde anterior y, aunque tenía solo tres años más que yo, parecía haberse ganado alguna especie de galones invisibles que le convertían en independiente e in-tocable, así, con retintín. Para mí solo era un «in-bécil»—
¿Te vienes?

Mi única ilusión ese domingo era quedarme solo para instalar en el ordenador el videojuego Alone in the dark que me había prestado Javier, de modo que decliné elegantemente la oferta de mi padre.

—Qué va, Papá... —le contesté con cara de agobio y moviendo las manos por encima de los apuntes como si no fuera capaz de abarcarlos todos— Tengo un examen mañana, y muchísimo que hacer...

Mi padre me miró con gesto torcido, creo que su cara decía algo así como y tú te piensas que yo me creo que los peces maman, más o menos. Iba a responderme algo cuando intervino mi madre.

—Deja que se quede, Juan —la amé—. Alguien tiene que alimentar a Chechu.

Los tres miramos hacia arriba como si adorásemos a la Virgen. Desde el

cuarto de mi hermano llegaban una batería incansable y un griterío confuso.

Lucía entró en el salón con su bañador, sus coletas y un cubo de plástico blanco y lila. Me golpeó en la rodilla con un rastrillo amarillo como si llamase a una puerta.

—¿No vienes a paya, Pabo? —me dijo. Yo gruñí de rabia y la levanté por los aires.

—Pa-blo. ¡Pa-blo! —ella se echó a reír, pero seguiría llamándome Pabo durante muchos años. A menudo hoy todavía lo hace.

—Les he dejado una bandeja de filetes rusos y algo de ensalada para los dos —continuó mi madre—. Asegúrate de que tu hermano coma.

—Como si fuera mi problema.

—Tú hazle que coma.

Lo que usted ordene, Lord Vader, pensé. Ella me plantó un beso en la frente y mi padre volvió a revolverme el flequillo, señal inequívoca de que debía cortarme el pelo y arrebatarme una siguiente oportunidad.

—Les llamaremos por la tarde, de camino al aparcamiento —anunció. No sé si pretendía que sus palabras sonasen como una amenaza—. Y más te vale que cuando volvamos hayas estudiado —ésta seguro que sí.

Oí el motor del R5 rugir, con su característico quejido de octogenario tuberculoso, y bendije el momento en que dejé de escucharlo. Por fin solo. Me asomé a la ventana de la cocina para comprobar que de verdad se habían marchado y que el silencio no era debido a que el coche hubiera sucumbido definitivamente, y robé del frigorífico uno de esos filetes rusos. Lo fui mordisqueando de camino al piso de arriba y toqué dos veces en la puerta de mi hermano, pero yo creo que confundió mis golpes con las sacudidas del baterista de Pearl Nirvana, Green Jam, Radioday o quien quiera que fuera el que estaba escuchando. Ruido era ruido, y aquellos jóvenes estaban muy enfadados. Le pregunté si tenía hambre, si necesitaba algo. Terminé mandándole a la mierda.

Mi mochila con el logo de Jordan espatarrado esperaba en el mismo punto exacto de la habitación en el que la había dejado el viernes al volver del instituto. Me senté en la cama y la coloqué sobre mis piernas, y con el mismo nervio que Indiana Jones robando el ídolo de oro del templo de los Obitos abrí las cremalleras y extraje el estuche acartonado del Alone in the dark. Solo me faltaba la roca gigante persiguiéndome, porque para mí ese videojuego significaba lo mismo que aquella cabeza dorada para el doctor Jones. Observé en la portada la lúgubre mansión y el intrépido investigador preparado para

entrar en ella armado tan solo con un quinqué, y corrí escaleras abajo.

En el ordenador personal del salón instalé uno por uno los cuatro disquetes de tres y medio en el orden indicado y cuando aparecieron las letras y empezó a sonar la música, cuando estaba a punto de disfrutar de la mejor tarde de mi vida, me sobresaltó el teléfono. Pensando que se trataría de la agonías de mi madre, contesté. Otra voz muy distinta me sorprendió al otro lado.

—Vamos, Pablito, quítate el pijama de Sailor Moon y baja a la cancha, que tenemos partido —me ordenó con desgana Javier, mi compañero de clase y de pachangas baloncestísticas.

Yo miré a mi pantalla, Edward Carnby me esperaba.

—No jodas, Javi —protesté—. Estaba a punto de poner el juego.

—¿Qué juego? ¿El mío? Anda, bobo, eso ya es viejo. Te lo prestaré dos días más si quieres. Venga, te estamos esperando y sin ti nos falta uno.

Maldije en voz baja y me acordé de su madre. Ojalá te pierdas y no te encuentre ni Paco Lobatón, pensé. Pero qué diablos, como diría Doc Brown, un partido de básquet era un partido de básquet, y Carnby y la Mansión Decreto podían seguir esperando.

Me cambié de ropa y apagué el PC, pegué en la puerta de Chechu un papel con instrucciones para evitar su inanición, descolgué la bici y al poco me reuní con Javi, Carolo y el resto de jugadores en la cancha de Buenavista.

4. Smells like teen spirit

Here we are now
Entertain us

El Parque de Buenavista está situado delante del que había sido mi colegio y enclavado entre una serie de altos edificios. Ahora está remodelado pero en aquel entonces la parcela principal era una sosa explanada de cemento gris, que eufemísticamente llamábamos *El Parque Blanco*, y a su lado una verja de color verde óxido, más bien desvencijada, albergaba una cancha de fútbol y otra de baloncesto, aunque esta última habitualmente terminaba convertida en una cancha de *futbito* supletoria. De manera que cuando queríamos echar unos tiros teníamos que desalojar primero a los futboleros que no habían encontrado acomodo en la cancha principal.

Cuando llegué y dejé la bici detrás de una de las canastas, ya mis compañeros habían empezado a entonarse. Me sumé a la rueda de tiro detrás de Javi, que me miraba como si fuera a ahorcarme de un momento a otro, y delante de Carolo, un italiano alto y estilizado de ojos claros que sí, igual mano con las muchachas tenía, pero con el balón y el aro, lo justo. Los tres éramos grandes amigos, con nuestros rifirrafes, como es lógico, pero formábamos un buen grupo.

Javi era algo así como el líder de la manada, él se lo guisaba y se lo comía, básicamente porque de algún modo solíamos hacerle caso. Por ejemplo, se había encargado de organizarnos el equipo: iba a jugar él mismo como pívot, por ser el más alto y pesado, yo como base apañadete, Carolo se quedaría a media distancia para tirarse hasta las zapatillas, y dos amigos más, los hermanos Aday y Víctor, se batirían el cobre a empujones contra las fieras del equipo contrario.

—Los conoces, ¿no? —me preguntó Javier, señalando con la cabeza hacia nuestros némesis.

Yo asentí.

—Sí, a casi todos. Jandro es de clase...

—Ese será el base, así que es tuyo.

—A Bea la conozco bien, juega aquí siempre.

—Hará de escolta, que la pille Carolo.

—Pobrecita.

—Ya.

—¿Quiénes son los otros tres?

—Son de Cruz de Piedra. Son buenos, ojo. Aquel delgado es Iván, aunque por alguna razón le llaman Gamba.

—Mírale los ojos.

—Será por eso. El más alto es Luis, aunque le apodan Escalera.

—Entiendo.

—Y el mulato de la camiseta de Charles Barkley se llama Eboé, y seguramente nos va a meter un saco de canastas.

—¿Ese no tiene mote?

Javier meneó la cabeza.

—Bastante les habrá costado aprenderse su nombre como para cambiárselo por otro —dijo—. Además, a ver quién se atreve.

—Imagino —asentí—, aunque solo por llevar esa camiseta espero coserle a triples.

El partido estaba a punto de comenzar. La cancha de baloncesto estaba rodeada por una pequeña grada de cemento de apenas dos escalones en la que se sentaban habitualmente las parejas de los jugadores —afortunado el que la tuviera—, otros chicos y chicas esperando su turno para jugar y, a veces, al fondo en la sombra, otros tipos mayores con peores pintas e intenciones menos saludables que las nuestras. Antes de empezar nos dirigimos al primer escalón para dejar los balones sobrantes, estirar un pizco e inflar las lengüetas de las Rebook Pump. Y a la señal de Javier comenzó el partido.

El primer balón me vino a mí, pero antes de darme cuenta, Eboé me lo había quitado y nos colaba los primeros dos puntos. Javi me dio una colleja.

—Espabila, Carlton —me dijo, recordándome al primo tonto de El Príncipe de Bel Air—, o te cambio por alguna de las pibas de fuera.

El comentario me hizo reír, qué tontería, e instintivamente miré hacia la grada. Nuestro equipo lo llevaba crudo si pretendían cambiarme por alguna de esas chiquillas repintadas y con las colas de caballo pegadas al cráneo, que se reunían allí para presumir de novio y fumar sus primeros cigarrillos a escondidas de sus padres. Me imaginé sus carpetas del insti forradas de fotos de Take That y me recorrió un escalofrío.

Sin embargo, a unos metros de la pandilla principal se había sentado una chica que no conocíamos de nada. Era delgada y morena, desaliñada, vestía con pantalones vaqueros ceñidos a la pantorrilla y una camisa blanca de chico con las mangas recogidas. No parecía estar interesada en el partido, sino que

oía música en unos enormes auriculares, recostada contra la verja mientras leía un libro. Menudo bicho raro, pensé.

Continuemos con el partido. Yo creía que me iba a defender Jandro pero en lugar de eso lo hacía Bea, la chica más rápida y ágil que jamás haya tenido enfrente con un balón en las manos. De todos modos, era más pequeña que yo, así que confié en que eso me daría cierta ventaja. Y una leche. Prácticamente no pudimos ni acercarnos a la canasta.

Al cuarto de hora ya nos ganaban de paliza, y nosotros con la lengua fuera. Eran veloces, certeros y parecían llevar la vida jugando juntos, mientras que nosotros éramos poco más que una banda desorganizada en la que Aday y Víctor hacía rato que habían dimitido de recibir más golpes, Carolo estaba más pendiente de sonreír a la grada que de meter triples y Javi se enfurecía con cada canasta en contra como el menor de los hermanos Dalton de Lucky Luke. Yo, por mi parte, solo quería irme a casa y jugar de una vez por todas al *Alone in the Dark*.

En el enésimo despiste, un pase hacia mí rozó mi mano, ni siquiera lo vi, y el balón terminó rebotando de camino al graderío. Aunque lo intenté, no conseguí llegar antes de que golpeará en la rodilla a la chica misteriosa.

Cuando ella levantó la cabeza me quise morir. El flequillo negro desordenado tapaba la mitad de su cara y su único ojo libre taladraba los míos con la rabia del hombre nuclear de Superman IV. La pelota rebotó en su pierna y regresó a mis manos.

—Perdón —le dije.

—¿Perdón? —bajó el libro y me miró enfadada mientras se frotaba la rodilla. En la portada naranja pude leer el nombre del autor, Bukowski, y el título, *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones*, que me sonaba a algo muy sucio— ¿Eso es todo?

Cuando recuperó la postura vi que su camiseta mostraba el logotipo de uno de los discos de Queen. No había olvidado el revuelo montado un par de años atrás por la muerte de su cantante y cómo a mi hermano le había dado por oír su música día y noche. Esos, en cambio, me gustaban, y no como los gritones afónicos que escuchaba ahora. Además, de Queen era la banda sonora de *Los Inmortales*, y, por Dios, de *Flash Gordon*. ¡Muerte a Ming!

—Bueno, sí, perdona —le contesté—. Tampoco deberías ponerte tan cerca de la canasta.

No sé ni cómo me atreví a lanzarle aquel reproche, y pensé que se me tiraría al cuello y me arrancaría la piel con sus uñas pintadas de negro. Pero no, en

lugar de eso miró por encima de mi hombro y fue como si viera por primera vez a los nueve elementos sudorosos que me esperaban. Se levantó y se dirigió a la salida. Al pasar por mi lado gruñó un «la próxima vez ten más cuidado» y me aturdió con su curioso aroma a champú de almendras y el taconeo de sus botas negras. Cuando volví al campo de juego, Javier y Carolo todavía se estaban partiendo de risa.

—Chico, hoy no tienes tu día —me dijo el italiano.

—Cállate, espagueti —le contesté—. Yo no fui el que le pegó el pelotazo.

Javier me pasó la mano por encima.

—No te quejes, pibito, que te hemos hecho el favor de tu vida.

La vi alejarse entre las sombras de los árboles que rodeaban la cancha. No la había visto nunca y pensé que nunca la iba a volver a ver.

—Vaya tía más rara —sentenció reanudando el partido.

5. School

Won't you believe it? It's just my luck.
You're in high school again.

El lunes en el instituto, por supuesto no había programado ningún examen de ningún tipo, por más que yo se lo hubiera prometido a mi padre, pero quizá a fuerza de utilizarlo como excusa el azar quiso que el profesor de Matemáticas decidiera regalarnos uno por sorpresa. De modo que tras una primera hora de tedio en Francés y una segunda de Literatura Española analizando otro inolvidable capítulo de *El Buscón*, la tercera hora fue una montaña rusa de integrales y derivadas divertidísimas. Créeme, vimos llegar el recreo como un oasis en el desierto. Al poco de salir al patio se acercó a mí Jandro. Se había levantado simpático.

—Menuda te dieron ayer, Pablete, ¿de verdad no te duele la espalda?

—Ay, Jandrito —contesté arrancando de un bocado un pedazo de sándwich de chorizo con mantequilla—. Agradezco que te preocupes pero por mí puedes irte a...

Interrumpí la frase, y eso que la réplica aguda era una de las lides verbales que mejor se me daba, porque mis ojos habían tropezado con los de ella. Salía del despacho del director y observaba el patio con indiferencia. Vestía un vaquero gastado, roto por las rodillas y metido por dentro de sus botas negras, y una sudadera azul marino que le quedaba deliberadamente grande. Sobre el pecho la imagen de un bebé buceando en una piscina a la caza de un billete de un dólar. Era ella, no cabía duda, la chica de la cancha, y el entusiasmo de Javier me lo confirmó cuando llegó a mi lado.

—¡Mira, Pablo, tu amiga! —exclamó abrazándome tras salir del baño. Me pasó la mano húmeda por la cara y se me escapó una mueca de asco, aunque suponía que se la había lavado.

Carolo se partía el pecho a su espalda. Nuestro amigo italiano, con sus kilos de gomina, parecía un clon de los «tolais» de New Kids on the Block que todavía poblaban las carpetas de las compañeras de los cursos superiores.

—Quizá quieras ir y decirle algo como pe-pe-perdón...

—Sí, le diré que tengo un amigo idiota —repliqué.

La chica observaba el minúsculo patio, demasiado pequeño para cualquier instituto medianamente serio, y a los chicos y chicas que nos apiñábamos entre

sus paredes. Debíamos resultar alienígenas para ella. Llevaba en la mano su novela naranja y al hombro una mochila de tela negra agujereada por decenas de chapas de colores con los logotipos de todas las bandas musicales del universo conocido. Identifiqué la lengua de los Stones, el escudo de Guns and Roses y la tipología de Los Beatles. Poco más entre tanto y tan diferente.

—No, en serio—añadió Javier—. Acércate y dale la bienvenida.

—Ustedes lo que son es unos...

—No te atreves, lo entendemos —apuntó Jandro.

Javi me regaló un codazo en el abdomen.

—Sí, tiene miedo de que le pegue con su novela en la cabeza.

—Déjenme en paz, es un bicho raro, no me interesa.

Los tres se echaron a reír.

—Un bicho raro, claro —se burló Carolo—. Por eso no dejas de mirarla.

—Con esa cara de bobo —rió Jandro—, mejor no te acerques, no vaya a pensar que eres una nenaza.

—Me están tocando las narices ya —protesté.

Javier se puso detrás de mí y me cogió por los hombros como el preparador de un boxeador antes de un asalto crucial. Forzó la voz de Rocky Balboa para hablarme al oído.

—Vamos, Tommy Gunn, demuéstrole que tienes lo que hay que tener.

Carolo y Jandro se retorcían de risa.

—¡Más que Tommy Gun es Screech Powers! —exclamó el italiano.

Yo estaba seguro de que ella ya se había dado cuenta de la pantomima. Mis amigos me estaban causando vergüenza propia y ajena al mismo tiempo.

—Venga, quítense de encima, ¡voy!

—¿En serio?

Empecé a caminar hacia el despacho de dirección. Creo que me temblaba todo de pies a cabeza, desde las rodillas súbitamente frágiles hasta el flequillo desbaratado. Recuerdo ese momento con especial claridad porque fue el primero en que sentí ese cosquilleo que los cursis y la Super Pop definían como mariposas. Ahora sé que solo son nervios, unos nervios terribles incentivados por el miedo al ridículo, pero entonces para mí era una sensación incomodísima que atentaba contra mi hombría.

Ya había sentido un comienzo de este extraño síndrome meses atrás, al conocer a la profesora de Física, pero tras forzar malas notas en un par de exámenes para asegurarme las clases de recuperación con ella en los recreos, y comprobar que en las distancias cortas no me parecía tan tremenda como

Carolo y Javier se empeñaban en defender —a veces incluso con dibujos que jamás podrían enseñar a sus hijos—, dejé de sentirlo. Sin embargo, esa mañana el cosquilleo regresó y más que sentir mariposas digamos que mi estómago bailaba el hula hoop alrededor de mi cintura, sonaba Mariah Carey en mi cabeza y sentía mi pulso latir como una carga del Quinto de Caballería. Entonces, cuando me quedaban dos pasos para alcanzarla, la orientadora del centro la tomó del brazo y subió con ella las escaleras.

Salvado por la campana, ¿no me llamaron Screech? Sonreí como un idiota y regresé con mis amigos. Desde la distancia la vi mirarme de reojo pero ella..., ella no sonreía.

6. About a girl

I'm standing in your line
I do hope you have the time

Terminó el recreo y subimos a clase, cada uno ocupó su asiento y recogimos los bártulos de Matemáticas para recibir la hora de Lengua con una sonrisa. En la pizarra alguien había dibujado el monigote ahorcado de una mujer con ortodoncia y gruesas gafas de pasta, señal de lo mucho que nos gustaba la asignatura.

Doña Berta entró al instante, con sus enormes lentes de culo de botella y esa sonrisa metálica con más hierros que el Tiburón de Moonraker. Escribió sobre la pizarra la palabra «Analizar» y a continuación una frase kilométrica que ni el chicle enrollable de Boomer. Se nos cayó el alma a los pies.

Semanas atrás habían decidido sentarme en la primera fila por mi tendencia inconsciente a despistarme y dejarme ir dibujando muñequitos en las últimas páginas de los cuadernos y en los márgenes de los apuntes, especialmente superhéroes y personajes de mis dibujos animados favoritos. Y mientras terminaba un Goku tremendo, de esbelta perfección hasta en el último detalle, el director del instituto llamó a la puerta y entró en nuestra aula obligándome a guardarlo todo con un respingo ridículo que arrancó la risa de mis compañeros de los pupitres más cercanos.

Con su pantalón siempre caído y la camisa amarilla con redondeles húmedos bajo las axilas, don Julián se atusó los hilos de cabello que le quedaban y nos saludó.

—Chicos y chicas, a pesar de llevar ya el curso bastante avanzado hoy ha llegado una nueva alumna. Ella... —giró la cabeza hacia la puerta— ¡Pasa, pasa! No te quedes ahí, qué chica más tímida —sonrió, y qué asco daba cuando lo hacía.

Ella surgió de detrás del marco de la puerta como un espectro melancólico, como una aparición lánguida nacida de las páginas de Otra vuelta de tuerca. Más que caminar se dejó caer hasta el centro de la clase con andares desfallecidos y desgarrados. Las mangas de su jersey caían más allá de sus manos, su cara parecía querer esconderse detrás del flequillo y su boca no mostraba atisbo alguno ni de sonrisa ni de especial nerviosismo. Todo en ella rezumaba distancia y tristeza, no estaba a gusto allí, entre nosotros, pero al

menos a mí me dio la impresión de que tampoco sería capaz de sentirse a gusto en ningún otro sitio.

Se quitó los auriculares con un gesto de la mano y los dejó colgados en torno a su nuca. Hasta mi pupitre llegaba el sonido enlatado de la música que escuchaba, y reconocí lo que era por la cantidad de veces que lo había oído a través de la puerta de Chechu, especialmente en los últimos días. Antes de continuar, el director le pidió que apagara el walkman y la voz de Kurt Cobain se cortó con un clic metálico. Le hizo un gesto para que saludase a la clase pero ella no movió ni una sola pestaña.

—Bien, te presentaré yo —el director carraspeó y leyó un papel que llevaba en la mano—. Su nombre es Layla, Layla Alonso, viene de un instituto de Madrid y a partir de ahora...

No escuché nada más, o al menos no atendí al resto de palabras de don Julián, «Filemón», como le llamábamos. La palabra Layla rebotaba en mi mente como el protector de pantalla del Windows, como la pelotita del Arkanoid, haciendo estallar mis neuronas con chispitas de colores. Su piel tan blanca y su pelo tan negro, apagado como toda ella, y la melancolía en su forma de mirar me inundaron de pena. Su novela naranja, mínima pizca de color en su semblante, era la única señal de que ese cuerpo delgado y de apariencia frágil sentía algo dentro. Y lo que sentía era miedo.

—¡Martín, Pablo Martín! —me gritó la profesora de Lengua, «Tiburón»— ¿En qué estás pensando? Vamos, termina de analizar la frase porque vas a ser el primero en salir a la pizarra.

El director y mi nueva compañera habían desaparecido de mi vista y en su lugar la maestra más fea que me hubiera echado a la cara me amenazaba con aquellos ojos pequeños, disminuidos aún más por los desproporcionados cristales de sus gafas. Asentí y fingí volver a mis apuntes, pero verbos, adverbios y predicados aparte, yo buscaba de reojo en los demás pupitres dónde podían haber sentado a Layla. Cuando me giré hacia la ventana la encontré mirándome desde una mesa pegada a la pared, cabeza caída, hombros torcidos y una mueca de tremendo aburrimiento.

—Aquí —me dijo, saludándome con los dedos e hiriéndome mortalmente de vergüenza.

Ni siquiera se molestó en abrir un cuaderno, si es que llevaba alguno en la mochila, y dejó pasar el resto de su primera hora de clase hojeando a escondidas ese libro tan sucio del tal Bukowski, fuera quien narices fuese.

El timbre del cambio de asignatura me salvó de un ridículo épico en la

pizarra y en un abrir y cerrar de ojos la poco agraciada profesora fue sustituida por el pipiolo de Bernabé, el joven maestro de Inglés que tenía a la mitad de las féminas de la clase compitiendo por sus sonrisas y a la otra mitad suspirando por un sueño imposible. El muy cabeza de buque intentó desplegar sus incuestionables encantos sobre Layla. La saludó con amabilidad profidén y trató de sacarle conversación al tiempo que se atusaba la melena como un émulo imbécil del American Gigolo de Richard Gere. Pero a todas sus obviedades la chica nueva respondía con monosílabos y sin mudar su gesto de desinterés.

—Entonces, ¿llevas mucho en nuestra ciudad?

—No.

—¿La conocías de antes?

—Sí.

—Veo que te gusta la música.

Layla solo arqueó las cejas y dejó que su jersey grunge y sus auriculares del tamaño de pomelos hablasen por ella. El profesor al final se dio por vencido y pareció pensar un momento, visiblemente contrariado porque sus dotes de Oficial y Caballero fuesen una verdadera mierda.

—Bueno, veo que no eres una chica muy habladora. Veamos... No quiero que te sientes ahí sola. Ven, pega tu mesa a la de... este chico.

«Pablo, imbécil», pensé, pero no lo dije, solamente le recordé mi nombre.

—Eso es, Pablo.

Layla y yo juntamos las mesas. Ella de mala gana, yo viviendo un sueño de fuegos artificiales, flores de colores y hadas sonrientes. Escuché la risilla mal disimulada de Javi y Carolo pero me dio igual, en mi cabeza sonaban fanfarrias y The Eye of the Tiger en modo All Star total. Sentí ganas de subir corriendo las escaleras del instituto y dar saltitos en la azotea con los brazos al viento.

—Bien —concluyó el profesor—. Él te ayudará a adaptarte y a abrirte a la clase.

Sí, sí, como si yo fuera a compartirla. El memo de Bernabé volvió a su escritorio, anotó no sé qué en una agenda —seguro que su fracaso y mi incontestable victoria—y salió de clase para traer rodando el carro del televisor y el vídeo.

—Hola, soy Pablo —le dije a mi nueva compañera de pupitre, ofreciéndole mi mano—. El del pelotazo.

Ella me respondió poniendo los ojos en blanco y con una mueca de fastidio.

—Hola.

Dos palabras en dos horas, «aquí» y «hola». Quizá no fueran las más bonitas ni hubieran sido dichas con especial cariño, quizá yo no fuera el conquistador más veloz pero, oye, con eso ya era el tonto más feliz del mundo. El profesor conectó los cables, encendió la tele, sacó una cinta VHS de una funda de cartón y la metió en el reproductor. Y mientras él hacía todo eso yo contaba mariposas, ahora sí.

—Bien, vamos a terminar la película del otro día —dijo—. Tomad nota de todo cuanto podáis para elaborar el resumen.

El tipo accionó la reproducción y la película comenzó por donde la habíamos dejado cuatro clases atrás. Los personajes animados, extraño experimento de dibujo sobre imagen real, corrían por una loma armados con espadas, bastones mágicos y hachas.

—¿Qué película es? —me preguntó Layla.

—El Señor de los Anillos —contesté—, todo un clásico.

—Vaya rollo —replicó ella. Me puso los pelos de punta.

—¿Pero cómo puedes decir eso?

—Es un coñazo, se carga la historia de las novelas, y ni siquiera está terminada.

Abrí los ojos como platos. Acababa de cagarse en Ralph Bakshi.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque he leído los libros. ¿Tú los has leído?

—Pues... no.

—Lo suponía. Bueno, pues sigue viendo tu película inacabada. Si un día te interesa saber el final me lo preguntas.

Me quedé sin habla pero al mismo tiempo no me pareció mala idea tener un día una charla con Layla sobre El Señor de los Anillos. Mis amigos se iban a morir de envidia.

—¡Qué narices! —añadió ella entonces—. Mejor te lees los libros.

La película no resultaba difícil de seguir en inglés. Tras revelarse Aragorn como heredero de Isildur y decidir que había que destruir el Anillo Único, tocaba correr con él hacia el Monte del Destino, en una caminata épica que la música rimbombante de Leonard Rosenman convertía en casi circense. Me fijé en que Layla prácticamente no miraba a la pantalla. Había sacado un pequeño cuaderno, casi un diario que guardaba en su mochila, y estaba escribiendo unas frases en él. Su letra era elaborada y ligeramente inclinada hacia delante, no era redonda como la de la mayoría de las chicas de clase, y lejos de utilizar

bolígrafos de tinta verde, morada o brillante, escribía en un sangrante negro con un rotulador de tinta china.

Maldita curiosidad, tuve que preguntarle.

—¿Qué escribes? ¿Poesía? —susurré.

—Una letra.

—¿De una canción? ¿Es tuya?

—No, claro que no.

Asomé la cabeza...

«Load up on guns and bring your friends

It's fun to lose and to pretend She's over bored and self assured Oh no, I know
a dirty word»

...Y no me enteré de nada.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Estoy triste —me contestó sin levantar la mirada de su cuaderno. Al lado de la canción empezó a bosquejar con la tinta negra la cara alargada de un chico con el pelo largo y alborotado sobre la cara.

—¿Triste por tener que cambiar de ciudad? ¿Por la mudanza?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy triste porque ha muerto.

—¿Quién ha muerto?

Me señaló con la punta del rotulador el dibujo que perfilaba. Yo puse cara de no tener ni puñetera idea.

—¿No sabes quién ha muerto?

Layla se giró para sacar una carpeta de su mochila y me enseñó una de las fotografías que la decoraban. Yo no era el más ducho en celebridades por aquel entonces pero pocos no hubieran reconocido la imagen de Kurt Cobain en esos días. La foto de la pegatina era la misma que Layla intentaba homenajear en sus apuntes, la de un joven de aspecto afligido y desarreglado, pelo pajizo sobre un lado de la cara, labios fruncidos, ojos acuosos y mirada fija en el objetivo de la cámara. De alguna manera siempre me sobrecogían las fotos de Cobain, o para bien o para mal.

—¿Ahora entiendo por qué mi hermano ha pasado todo el fin de semana encerrado! —exclamé, y el profesor me reprendió con una mirada severa.

—No me puedo creer que no te hayas enterado —replicó ella en voz más baja.

—No sé, no es mi tipo de música.

Layla devolvió la carpeta a la mochila y continuó con su dibujo. No era la

mejor dibujante del mundo, pero una vez vista la imagen en la que se basaba lo cierto es que se acercaba bastante. Al César lo que es del César.

—¿Y cuál es tu tipo? —añadió— Seguro que los Boyz II Men, o quizá el puto Phill Collins.

Fruncí el ceño y resoplé, la verdad es que Collins sí que me gustaba. No tanto con Genesis como en solitario, con ese redoble de In the air tonight. Y sí, qué pasa, las lentitas también las tararé alguna vez.

—Bueno, la música tampoco es mi prioridad ahora mismo.

Mi nueva compañera me miró con suficiencia.

—¿Tienes prioridades?

—Claro. El baloncesto, por ejemplo. Los videojuegos, el cine...

Layla me puso la mano en el hombro y me palmeó la espalda. Fue nuestro primer contacto y aunque no resultó demasiado mágico que digamos, tardé un buen rato en dejar de sentir ese calor en mi omóplato.

—Vamos. Que estás hecho un fiero.

El profesor me dedicó una mirada exenta de simpatía. Miré hacia delante, avergonzado, y terminamos la película.

7. Son of a gun

The sun shines in the bedroom when we play
The raining always starts when you go away

—¿Intenté contarle a Chechu lo que había sucedido, que había conocido a una chica a la que le gustaban los mismos grupos y la misma música que él oía, pero sacar a mi hermano de su enclaustramiento musical parecía un imposible. Al menos ahora yo sabía por qué escuchaba esas canciones noche y día desde el sábado anterior.

De modo que pasé de él como de las moscas y bajé a la cocina en busca de los diarios viejos que mi padre acumulaba en un montón debajo del cesto de las patatas y las cabezas de ajo, en espera de que Chechu o yo nos acordásemos de llevarlos a tirar, lo que solía traer como resultado la proliferación de una especie de insectos aplanados y viscosos que parecían crecer entre los papeles con la única misión de comerse las papas. Ahí quería ver yo a Ender y los suyos peleando contra semejantes insectores.

Internet todavía no estaba tan extendido como ahora pero «El Montón de los Periódicos» —así, en mayúsculas, como un rincón destacado de la casa— de mi padre era una fuente de información tan válida o más que la Wikipedia. Debo añadir que el coleccionismo de papelotes no era una afición suya en exclusiva, mi madre también acumulaba revistas del corazón en la misma medida, pero sus contenidos, la verdad, no me atraían demasiado. Tomé los periódicos del fin de semana y me senté en la mesa del salón a leerlos. En la sección de cultura de El País del sábado, el día que a mi hermano le habían entrado los siete males, encontré un artículo firmado por Juan Cavestany desde Nueva York que explicaba el suicidio de Cobain en su casa de Seattle. Había sido encontrado el viernes por un electricista, con un disparo en la cabeza y una nota explicativa en el regazo, como si hiciera falta. Los forenses habían certificado su muerte como producida el martes cinco.

Declaraciones de unos, opiniones de otros. Su banda nunca fue de las de mi cabecera, menos aún a causa del martilleo insistente de Chechu desde su cuarto, pero reconozco que leer detenidamente esa noticia y las de los días siguientes me dejó bastante tocado.

«Kurt Cobain, cantante de Nirvana, se suicida

de un tiro en la cabeza a los 27 años»

Me acordé de John Lennon, y de cómo a mi madre aún se le humedecían los ojos al hablar de Los Beatles, de los dos días sin ir a clase que se pasó Javier cuando murió Freddy Mercury, o de cómo lloré en mi habitación el año anterior cuando Michael Jordan anunció su retirada. Vale, no es lo mismo pero a mí me afectó muchísimo.

Al día siguiente llegué a clase temprano. Había robado de la ropa colgada en el tendedero una camiseta de mi hermano con la fotografía impresa de los tres miembros de Nirvana posando ante la cámara. Cobain llevaba un extraño gorro y peores gafas, además de un abrigo de piel ridículo y una botella de licor en la mano. Chechu la tenía tan desgastada que apenas se distinguían las caras de los otros dos, o igual era así, dichoso grunge. Layla llegó de las últimas, como era su costumbre, y cuando apareció por el pasillo el profesor ya había entrado y todos los alumnos estaban en clase menos yo. No se había quitado todavía los auriculares ni las gafas de sol, el pelo negro caía enredado sobre su cara como si no se hubiera acordado de peinarse esa mañana y llevaba una holgada camiseta blanca con el dibujo de un místico ángel alado sobre las letras IN UTERO en brillante color vino. Me pregunté si habría pegado ojo.

Pude escuchar el rumor chillón de su música antes de que apagara el walkman.

—Pensé que no te gustaban —me dijo, señalando mi camiseta.

—Sí, bueno —respondí con indiferencia—. Recordé que tenía esto por algún sitio.

—Ya.

Qué burda mentira. Sabía que Chechu me iba a retorcer el pescuezo como notase su ausencia. Nos sentamos en nuestras mesas y abrí mis apuntes de Mate mientras ella sacaba de la mochila su carpeta y un par de folios en blanco.

—Señorita Alonso —dijo el profesor—. Aquí, sin gafas de sol.

Ella obedeció a regañadientes y las dejó sobre la mesa. Después, con su rotulador de tinta china garabateó en el borde superior de la primera hoja la fecha y el nombre de la asignatura. Parecía que al menos iba a intentar seguir la clase.

—¿Estás mejor? —le pregunté.

—Nunca estaré mejor.

El profesor de Matemáticas se situó en el tercio izquierdo de la pizarra y empezó a garabatear fórmulas y operaciones. En menos de dos minutos el encerado quedó convertido en un galimatías de letras y números.

—Yo no he dado nada de esto —me susurró Layla.

—¿Cómo que no? Son derivadas e integrales. En Madrid tienen que habértelas enseñado.

—Quizá me las enseñaran y yo mirara para otro lado —contestó ella—, porque yo no he visto cosas así en mi vida.

—Bueno, no te preocupes. Las irás pillando sin prisa.

El profesor carraspeó y llamó la atención de la clase. Llevaba un taco de folios en la mano, sujetos por una goma, y leyó en voz alta las notas del examen sorpresa del día anterior.

—Esta prueba ha resultado un desastre y no les servirá para eliminar materia —dijo, una vez hubo terminado—. De manera que el viernes tendremos el control de evaluación de este tema.

—¿El viernes? —murmuró Layla.

Yo tragué un nudo de saliva.

—Bueno, pues con prisa.

8. Love Buzz

Would you believe me when I tell you
You are queen of my heart

En la hora de Educación Física recibí el balón de Javi como si me quemara en las manos. Di dos botes y se lo devolví, no me sentía todavía seguro en mi tiro porque seguía con la mente estancada en las derivadas.

—¿Dónde estás, tío? —me preguntó mi compañero propinándome un empujón. Me puso la pelota en las manos para que sacara de banda una falta.

—Está pensando en su nuova amica —añadió Carolo, con su perpetua sonrisa burlona. Se llevó las manos al pecho fingiendo el latido de un corazón —. Il suo amore...

Se llevó un balonazo en la entrepierna por eso.

Me daba rabia, en cierto modo, Carolo. No era ni más alto ni más simpático que Javier o que yo, vale, seguramente más guapo, pero por más que le gustase decir que tenía los ojos de Paul Newman, a mi juicio no llegaba ni al Brody de Los Vigilantes de la Playa. Por desgracia, para la representación femenina de nuestro instituto eso parecía ser ya más que suficiente. Para colmo, la mitad de las veces, era un tonto del culo.

Javi era más alto, un chico fuerte y deportista. Quizá demasiado alto y demasiado fuerte para las chicas de dieciséis, teniendo en cuenta que no resultaba especialmente agraciado. Algo así como un A.C. Slater sin permanente ni hoyuelos. Y por mi parte, yo era un tipo corriente tirando a feo. De manera que teniendo en cuenta que Carolo hacía la táctica del parchís, que cuando conseguía comerse una él contaba veinte, me temo que ligábamos menos que el Steve Urkel de Cosas de casa.

Pero es que lo mío era el cómic, el cine de serie B, los videojuegos, y nunca había encontrado una chica con la que me interesara intimar. Ya habría tiempo, me decía a mí mismo. Mariconazo, me decían mis compañeros. El caso es que precisamente por esto, que de repente tuviera una nuova amica, resultaba todo un acontecimiento.

—Mírala, ahí está —me dijo Javier. Layla había dejado a un lado la Educación Física y se había sentado en la grada para leer las últimas páginas de su libro.

—Ve allí y habla con ella —añadió Carolo—. Ven, te escribiré lo que

debes decirle.

—Me paso el día sentado con ella, imbécil —repliqué—. No necesito ir ahora a decirle nada.

Javier también intervino.

—Además, qué le vas a escribir tú, si no sabes ni hablar castellano.

Carolo no hizo ningún caso a nuestras puyas. Parecía tan interesado o más que yo en esa chica tan distante y misteriosa, porque no dejaba de mirar hacia ella sin el menor disimulo.

—¿Qué lee? —me preguntó— Anda siempre pegada a ese libro.

—“Buchosky” o algo así —contesté. Mis amigos me miraron con el gesto torcido.

—¿Bu-qué? —replicó el italiano— Eso qué es, ¿poesía?

—Y yo qué sé. Venga, sigamos jugando.

—Sí, claro.

Carolo me quitó el balón de las manos, lo lanzó al aire y lo palmeó hacia donde estaba sentada Layla. Javier se echó a reír.

—Ea, ahora ya tienes excusa para ir a parlare con ella y preguntarle de qué narices va el “Bochinche” ése.

Esta vez casi logré controlar la pelota antes del golpe pero por suerte no le dio a ella sino que se estrelló contra el cemento al lado de su bota. El susto sí que se lo llevó. Cuando llegué hasta allí me miraba por encima de sus gafas de sol. Quise que la tierra me tragara.

—Esto qué es, ¿una costumbre? —me dijo.

—Han sido... bueno... No deberías estar aquí. ¿Por qué no estás dando la clase?

Me señaló con un gesto sus vaqueros gastados y el burdo calzado.

—No he traído la ropa adecuada.

—Pero el horario ya te lo di ayer...

Se me quedó mirando, seca.

—Sí.

Tres segundos de tensión en los que mi corazón no latió ni una sola vez. Miré hacia atrás, a donde Carolo y Javier me esperaban cuchicheando entre risas.

—¿Querías algo? —saltó entonces ella. Me cortó la respiración y solo acerté a balbucear.

—Eh... Sí, la pelota.

—Pues cógela, y a ver si la próxima vez afináis la puntería.

Bajé la mirada y murmuré una disculpa. Empezaba a recular de vuelta a la cancha cuando escuché que me llamaba.

—Oye... —me dijo. De pronto la que parecía avergonzada era ella— He estado pensando que quizá necesite algo de ayuda... con eso de las integrales y tal.

—¿Ayuda?

—Sí, no creo que... Vamos, ni de coña me va a dar tiempo a entender de qué van y aprender a resolverlas de aquí al viernes.

—Es difícil.

—Quería preguntarte si podrías echarme una mano. No sé, quizá pudiera ir a estudiar a tu casa para que me lo explicaras. Un par de días, no más, no quiero quitarte tiempo de tu... lo que sea.

Dejé de escucharla. ¿Sabes cuando el sol brilla, los pájaros cantan y un coro de niños entona el Aleluya? Pues eso. Pero tampoco quería que se me notara. Miré por segunda vez hacia atrás, aguanté en mi garganta un grito a lo Michael Jackson y evité girar sobre mí mismo y agarrarme la entrepierna. En lugar de eso fijé mi atención en su novela.

—¿Qué es eso de Bukowski? —le pregunté, leyendo con dificultad el nombre del autor. Me extrañó que las palabras pudieran salir de mi boca.

—Es un escritor alemán —me explicó ella—. Murió el mes pasado. Pero dime, no me has contestado.

Hice como que me lo pensaba. Mmm... Déjame ver...

—Bueno, sí, supongo que sí.

—¿Supones?

—En fin, sí, claro. Sí lo necesitas te ayudaré con Mate —concluí con mi voz más varonil. Solo me faltó decirle “agárrate a mí, pase lo que pase no sueltes el cable”.

—Vale... —me respondió, no muy conforme con mi forma de plantearlo— De todos modos hoy no puedo, ¿qué te parece mañana?

Quedamos en eso y regresé con Javi y el italiano, pero ahora hinchado como un pavo real con todo mi plumaje desplegado. Cuando les conté lo sucedido se quedaron mirando a la pelota como si de la lámpara mágica se tratase, solo que ese genio me había dado todos los deseos de golpe. El elefante, el paseo en alfombra y la princesa sin tener que aguantar las canciones. Pablo uno, resto del universo cero.

9. Very Ape

I'm too busy acting like I'm not naive
I've seen it all, I was here first

—¿Traer una chica a casa? —se sorprendió mi madre. Dejó de doblar sobre la mesa la ropa ya seca y miró de reojo a mi padre, que leía el periódico en el sofá. Lucía se había quedado roque bajo los efectos de la telenovela *Marielena*, capricho materno insalvable, mientras Chechu, que hacía vida social por primera vez desde aquel trágico sábado, hojeaba un Don Balón atrasado en un receso antes de volver a enclaustrarse en su cuarto para estudiar— Supongo que sí, que no hay problema.

Mi padre recibió la indirecta y agarró el hilo de la conversación.

—¿Una chica? —farfulló sin demasiado interés— ¿Y vas a ayudarla a estudiar? Por mí no hay problema pero me preocupo por ella, ¿está segura de que quiere que seas tú quién la ayude?

—Gracias, Pa.

Mi hermano se levantó del sillón con una sonrisa burlona. Vino hacia mí y me golpeó con la revista enrollada en el brazo.

—Mi hermanito va a estrenarse...

—Calla, idiota —el muy simpático se detuvo a enredarme el pelo— ¡Mamá!

—Déjale en paz, Jesús.

—Me gustabas más deprimido, imbécil —le grité. Él recogió su mochila entre risas y se marchó escaleras arriba. Me giré hacia mis padres—. Bueno, entonces tengo permiso o no.

Los dos se miraron.

—Claro, hijo. No te preocupes —concedió mi padre. Lucía levantó la cabeza desperezándose.

—¿Pabo tiene novia, Mami? —preguntó. Yo resoplé, mi casa era una jaula de locos.

—Me marchó con los chicos —anuncié—. Vamos un rato a jugar a la playa.

—Bueno, espera —intervino mi madre—. Dinos al menos cómo es tu amiga.

Alcé las cejas y me rasqué la cabeza.

—Pues es... rara.

—¿Que va a ir a estudiar a tu casa? —exclamó Javier llevándose las manos a la cara en la típica imitación del Macaulay Culkin de Solo en casa. Una escena mítica, todos estábamos seguros de que ese chaval iba a llegar lejos. Carolo meneó la cabeza de lado a lado.

—Ver para creer —dijo—. Pero si eres más feo que Hugo, el duende del Telecupón.

Iba a contestarle pero me mordí la lengua. Estábamos en Las Canteras, frente al Hotel Reina Isabel, dejando caer la tarde al sol como los cangrejos. Esperábamos a que una vez la arena se despejase de bañistas y la marea bajara, comenzase nuestro partido.

—Eso es un home run, amigo —añadió Fredo, un chaval aficionado al surf al que una lesión le sacó del agua. En realidad se llamaba Federico y era de familia bien, amigo de Javier desde que solían coger olas de pequeños. Decían que iba para campeón mundial, ahora cada vez que levantaba el brazo izquierdo le sonaban siete huesos desde el hombro a la cadera.

—Qué home run ni qué nada —protesté—. Viene a mi casa a tupirme a derivadas, dejen de hacerse películas.

—Eso es lo único que te pedimos —añadió Javi con una risilla—, que si se les va la mano con las Mates, al menos lo grabes en vídeo.

Los tres se echaron a reír. Yo solo quería largarme a casa y pasar de sus chorradas.

—Pero qué inmaduros son.

—Mira, habló el adulto —contestó mi amigo. Venga, echemos el balón a rodar.

Carolo y Fredo se alejaron de las toallas con la pelota de fútbol saltando sin orden ni concierto por la arena. Antes de unirnos a ellos Javier me agarró por los hombros.

—Te advierto, pibito —me dijo muy serio—, que perderé todo el poco respeto que te tengo si mañana por la tarde haces una sola derivada.

Los amigos de Fredo tenían mucha más experiencia que nosotros en eso de correr por la arena intentando dominar un balón, así que en pocos minutos nuestro marcador rebosaba pletórico de goles en contra. Se puede decir que más que jugar, participé. Eso sí, no me caí de bruces en ningún momento, cosa de la que no iba a poder presumir Carolo, quien según me temo debió de tardar tres días en sacarse todos los granitos de arena de las encías. Javi se defendía algo mejor que nosotros, pero a menudo cruzábamos nuestras miradas y nos partíamos de risa.

Cuando nos hartamos de hacer el ridículo dejamos a Fredo y los suyos ultimando unos penaltis y nos tiramos al agua. El Atlántico puede ser un océano frío, pero ¡cómo sabe un bañito al atardecer después de un agotador partido de fútbol playa! Nos dejamos ir mecidos por el agua helada, La Barra dibujaba una línea de roca a pocos metros de la orilla mientras el sol caía ocultándose tras la montaña de Guía. A nuestra derecha las gaviotas despedían la tarde posadas en las chalanitas varadas de La Puntilla y hacia el otro lado dormían las obras recién comenzadas del futuro auditorio. No podía desear nada más, y aún así mi cabeza estaba atascada muy lejos de allí, en alguna canción de Nirvana.

—Así que dando clases particulares a la chica nueva —di- jo de pronto Carolo como si me leyera la mente.

—Sí, sí. Clases —añadió Javier. Yo les negué la respuesta y salí del agua. Me resultó imposible no tiritar de camino a las toallas.

—No te mosquees, pibe, que es broma —se disculpó Javi siguiendo mi estela.

Sacudí la arena de mi toalla con el logotipo de Barcelona 92 y me sequé con ella tan rápido como pude. La envolví a mi alrededor y esperé de pie a que mis amigos hicieran lo mismo. Carolo había sido desde pequeño aficionado y practicante de artes marciales, y aunque a esas alturas ya lo había dejado seguía conservando un físico mejor definido que el de Javier, más un bruto que un atleta, o que el mío. Lo cierto es que las únicas tabletas de chocolate que yo conocía eran las que me zampaba a la menor ocasión entre dos rebanadas de pan en casa y, aunque no se podía decir que estuviera gordo, me daba una vergüenza atroz quitarme la camiseta en las piscinas o en la playa si había chicas delante. Cuando los tres estuvimos listos empezamos el camino de regreso, descalzos por el Paseo de las Canteras con las toallas en torno a los bañadores empapados.

—Bueno, al menos estarás nervioso —me preguntó Javier, ya sin ese tono de burla que hacía rato había dejado de ser divertido.

—Calla, menudo marrón me ha caído —contesté—. Mi padre tiene razón, yo no tengo ni pajolera idea de Mates.

—¿Entonces por qué no le dijiste a Layla que no? —intervino Carolo.

Yo sonreí sin dejar de mirar hacia el frente. Pocos turistas se cruzaban con nosotros abandonando ya la playa. Jóvenes surfistas, atletas aficionados y algunas parejas eran más abundantes. Mis amigos se me echaron encima y me despeluzaron el flequillo. Al parecer todo el mundo lo había tomado por

costumbre en esos días.

—Ánimo, Skywalker, «que la Fuerza te acompañe» —me vaciló Javi—. Venga, vamos a por unos perritos del Rachi.

El Rachi era el eterno merendero de playa, cuna de los mejores atentados contra el nivel de colesterol y adalid del sobrepeso en forma de lustrosos platos de papas fritas y todo tipo de bocadillos, hamburguesas y perritos calientes de esos que a duras penas cabían entre los dos carrillos. Solían tener dos locales, creo recordar, pero el emblemático era el que hacía esquina entre Las Canteras y Olof Palme, justo frente a la tremenda roca que gobierna la bahía y que solemos llamar Peña la Vieja. Era un local pequeño y asfixiante, como deben ser estos sitios, y aunque ya no queda nada de él su recuerdo sigue siendo pringoso y grasiento. Como deben ser esos recuerdos.

Vimos la tarde terminar de caer y convertirse en noche a través de los ventanales sobre el océano y nos reímos del círculo morado que empezaba a enrojecer en el cuello de Carolo. «Gajes del oficio», dijo. «Un día os enseñaré cómo se hace».

10. On a plain

I'm on a plain
I can't complain

Pasé la mañana en un limbo nervioso, tamborileando con el bolígrafo sobre el cuaderno y mordiéndome las uñas. Layla no apareció por clase, recordé que el día anterior me había dicho que tenía planes para la tarde y no verla llegar me inquietó todavía más. Javier lo llamó celos. Me lo repitió setenta veces en susurros desde su mesa situada justo a mi espalda. Qué majete, yo no quise hacerle caso.

En el recreo no pude jugar con mis compañeros. En mi estado, un partido de baloncesto me parecía algo así como un ejercicio de Física Cuántica, un imposible. Así que me quedé en una esquina de la cancha subiendo y bajando mi yoyó, un Russel rojo recién comprado al que no me cansaba de sacar brillo con mimo y una gamuza. Había aprendido unos cuantos trucos después de ver a un grupo de virgueros hacer una demostración en la tele, pero aún se me atascaban el perrito y el columpio hacia atrás. En fin, yo y mi coordinación.

Resultaba curioso lo de los caprichos de patio, y no creo que hoy sea muy diferente. Empezábamos los cursos compitiendo por ver quién conseguía completar antes el álbum de los cromos de la Liga de Fútbol. Después, cuando nos cansábamos de abrir paquetes para nada, intercambiábamos los repetidos para a continuación pelearnos por arrebatarnos a los demás los suyos en un juego tan reglado y científico como el de darles la vuelta con golpes de las manos. Cuando nos hartábamos de cromos buscábamos agujeros por el suelo para jugar a las canicas y en época de vueltas ciclistas nos arrastrábamos por la tierra empujando con el dedo chapas de refresco con caras de corredores pegadas en su interior. Lo siguiente en poblar el patio eran las peonzas, aunque esta racha duraba menos porque no a demasiados se nos daba bien hacerlas bailar. Y por último el yoyó, intercalado con los tonteos amorosos de la llegada del calor.

Pero sin duda lo peor eran los tazos. ¿En qué momento se pusieron de moda? No había bolsa de aperitivos o papas fritas que no te trajera un disquito de plástico con la cara de un Tinny Tunes. Santo Dios, quisieras o no tu casa terminaba invadida por efigies cantosas de Bugs Bunny o del Diablo de Tasmania. No me mires así, seguro que tenías alguno.

Por suerte yo ya había superado los tazos, aunque para ello hubiera tenido que declarar la guerra a Matutano.

No quiero recordar aquella tarde una vez terminadas las clases. Llegué a casa acelerado, comí el arroz de mi madre como si engullera gusanitos y me senté junto a la ventana de mi habitación para observar la calle. Había dado a Layla mi dirección pero no mi teléfono, por lo que no tenía ninguna certeza de que fuera a venir ni a qué hora. No sé ni cuántas veces re Coloqué mi habitación, despejé el escritorio y estiré la colcha de mi cama, aquella con el dibujo de un enorme Superman que mi madre me había comprado por una auténtica fortuna en El Corte Inglés.

La vi aparecer paseando deprisa, parecía seguir el ritmo de sus auriculares y no me costó imaginar qué música oía. Esta vez no llevaba el vaquero ajustado sino un vestido negro cuya falda volaba sobre sus rodillas, pero eso sí, no había olvidado sus botas ni una sudadera dos tallas mayor de la suya con las letras The Doors grabadas en blanco a la altura del pecho.

Corrí al rellano y acerqué la oreja a la puerta de Chechu. Estaba en silencio, luego había salido, fue mi pensamiento cartesiano. Husmeé en su armario y sustraje una camisa de cuadros azul y verde. Dios, cuánto me la estaba jugando. Frente al espejo del dormitorio de mis padres me la probé. Vale, sí, enorme. Recogí las mangas y dejé caer los hombros. Caray, no me gustaba. No me convencía nada. Me la quité y la anudé alrededor de mi cintura justo cuando Layla tocaba el timbre. La suerte estaba echada.

Bajé la escalera ligeramente nervioso, solo tropecé tres veces pero llegué entero hasta la puerta. Mi padre no solía volver hasta la noche y si no veía ni oía a mi madre y la tele estaba apagada significaba que se había marchado a algún sitio con Lucía. Genial, Layla y yo íbamos a estar solos. Habilidad de histeria más cinco en el juego de rol de mi vida.

—¡Hola, Layla! —exclamé cuando abrí la puerta. Ella levantó las cejas por encima de sus Ray Ban modelo Aviator. Como esas las había visto mil veces en las fotografías de Top Gun que decoraban las carpetas de las horteras de mis compañeras de instituto. Las odiaba. A ellas y a Tom Cruise. Pero bueno, sigamos con la historia.

—¿Y a ti qué te pasa? —me contestó ella. Se quitó la gafas y observó mi camisa de cuadros con un gesto que me hizo sentir muy pequeño. La invité a pasar y subimos a mi cuarto. La camisa acabó tirada en un rincón de la habitación y no se volvió a saber de ella.

Yo había recogido los cómics y los muñecos de acción de encima del

escritorio, limpiado las virutas de lápiz y los envoltorios de pastelitos de la Pantera Rosa acumulados durante semanas. Invité a Layla a sentarse en mi silla rodante y yo desplegué un taburete que guardaba entre la mesa y la pared por si Javier, Carolo o alguno de mis primos venían a casa a picarse conmigo al Street Fighter II o al Super Tennis. Sin embargo, mi compañera no se sentó enseguida, sino que paseó la mirada por mis pósters de Rocky, Commando y de Michael Jordan saltando desde la línea de personal para hacer un mate en el concurso del 88. Por alguna razón, el de Michael Keaton como Batman posando junto a su impresionante batmóvil le llamó la atención más que el resto. Echó un vistazo rápido a mi colección de más de cincuenta VHS y se detuvo un instante para leer apenas los títulos de los pocos libros que había entre ellos.

—¿Empezamos? —le dije.

—Sí, será mejor —contestó ella.

Nos sentamos y desplegué los apuntes y el libro de Matemáticas sobre la mesa. Ella sacó dos folios de su carpeta y un BIC azul.

—Bien, lo primero será repasar qué son los límites de una función.

Solo con oír esas palabras Layla bajó la cabeza y su flequillo negro golpeó las hojas. Su interés a ese punto rayaba el cero.

—Oye —me dijo, echándose hacia atrás—, sé que los profesores te llaman continuamente Martín, pero no recuerdo tu nombre de pila.

Hice girar el bolígrafo entre mis dedos y se me cayó al suelo.

—Pablo —respondí agachándome para recogerlo.

—Buf, vaya nombre más aburrido —dijo ella. Yo me rasqué sobre una ceja, mi tic nervioso número treinta y cinco. El primero era frotarme la nariz.

—¿Aburrido por qué? Los nombres no son aburridos o divertidos.

—Pero pueden ser líricos, musicales —replicó—. Pablo es un nombre muy normal, muy soso. Creo que voy a llamarte Paul.

No pude evitar mostrar mi sorpresa y a la vez mi enfado.

—¿Y Paul por qué? Me gusta mi nombre, no me lo cambies.

Intenté devolver la atención a los apuntes, toda aquella conversación me parecía una bobada.

—Paul por McCartney, claro. Además, hasta llevas el pelo como un beatle. Como uno adolescente y escuchimizado pero un beatle al fin y al cabo.

Rió. Yo apreté los labios conteniendo la rabia. Puestos a cambiarme el nombre yo hubiera preferido un Matt Murdock o un Bruce Wayne, no el de un ajado cantante de los que oía mi madre.

—¿Qué pasa, no te gustan Los Beatles? —me preguntó.

—Por supuesto —respondí—. Sí, sí, sí.

—Bien, pues desde ahora eres Paul. Vamos, Paul, a las Mates.

La vi divertirse por primera vez y, aunque fuera a costa mía, me pareció una delicia. Me giré hacia el cuaderno pero antes caí en la cuenta.

—Bueno, Paul... —murmuré— En cualquier caso, como el heredero de la Casa de Atreides.

—¿El quién de dónde? —contestó ella.

Yo la miré extrañado, sus ojos color caoba eran pequeños y vivaces, preciosos fuera de la protección de su escudo solar habitual.

—Pues ya sabes, el protagonista de Dune...

—Ah, vale —me cortó—. Tú sigues a lo tuyo. En fin, derivadas.

Intentamos volver al trabajo. Y digo intentamos porque a cada explicación mía seguía un silencio de ella. Empezaba a convencerme de que mientras yo chapurreaba sobre límites e integrales ella escuchaba Nirvana en su cabeza. Al final yo también me estaba distrayendo, así que le marqué un ejercicio. Mientras ella lo hacía perdí la mirada por mi propia habitación como un idiota. Intentaba que no notara mi necesidad de observarla a ella, y las palabras formaban mil preguntas en mi mente.

—Entonces tú te llamas Layla por la famosa canción —la interrumpí, casi formulando un pensamiento en voz alta.

—Ajá. Eres muy sagaz, Paul.

—De Eric Clapton, ¿no?

—De Derek and the Dominos, en realidad. Pero casi.

—La del «tiroriro tirorí».

Layla se echó a reír y de pronto me sentí a gusto con ella, nervios emprendiendo la retirada. Su carcajada fue la que obró el milagro.

—Sí, sí, ésa —dijo.

—You got me on my kness.

—Lo sé.

Nervios dentro. Volví a las derivadas pero ya me había perdido. Layla me pidió un descanso para ir al baño. Cuando me encontré solo, eché un vistazo a cómo había resuelto la derivada: había dibujado a la derecha del signo igual un smiley con dos equis por ojos y la lengua asomando al filo de una irregular sonrisa. Nirvana una vez más.

11. In Bloom

Sell kids for food
Weather changes moods

—¿Este cuarto de quién es?

Layla se había parado en mitad del rellano y asomaba la cabeza a la habitación de mi hermano. Es normal que le llamara la atención. Justo frente al umbral tenía colgada una bandera con el rostro de Jim Morrison y apenas se acercó un poco más descubrió un estante repleto de vinilos. Colgadas de un corcho enorme pegado a la pared, había decenas de fotos y recortes de grupos musicales. A regañadientes me levanté y me uní a ella.

—De Chechu, mi hermano mayor.

Ella asintió.

—Pues vaya con Chechu.

La cama de mi hermano estaba empotrada entre medias de un escritorio atiborrado de libros y un mueble negro que contenía el equipo de música, su posesión más preciada. Su colcha estaba arrugada y mostraba el logo de los Sex Pistols sobre el fondo de la bandera inglesa y por la puerta abierta de su armario asomaban decenas de camisetas impresas con los escudos y portadas de AC/DC, Led Zeppelin, The Who o Los Rolling Stones. La cara de Layla mostraba la expresión de una niña de nueve años en Disneylandia.

Del tocadiscos salían cables conectados a cuatro altavoces, uno por esquina, que Chechu tenía colgados del techo. Y entre las mil y una imágenes que mi hermano coleccionaba abundaban fotos de Cobain, Grohl y Novocelic, pero también de Eddie Vedder, además de recortes de entrevistas y conciertos de Green Day, Soundgarden o Red Hot Chilli Peppers. Para colmo, en el rincón opuesto, junto a su guitarra eléctrica, Chechu había colocado un corpóreo de cartón tamaño real de Freddy Mercury en su famosa pose con el puño en alto.

Mi compañera se acercó con tiento al estante de los discos, como si en cualquier momento fuera a ser descubierta cometiendo un delito terrible, y los pasó con el dedo uno por uno.

—Es alucinante... —murmuró—. Pearl Jam, Alice in Chains, Smashing Pumpkins...

Extrajo el reluciente ejemplar de In Utero y lo sostuvo en alto como si lo

adorara. La sonrisa bobalicona no cabía en su cara.

—Esto es...

—Sí, es genial —corté su emoción—. Pero vámonos de aquí antes de que vuelva mi hermano. Además, yo también tengo discos en mi cuarto.

Ella me hizo caso pero, como si se encontrara en otro plano de pensamiento, antes de salir acarició la guitarra con una mano temblorosa.

—Es una Fender Mustang real... —musitó.

—¿Eso es? Buah, ni sé durante cuánto tiempo estuvo ahorrando para comprársela.

—Tengo que conocer a tu hermano —me dijo al cerrar la puerta. Yo la miré de reojo.

—Ya. Otro día.

Regresamos a mi habitación pero por entonces las ganas de continuar con las Mates eran muy pocas. Digamos que las derivadas e integrales estaban tan lejos de nosotros que apenas podíamos verlas. Me senté al borde de la cama y encendí la televisión, un trasto viejo cuya señal y color iban y venían en función de hacia donde orientase yo su antena de cuernos. Entonces teníamos solo media docena de canales así que tardé poco en revisarlos todos, y dejé Telecinco, donde acababa de comenzar el capítulo de Campeones.

—En serio, no me vas a poner esto —protestó Layla sentándose a mi lado.

—Pero qué dices, es el episodio en el que concluye el partido del New Team de Oliver y Benji contra el Mambo de Julian Ross.

—¿Mambo? Me estás vacilando. A ver, ¿dónde están esos discos que tienes? No vayas a sacarme OBK o Alejandro Sanz porque dejaré de hablarte.

Entendí lo que decía. En el viaje de fin de curso de octavo las compañeras de clase consiguieron que el chófer del autocar que nos llevaba a las diferentes excursiones por Barcelona pusiera en la megafonía la cinta de Viviendo deprisa a todas horas. Eso sí que fue pisar fuerte pero al que se le apagó la luz fue a mí.

—Pues creo que a Chechu le gusta OBK —le dije mientras me levantaba y me dirigía a uno de los muebles de mi habitación—. A veces le he oído cantar Historias de amor en la ducha.

—Lo dudo mucho.

Abrí la puerta del archivador de mis cuatro vinilos mal contados. Escondí el de Kylie Minogue y uno de Mecano pero ella se me echó encima antes de poder guardar también el de Rick Astley. Never gonna give you up, amigo.

—¿Pero qué cursilada es esta? —me recriminó partida de risa. Imitó el

famoso baile del rubio de las hombreras meneando los índices de lado a lado.

—Ese apenas lo escucho ya —dije—. Mira.

Le mostré con orgullo mi Final Countdown de Europe y la banda sonora de Batman, by Prince. Ella no pudo reír más.

—¿Eso es todo? —preguntó entre lágrimas— ¿Ni Lenny Kravitz, ni Guns and Roses, ni un mísero Héroe del Silencio? ¿Pero en qué siglo te has criado, chaval?

Guardé los discos contrariado.

—Bueno, en realidad lo que más oigo son cintas. Ven.

Tomé su mano y tiré de ella para levantarla de la cama. En una de las estanterías guardaba un expositor giratorio de casetes, la mayoría grabaciones de discos variados para el coche de mi padre y alguna banda sonora. Entre mis joyas estaba el reciente Get a grip de Aerosmith y la discografía hasta la fecha de Bon Jovi.

—¿Bon Jovi? —exclamó— ¿Por eso te estás dejando el pelo largo?

De verdad, creí que de una de esas carcajadas se moría de un síncope si no la estrangulaba yo en un arrebato.

—Pues a mí me gusta...

—¿La banda sonora de El Guardaespaldas! —chilló desencajada— Ay, Paul, Paul. Creo que me he equivocado contigo.

¿Y qué pasaba? El Guardaespaldas, pues sí, menuda voz la de Whitney Houston, qué preciosidad de canciones: Run to you, I will always... Vale, Kevin Costner es un palo seco pero ¿quién no puso alguna vez ojos tiernos con esa banda sonora?

Layla regresó a la cama frotándose los párpados para secarse las lágrimas de risa y bebió de una botella de agua que llevaba en su mochila. Yo me senté a su lado, avergonzado, y quité de mala gana Campeones, pulsando los botones hacia arriba hasta que di con la MTV en una de esas frecuencias fantasma que se veían o no según el capricho del viento. No es broma, sucedía exactamente así.

—Mira, al menos aquí escucharás música —murmuró ella. El faldón amarillo anunciaba el final del vídeo de Ordinary World de Duran Duran y acto seguido comenzó el de The Sign, de Ace of Base—. Bueno, es la MTV, tampoco le pidas peras al olmo. Tendrías que pedirle algunos vinilos a Chechu, amigo mío. O si no, mejor, el próximo día que venga, yo misma traeré la música.

A mí me daba pavor incluso mirarla, qué vergüenza, pero esa promesa

velada de una próxima vez me arrancó una sonrisa.

—Me parece bien —contesté para el cuello de mi camisa.

—Tienes que musicalizarte, Paul —me dijo—. Cobain decía que si los medios de comunicación divulgaran buena música, la gente tendría mejor gusto. Y creo que es verdad.

—Puede ser —concedí—. Pero eso solo sirve para gente a la que le guste la música. A mí, la verdad, me da un poco igual.

Ella me miró como si hubiera cometido un sacrilegio.

—¿Y qué puede haber mejor que la música? —me espetó, después señaló con los dedos mis estanterías— ¿Tanto muñequito y juegos absurdos?

—¿Cómo que absurdos! —salté— ¡Si son juegos! Lo mejor de Super Nintendo: The Legend of Zelda, Super Mario World, Prince of Persia, Top Gear, Donkey Kong...

—Chorradas. No sabes cuántas cosas te estás perdiendo —dijo.

—¿Por jugar?

—Por no crecer. Aunque, bueno, igual es mejor así. Como dice la letra de Dumb: «creo que soy imbécil, o puede que solo sea feliz».

Empezaba a cargarme aquel gurú capaz de dar lecciones de vida sin saber resolver la suya, pero preferí no decir nada no fuera a tocar algún resorte del temperamento de Layla. Esa chica me gustaba.

—¡Mira, esto es música!

Los rubísimos suecos de Ace of Base habían terminado su videoclip y la pantalla la había llenado por sí solo un estrafalario dios de ébano vestido de cuero rojo que sacudía sus rastas al viento y aporreaba una espectacular guitarra plateada.

—¡Are you gonna go my way! —gritó Layla en el estribillo.

Se recostó en mi cama apoyada en los codos, meneando su flequillo y tamborileando con los dedos sobre la colcha. Sus piernas, largas y blancas, seguían el compás, mientras que yo no podía creer que hubiera una chica en minifalda bailando en mi cuarto. Cuando acabó la canción se dejó caer hacia atrás exhausta y me miró con esa sonrisa que no olvidaré jamás.

—Ay, qué hombre...

Me quedé contemplándola un instante, no sé qué vídeo salió después, no sé siquiera si sonó nada. Sus ojos, su sonrisa, su cuerpo tendido en mi cama. Podía sentir el aroma de su pelo recién lavado y la calidez de su aliento. Su piel olía a vainilla.

—¿Qué te pasa?

—Creo que nunca te había visto sonreír así.

Ella no ocultó la sonrisa. Pestañeó, me miró fijamente. Tranquila, serena, por primera vez el pelo desarbolado fuera de su cara. Escuchamos el ruido metálico de la cerradura de casa y enseguida la voz diminuta de mi hermana pequeña.

—Es mi madre —dije.

—Lo suponía.

Me levanté y ella se incorporó. Escuchamos los pasos cansados que subían las escaleras.

—Me lo he pasado muy bien, McCartney —me susurró.

La miré, seguía brindándome esa sonrisa calmada. Sentí una sensación de vacío en el estómago a medida que oía acercarse a mi madre. Lucía parloteaba trastabillando por los escalones.

—Yo también.

—Eres un gran profesor de Mates.

Sonreí.

—¡Mira, Mamá! —chilló Lucía desde mi umbral— ¡Pabo tiene una novia!

A Layla se le deslizó una sonrisa.

—¿Y esta señorita? —contestó a mi hermana. La pequeña se sintió azorada y se refugió tras la pierna de mi madre, que entró con ella en mi habitación.

—No es su novia, Lucía —dijo—. Es una compañera de clase. Hola, soy la madre de Pabo. Encantada.

—Yo soy Layla.

Las dos estrecharon sus manos. Mientras mi amiga recogía sus apuntes, mi madre utilizó con ella esa mirada de T-800 que tienen todas las madres.

—¿Tú vas al cole de Pabo? —insistió Lucía. Layla me miró repitiendo en silencio la manera en que mi hermana pronunciaba mi nombre. Yo me encogí de hombros.

—Tiene ciertos problemas con las eles intercaladas —le expliqué, ella dejó escapar una risilla y se acercó a la niña.

—Sí, voy al cole de Pabo —le dijo—. ¿Y tú vas al cole?

Mi hermana negó con la cabeza, muerta de vergüenza.

—Dile que el año que viene —intervino mi madre. Layla fingió cara de sorpresa.

—¡Ala, qué grande eres ya! ¿Y te llamas Lucía? —la pequeña asintió, tímida, mordisqueándose los dedos— ¿Pues a que no sabías que tienes nombre de canción? Eres Lucy, ¡Lucy in the sky with diamonds!

Mi madre se echó a reír. Fan de Los Beatles, ya te he dicho. Y Lucía frunció el ceño pero no protestó porque eso de que su nombre saliera en una canción debía molarle bastante.

—Anda, loquilla —le dijo Mamá—, vamos a darte un baño.

Salieron de mi habitación y Layla terminó de preparar su mochila.

—Bueno, pues yo también me marchó, Paul —anunció—. Te veré mañana en clase.

—¿Te vienen a buscar? Mi madre podría llevarte.

—No te preocupes, no hace falta. He quedado aquí al lado —me plantó un beso en la sien—. Nos vemos.

—Has quedado —susurré. Bajé las escaleras detrás de ella pero solo llegué al portazo sutil de la puerta al cerrarse.

De vuelta a mi habitación, Campeones terminaba. Supuse que ganó el New Team, aunque ya no me importaba.

—¿Y qué? ¿Han estudiado bastante? —me preguntó mi madre mientras Lucía jugaba con unos muñecos en la bañera.

Miré los apuntes dejados sobre la mesa. No recordaba ni siquiera haberlos abierto.

—Algo.

12. Milk it

I am my own parasite
I don't need a host to live

El sol de abril incidía en el patio del instituto y se me clavaba en los ojos. Javier, Carolo y los demás jugaban al básquet como a diario, pero yo no me encontraba de humor para más pachanga. Estaba sentado solo en la grada comiéndome con desgana un Bollycao —siempre mucho pan y poco chocolate—, cuando Layla bajó de clase acompañada por nuestro Director, que hablaba con ella con expresión severa y alzando un dedo en el aire.

No la dejó escapar fácilmente, pero cuando lo hizo ella se sentó a mi lado. Llevaba una falda plisada azul y una camiseta negra sin mangas, demasiado holgada para no despertar la curiosidad.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

—No le gusta mi ropa.

El sujetador gris asomaba por el hueco de sus tirantes, mientras que la imagen estampada en su pecho reproducía a Alice Cooper con sangre en la boca y serpientes en lugar de cabellos en un remedo de la mítica Medusa.

—No sé qué será lo que no le gusta.

Ella se acomodó en la grada y exhaló un suspiro.

—Ah, necesito un cigarrillo.

—¿Fumas? —exclamé sin dar crédito.

—Fumé una vez —contestó—. No me pareció mal del todo y le pillé alguno que otro pitillo más a mi padre. Luego me di cuenta de que sabe a mierda y solo sirve para ensuciarte por dentro.

—¿Entonces por qué lo echas de menos?

—No he dicho que lo eche de menos, solo que lo necesito. Hay muchas cosas que necesito y que jamás he probado.

La miré sin saber a qué se refería, y como ella tampoco le dio más importancia me recosté para observar el partido de mis compañeros. Layla sacó su Bukowski y se puso a leer. Poco después cerró la novela y la guardó de nuevo.

—¿Aburrido?

—Terminado.

—Pues tiene pinta de aburrido.

—Qué sabrás tú. Seguro que nunca has leído un libro entero.

—Claro que he leído libros hasta el final, montones.

—Sí, de cómics. Pero sin dibujitos ya es otra cosa.

—Tú sí que no sabes nada. Me gusta mucho leer, lo que pasa es que...

—Los videojuegos no te dejan tiempo —concluyó. Yo seguí mirando el partido solo por no ahondar en la conversación.

Lo cierto era que había leído algo de Verne, también de Stevenson e incluso Hamlet aunque no me enteré de nada. Pero no quise hacérselo saber por si le brindaba otro motivo para meterse conmigo. Ella escuchaba rock de los setenta, leía escritores profundos, qué podía decirle yo sin sentirme infantil. De pronto me entró un ataque de rabia.

—Y bueno, qué, ¿lo pasaste bien ayer? Con tu cita.

Me arrepentí nada más formular la pregunta, ¿qué derecho tenía yo? Pero qué quieres, no había dejado de pensar en ello desde que la viera salir de mi casa.

—Sí, mucho —me contestó sin mirarme. Perdía la vista también en los jugadores, aunque me pregunté si siquiera conocería las reglas. El mundo de Layla parecía pertenecer a otra dimensión muy diferente a la nuestra, una abstracta y llena de ideas y pensamientos flotando en un lago de éter. Muchas tonterías, en realidad.

Yo asentí.

—¿Practicaste las derivadas?

Ella se echó a reír y sacó el walkman de su mochila. Mantuvo pulsado durante unos segundos el botón de acelerar la cinta y me contestó mientras se colocaba los auriculares.

—Créeme, McCartney. Ayer practiqué de todo menos derivadas.

Pulsó el botón del play y me llegó la voz enlatada de Billie Joe Armstrong en mitad de un estribillo chillón de Basket Case.

La clase de Matemáticas después del recreo resultó un tormento para Layla. El profesor escribía tan rápido, atascando la pizarra con símbolos algebraicos que explicaba igual que si hablara en arameo, que ni ella ni la mitad de la clase pescábamos más que ruido de fondo y garabatos. Igual que mis amigos y yo los viernes por la noche ante la pantalla del Canal Plus, intentando descifrar algo entre las interferencias pero sin ningún resultado.

La sentí inclinarse hacia mí alguna vez para echar un ojo a mis apuntes pero yo, todavía dolido por sus últimas palabras en el patio, tampoco se lo puse

fácil. Llegado un momento deslizó la mano en su mochila, se colocó los auriculares y desconectó completamente de la clase. Al rato y para mi sorpresa, acercó la mano a mi cuaderno y escribió algo en el margen izquierdo.

¿Puedo ir a tu casa a estudiar hoy también?

La miré, pero ella esquivaba mis ojos. Escribí debajo de su letra.

¿Hoy no has quedado?

Me lanzó una mirada de esas de correr a esconderse. Acercó su rotulador de nuevo.

¿Tú eres tonto?

El margen de mi cuaderno se terminaba. Nuestros sesudos mensajes compartían esos dos dedos de hoja con caricaturas baratas de Pedro Picapiedra, Daniel el Travieso, un deforme Tintín y un par de pitufos cabezones —he de reconocer que en los márgenes no me esforzaba mucho, no había espacio. Era en las páginas de atrás donde desplegaba toda mi magia: dragones, guerreros, caricaturas de profesores... Un día te las enseño—, así que taché mi última salida de tono y escribí los dígitos de la hora a la que podríamos vernos. Ella añadió un OK remarcado con varios trazos.

13. Been a son

She should've died when she was born
She should've worn the crown of thorns

Mi hermana estaba desgastando un poco más, si cabe, el VHS de *La Bella y la Bestia* en la tele del salón. Yo ya estaba harto de esa película y solo ansiaba que el candelabro narigudo se liara con la sirvienta plumero y en un calentón prendieran fuego al castillo con la bella, con la bestia y con toda la pesca dentro. El caso es que entre las canciones empalagosas y los grititos de Lucía, mi partida de *Alone in the Dark* parecía más un capítulo de *Los Osos Gummi*. Así que tuve que emigrar y atragantarme los nervios en mi cuarto.

El timbre sonó cuando estaba ya por la sexta fase del Super Castlevania IV, invadiendo sin contemplaciones el castillo de Drácula y con visos de terminarlo de una vez por todas. Estaba fuertemente entregado al pateo de monstruosos traseros, incluyendo los de Frankenstein y la Momia. Era un tremendísimo juego, la verdad, más allá del odioso prefijo «Super» que adosaban a gran parte de los programas desarrollados para esa consola. Super Mario, Super Tennis, Super Soccer... Si era de Super Nintendo tenía que ser «Super», de lo contrario era un juego del montón.

Escuché la voz de mi madre al abrir la puerta y cómo le indicaba a Layla que subiera las escaleras para reunirse conmigo.

—Pasa, guapa. ¡Ay, gracias! Pero no tenías que traerle nada. ¡Mira, Lucía!

El taconeo de sus botas por las escaleras me marcaba el tiempo que me quedaba para recoger la habitación. Estoy convencido, por cómo sonaban sus pasos, de que las llevaba de algún número mayor del suyo. Apagué la consola y lancé por detrás del escritorio la carátula del juego. Expulsé a manotazos las migas de un bocadillo, comprobé que no había ropa interior ni cómics tirados por ningún lado y conecté la MTV a toda prisa. Cuando Layla asomaba por mi puerta descubrí con horror que el videoclip en marcha era el de I swear, un pasteleo insufrible de All 4 One. Jesús, me causaba urticaria.

—¿Necesitas insulina, McCartney? —me preguntó la muy simpática desde el umbral.

La miré. Parecía una hermosa vampira esperando la invitación para entrar. Soy muy blandito, qué quieres, o lo era, y la combinación de melodía dulce y muchacha preciosa me dio ganas de cantarle una copla, recitarle un romance y

postrarme a sus pies. Gracias a Dios no hice ninguna de las tres cosas, y en su lugar negué rotundamente con la cabeza.

—Ey, que yo no elijo los vídeos que salen —protesté—. ¿Qué le has traído a mi hermana?

Ella despejó su flequillo con un movimiento de cabeza.

—Unos caramelos PEZ con el cabezón de Piolín.

—Un clásico.

—Pues está encantada con ellos, Pequeño Saltamontes.

Sonreí. No tenía sentido discutir con ella. Además, me había encantado que le trajera algo a la niña.

—Venga, vamos a empezar —le dije.

—Sí, Sensei.

—No hay dolor en este dojo —añadí. Ella se echó a reír.

—Muy bien, McCartney San.

No pude evitar una sonrisa boba. En la MTV terminó el pastel americano y tras la pausa animada con el Money for Nothing de Dire Straits empezó el vídeo de Please Forgive Me, de Bryan Adams, con su precioso pastor alemán paseando entre los músicos del estudio.

—Uf, tenemos el día meloso —protestó Layla—. Anda, apaga la tele.

—No pienso quitar a Bryan Adams.

Mi amiga me miró extrañada.

—Bueno, en realidad, es muy de tu estilo.

—¿Cómo? ¿Cuál es mi estilo?—repliqué. Terminé de colocar los apuntes sobre la mesa y la observé sacar algo de su mochila. Era una cinta.

—Ya sabes, sensiblero, moñas —esto es tuyo.

En efecto, se trataba de una de mis casetes, una recopilación de canciones grabadas de la radio en los ratos de lectura o estudio. A la mayoría le faltaba el principio, por eso de pillarlas empezadas, y era, quizá, la última cosa en el mundo que quería que Layla descubriera.

—¿Cómo has..?

—Te la mangué ayer.

—¿Y la has oído?

Ella deslizó una risilla traviesa.

—Un poco —dijo—. ¿Toni Braxton, Jon Secada? Puedo perdonarte a Antonio Vega y a ese sucedáneo de niña rebelde que es Sinead O'Connor, pero ¿Michael Bolton?

Bueno, vale, admiraba la voz de ese tipo, y en la misma cinta estaban

Bangles, Joe Cocker o Roxette, pero de esos no dijo nada.

—Mírate tú —contraataqué, señalando su camiseta negra con una imagen promocional de El espíritu del vino—. Tanto que vas de malota irreverente y te vistes de Héroe del Silencio como las más bobas de clase.

—Ojo, no te metas con Enrique.

—Enrique... No soporto a ese tipo.

—Tú lo que estás es celoso.

La miré de soslayo.

—Anda, sirena, vuelve al mar.

Giré la cabeza y apagué la tele dejando en el aire el comienzo de otro de los vídeos de Aerosmith protagonizados por Alicia Silverstone. Al principio no me los perdía y hasta me ponían picantón, pero al cabo ya los confundía unos con otros y me había cansado de los morritos de aquella rubia que, digámoslo ya en serio, tampoco era Cindy Crawford ni Claudia Schiffer. Con esas dos sí que forré yo carpetas en el instituto.

—¿Hoy no me pones Campeones?

14. Territorial Pissings

Come on people now
smile on your brother

Resultó una sesión de estudio extraña porque por primera vez parecía que Layla se estaba enterando de algo. Le expliqué y le dejé copiar los apuntes de la mañana y repasamos una docena de ejercicios atrasados que poco a poco iban saliendo. Se la veía más animada, como si el bajón del fin de semana empezase a remitir. Yo me sentía en la gloria, atravesando el viento sin documentos, haciendo burbujas de amor en su pecera, rayando el sol. Vale, paro.

A media tarde sentí hambre, pero por nada del mundo hubiera roto ese momento. Yo no sabía si lo que estaba experimentando era real, ni siquiera si era «algo», puesto que nunca había estado a solas con una chica de mi edad, ni fea ni guapa. Y os puedo dar fe de que Layla sería rebelde, cortante y diferente al resto, pero guapa, guapa era para caerse al suelo. De pronto empezó a tronar la música de Chechu al otro lado de nuestra puerta. Se jodió el cuento.

—¿Y eso?

—Parece que mi hermano ha llegado a casa.

Intenté continuar con las Mates pero Layla acababa de ser desconectada por completo.

—¡Es Daughter de Pearl Jam! —exclamó, yo encogí los hombros. Me daba un poco lo mismo lo que aquel mamarracho estuviera escuchando— ¿Pero está tocando él?

—Bueno, en realidad pone la canción de fondo y toca por encima —le expliqué—. Así crea la ilusión de que lo hace bien. Le gusta engañarse a sí mismo, supongo...

—¡Pero qué dices, si lo está clavando!

Mi ex compañera de estudios se levantó al olor del grunge y salió al rellano. La puerta de mi hermano estaba cerrada pero la música se oía fuerte. Para mi gusto su guitarra sonaba como la liebre Roger Rabbit en plena crisis de ansiedad pero Layla estaba extasiada. De pronto la música cesó y Chechu abrió la puerta.

—Hola —dijo sin emoción, cuando encontró una morena de largas piernas, vaqueros cortados a la altura del muslo y botas camperas en nuestro rellano.

Él iba en chándal y con la camiseta rota, el pelo alborotado pegado a la cara y oliendo a sudor. Caray, casi no recuerdo a mi hermano de otra manera.

Layla le devolvió el saludo. Él me miró, y sin derrochar más expresividad se metió en el baño.

—¿Has visto qué camiseta llevaba? —me preguntó Layla en voz baja de regreso a mi cuarto. Se sentó al borde de la cama con la sonrisa boba de una niña pequeña.

Yo no me senté a su lado sino que permanecí en la silla rodante junto al escritorio. Encendí la tele y zapeé como quien hojea un periódico belga.

—No sé. Qué más da.

Ella se inclinó hacia la mesa y dibujó al pie de sus apuntes una burda reproducción del diseño de la camiseta de mi hermano. Por supuesto que la había visto, Chechu la usaba a menudo, pero no me dio la maldita gana reconocerlo.

—¿Un pez? —le dije. Eso era lo que había dibujado. Un pez gordo y de dientes afilados con el nombre Flipper escrito encima.

—Es una de las últimas camisetas con la que posó Cobain —me explicó ella—. ¡Incluso el diseño es suyo!

—Pues qué bien —dije yo, que ya me lo veía venir—. Oye, ¿seguimos?

Layla estaba en su propia luna. Estoy seguro de que si le hubiera pasado la mano por delante de la cara ella no la hubiera visto. Recordé al Gene Wilder de No me chilles que no te veo, y pensé que a mí también me hubiera gustado no escucharla.

—Repito, vaya con Chechu —murmuró.

Yo resoplé sin disimular mi enfado, recuperé el mando de la Super Nintendo y cambié de juego. Necesitaba un desahogo al Street Fighter II. Como Javier solía pedirse a Ryu, y Ken era propiedad de Carolo, yo había conseguido cierto dominio con Guile, con el que resultaba prácticamente invencible. Sabía que Layla no sería capaz de apreciar algo así, pero para mí era importantísimo, qué quieres que te diga. ¡Sonic Boom!

Todavía no se había cargado la primera partida aleatoria, contra el brutal Akuma, cuando sentí su mano sobre mi brazo.

—Venga, Paul, ¡no te mosquees!

—No, si no me mosqueo —repuse, sin mirarla.

Ella se levantó y empezó a recoger sus cosas con una sonrisa.

—¡Es que a mí un guitarrista..!

15. Scentless Aprendice

He was born scentless and senseless

He was born a scentless apprentice

Por fin viernes. Layla apareció a segunda hora y no se quitó las gafas de sol hasta que el profesor se lo pidió expresamente bajo amenaza de no recibir el examen. Aunque intentó evitármelo, descubrí que sus ojeras se habían multiplicado por dos en la última noche y que su expresión denotaba evidente cansancio. No pronunció palabra en toda la mañana. Hicimos el examen, y en la hora del recreo se marchó.

Llegué a casa y comí a toda prisa. Me sentía raro, como si los momentos en los que no estaba con ella, en los que no la tenía cerca, me resultasen incómodos y extraños. Oía melodías en mi cabeza, tarareaba canciones que jamás hubiera escuchado de no ser por ella y me llenaba una necesidad irrefrenable de sentirla a mi lado. Es una tontería, lo sé, pero además de terminators, conans y guerras galácticas también me crié viendo Ghost y La Princesa Prometida, no puedo negar cierta cuota de almíbar en sangre.

Qué diantre, estaba decidido a intentarlo.

Ni loco le hubiera pedido prestada su guitarra eléctrica a Chechu, se hubiera reído de mí hasta el fin de sus días, pero sabía que en nuestro cuarto trastero, en los sótanos del edificio, dormía entre el polvo la guitarra española que mi madre solía usar cuando de pequeña perteneció a la tuna femenina de su escuela. Así que bajé a por ella y me encerré en mi cuarto con una funda de tela sucia y gris que contenía un instrumento que para mí era como aquel monolito gigante para los simios de 2001: Una odisea del espacio.

Saqué la guitarra, la contemplé unos segundos sobre mi regazo y me eché a reír. No porque tuviera rotas dos cuerdas, que las tenía, sino porque yo no tenía ni puñetera idea de qué había que hacer con ese trasto para sacarle música.

Supuse que para que el instrumento cumpliera su función lo primero y principal era que todas sus cuerdas estuvieran completas y bien colocadas. En el bolsillo de la funda encontré un estuche de cuerdas de repuesto junto a unas cuartillas ajadas con media docena de partituras. Para mí, chino mandarín. Tardé como media hora en ensamblar las cuerdas nuevas siguiendo el ejemplo de las otras cuatro. Giré las clavijas hasta que me pareció bien y, cuando con

toda mi ilusión rasgué, creo que hice llorar al perro del vecino.

Necesitaba aprender a afinarla, para empezar, así que la guardé de nuevo en la funda y la escondí debajo de la cama, no fuera a verla Chechu. Bajé al salón a por la enciclopedia ilustrada. ¿Internet? No me hagas reír. En 1994 Internet se llamaba Larousse, tenía como mínimo doce tomos y le había costado a tus padres medio riñón y un ojo de la cara.

Buscar una duda era como tirar una moneda al aire: a veces salía cara y a veces cruz, pero por supuesto aparecía la definición de «afinar» y una explicación en klingon, aunque con un diagrama jeroglífico de concurso, sobre cómo aplicar tal definición a las cuerdas de una guitarra. Meditaba sobre si imitar a Hendrix y destrozar el instrumento de mi madre contra el suelo cuando sonó el teléfono. Era Javier.

—¿Estás haciendo algo importante? ¿Has quedado con tu novia? —me preguntó.

—Piérdete, Javi —contesté, valorando el cariño entre buenos amigos. El mío se echó a reír.

—No seas bobo, Gilbert Grape. Mira, Carolo y yo vamos a ir al cine después del gimnasio. Vente, te diremos tonterías para animarte.

—No necesito que me animen, que parecen idiotas —pensé en mi nueva guitarra, abandonada debajo de mi colchón—. Además tengo cosas que hacer.

Era mentira. No tenía intención de volver a tocar ese chisme infernal. Escuché la voz del italiano al fondo. Me llamaban desde la cabina situada frente a nuestro gimnasio. Digo nuestro pero yo llevaba dos meses sin ir, me parecía una estupidez cargarme de agujetas y dolores articulares escuchando el Así me gusta a mí de Chimo Bayo cantado por Azuquita.

—¿Qué dice ése? —pregunté.

—Que eres un calzonazos —me contestó Javi—. Pero lo dice en italiano.

—Dile a Ramazzoti que se multiplique por cero —mientras hablaba eché un vistazo a la página de la enciclopedia donde explicaban para listos cómo afinar la guitarra y suspiré— Pero bueno, ¿qué van a ver?

—Estrenan una de vaqueros.

—Uy, qué planazo. Creo que mejor me quedo a ver el Juego de la Oca.

—Eso es mañana, idiota.

—Bueno, pues algo echarán. Veré a la Gemio.

Javier resopló.

—Estás pesado, Pablito. La película que vamos a ver se llama Tombstone, va sobre el duelo en el OK Corral y por lo que dicen está muy bien.

—Pedazo de reseña, ¿qué has mirado, el teletexto? Ojo que eso es demasiado complicado para ti.

—No, me lo explicó tu madre anoche. Anda, te recogemos a las seis.

Así colgamos, devolví la enciclopedia a su lugar y me metí en la ducha.

Habíamos quedado a las seis y la peli era a las seis y media, unos campeones. El cine estaba cerca de casa pero no tanto como para sufrir un caluroso paseo bajo el sol de abril pudiendo pillar una guagua tranquilamente. Así que nos reunimos en la parada frente al antiguo Palacio de Hielo, la pista de patinaje reducida a astillas por un incendio unos años atrás, en la zona más baja del barrio de Escaleritas, y nos sentamos a esperar. A esperar mucho. De hecho, demasiado.

—Saben que no vamos a llegar —apunté.

Carolo y Javier miraron la hora. Recién salidos del gimnasio movían los brazos como dos émulos de Robocop oxidados. Cualquier guagua que bajara nos servía y sin embargo no pasaba ninguna.

—Deberíamos ir andando —añadió Carolo.

—No, espera —dijo Javier, sin apartar la vista de lo alto de la calle. Los minutos pasaban y el principio de la película estaba cada vez más cerca.

—Nos quedamos sin ver los tráilers —anuncié—, eso seguro.

Pasaron junto a nosotros los chicos y chicas que salían de la Academia de Idiomas y por la calzada algún taxista libre que se nos quedaba mirando. Hice un gesto a Carolo señalando a uno de ellos pero el italiano me negó con la cabeza.

—¿A qué estamos esperando? —le pregunté. Él se me acercó. Nuestro amigo Javier parecía clavado en el sitio mirando hacia arriba.

—En ese portal vive Estefanía —me susurró el italiano. Estefanía era el amor imposible de Javi, la chica más popular del instituto, ojos azules que jamás mirarían tan hacia abajo como para vernos a nosotros.

—¿En el del videoclub?

—No, antes de ese, en el de la autoescuela. Siempre que venimos aquí Javi apura hasta el límite por si la ve salir.

Levanté los brazos y me giré airado.

—Vamos, hombre. Me sacan de casa a capones y al final no llego al cine. ¡Nos vemos!

Eché a andar lo que nos quedaba de Escaleritas hacia el Paseo de Chil, que conecta con Mesa y López. No fui corriendo pero sí a paso ligero, y por detrás escuchaba los murmullos de Javier, refunfuñando sobre su desgracia con las

mujeres. Carolo asentía, pero yo estaba seguro de que en el fondo al italiano se la pelaban los dilemas de Javier porque si de los tres alguno podía soñar con quedar con Estefanía era él. De hecho, en una ocasión me dejó caer que había llegado a algo con ella una tarde en la playa. Pero por supuesto era un tema del que no hablábamos en presencia de nuestro amigo.

Cuando pasamos por delante de la taquilla del Estadio Insular Javier se acercó a los carteles para ver el precio de las entradas del siguiente partido, pero yo le apremié y cruzamos la avenida hacia la nave de Flex y el cuartel militar. Un segundo después la guagua pasaba por nuestra espalda, se detenía en la parada del estadio y continuaba bajando.

—Si me hubieras dejado mirar... —gruñó Javier.

Nos metimos por la callejuela del supermercado Día y llegamos al cine Galaxy's sobre la bocina. Apenas había cola porque las películas estaban a punto de comenzar y la gente normal ya estaba dentro.

—¿Y estando La lista de Schindler y Philadelphia, la que quieren ver es Tombstone? —protesté, repasando los carteles.

—No seas soso —me contestó Carolo—. Seguro que la que tú quieres ver es Sister Act 2.

—Sí, El Retorno —añadí. Pusimos las quinientas pesetas por cabeza y Javier compró los tres tickets.

Aunque la peli estaba por empezar y no teníamos mucho tiempo, tampoco pudimos resistirnos a comprar las mejores palomitas de la ciudad antes de entregar la entrada y salir corriendo escaleras abajo hacia la Sala 6, la más grande, al final del pasillo. Nos sentamos, ya a oscuras, justo cuando Powers Boothe y su banda de los fajines rojos entraban a barullo en una boda mexicana para organizarles la fiesta. Tiroteo de regalo para los novios.

—¿De quién es la peli? —pregunté en un susurro.

—Kurt Russel, el de Tango y Cash —me respondió Javi.

—Golpe en la pequeña china —añadí.

—Serpiente Plissken.

—Vale, ¿y quién más?

—Russell hace de Wyatt Earp, a su amigo Doc Holliday lo interpreta Val Kilmer.

—¡Madmartigan! —exclamé, ganándome alguna mirada de reprobación de las filas cercanas. Recordé que Kilmer acababa de tener cierto éxito con el biopic de Oliver Stone sobre Jim Morrison y pensé que esa le gustaría a Layla mucho más que una de vaqueros, por muy buen reparto que esta tuviera. Layla,

siempre Layla.

16. Rape me

Rape me
Rape me my friend

Salimos del cine con los disparos resonando en nuestros oídos. El duelo en OK Corral había resultado épico y nos había dejado con ganas de pillar nuestras pistolas de juguete y empezar a darles vueltas con los dedos frente al espejo. Mi pasado vaquero había comenzado en el blanco y negro de *El Llanero Solitario* en las películas recopilatorias de Disney que alquilábamos en el videoclub, y había continuado con los capítulos vespertinos de *Lucky Luke* hasta alcanzar su cima con la magistral *Sin Perdón* de Eastwood. El de forajido era mi disfraz favorito en Carnaval y soñaba con ser el jinete pálido que recorriera el oeste del Pecos a lomos de su caballo pinto. Así que había dejado atrás *Tombstone* encantado.

Empezaba a anochecer y yo solo quería volver a casa y preguntarle a mi madre si Layla había llamado, pero no podía decírselo a los chicos o me hubieran tachado de nenaza hasta volverme loco.

—Gente, yo tengo que ir a casa porque mi padre...

—Cállate la boca —me interrumpió Javier dando por terminada la discusión—. Vamos a comer algo.

—Vale, pero no quiero volver tarde...

—Que te calles.

Tuve que hacerlo. O les decía que quería llegar pronto por si me llamaba Layla o que los sábados solía madrugar para pegarme el atracón de Spiderman y Caballeros del Zodiaco rascándome el ombligo en la cama. Las dos eran verdad y las dos me daban vergüenza.

—¿Dónde comemos? —preguntó Carolo.

—Aquí mismo —respondió Javier. No había demasiada gente en el Pepe Chiringo que hacía esquina con el cine así que nos pusimos a la cola.

Qué rápidos eran, caray. Yo pedí un bocadillo Pepechuga y mis amigos dos Jareas con todo. Pulgares arriba por el colesterol malo. Subimos al saloncito de la planta superior con nuestras bandejas y nos sentamos junto al amplio ventanal tras el que las luces de la ciudad empezaban a iluminarse. Una ciudad preciosa.

—Bueno, ¿y cómo te va con la niña nueva? —me preguntó Javier

disparando con la boca perdigones de ketchup y alioli.

Yo estaba mirando la tele del local. Tenían conectado un canal de vídeos musicales en el que Prince, que ya no se llamaba Prince, dedicaba una canción a la mujer más hermosa del mundo.

—No me va ni bien ni mal, pesados. Solo la ayudo con las Matemáticas.

—Sí, tú —intervino Carolo—. ¿Y a ti quién te está ayudando?

Por desgracia el italiano tenía razón, yo solo sabía de Mates un puntito más que Layla.

—Sé lo suficiente para ayudarla —me defendí.

—Mira, así vas a acabar —replicó Carolo señalando a la pantalla. Un Meat Loaf transfigurado en bestia sufría por amor en su castillo. I would do anything for love y todo eso. Me ofendí de tapadillo porque, qué quieres que te diga, por un lado era una canción preciosa y por otro me temía que el italiano iba a acertar de pleno.

—Déjenlo ya.

Mis dos amigos se miraron mientras terminaban de masticar. Un silencio incómodo que me permitió escuchar toda la canción con el sufrimiento que suponía eso. Como después de ese vídeo empezasen Los Lunes o Laura Pausini me tendría que tirar por la ventana. En su lugar salió Big Mountain y su versión pegadiza de Baby, I love your way. Si tenía que cortarme las venas, que al menos fuera bailando en la playa.

What is love? Baby, don't hurt me

—En realidad tenemos algo que contarte —dijo entonces Javier. Dejé mi bocadillo sobre la bandeja y me les quedé mirando esperándome cualquier tontería. Carolo tomó la palabra.

—Unos chicos del instituto la vieron el otro día... con alguien.

Levanté las cejas, quise hacerles creer que no me importaba pero me temo que no fui capaz.

—¿Cuándo? ¿Con quién?

—Bueno, vale, tranquilo —contestó Javi—. Cuándo, sería antes de ayer.

Tenía sentido, la tarde que se marchó de casa porque había quedado.

—Con quién... —añadió Carolo—, pues con alguien que no eras tú.

De repente había perdido el apetito. Bebí un trago de Cherry Coke que me supo a óxido mezclado con lágrimas y me dejé caer contra el respaldo de la silla.

—¿Cómo era?

Javier movió la mano en el aire como quitándole importancia.

—Según quienes le vieron, pelo largo, andares caídos, ropa negra... No sé, chico, podría ser su hermano.

—¿Tiene hermanos? —me preguntó Carolo.

—No tengo ni idea. No la conozco tanto.

Mis amigos guardaron silencio. Pensé que sabían más de lo que decían, pero lo último que quería era que me lo contaran.

—Me da igual. Tiene derecho a estar con quien quiera.

Entré en casa cabizbajo y recibí un beso de Clipper de fresa con el mismo deje de tipo duro frustrado que mil veces había visto en el cine. Vale, no era un tiro de whisky a palo seco, pero solo me faltaban la melena y la pistola con una única bala para parecerme más al Martin Riggs de Arma Letal. En mi caso, y al contrario que Danny Glover, yo era aún demasiado joven para esa mierda.

Pasé al salón, donde mis padres miraban la televisión. Bueno, en realidad mi padre se aburría en el sofá mientras mi madre peleaba con el Teleprograma y cambiaba de canal frenética.

—¿Qué sucede? —pregunté sin verdadero interés. Mi padre hizo un gesto en el aire con la mano.

—Pues que la semana pasada terminó el Un, dos, tres y tu madre no sabe qué poner ahora.

—¿Qué me estás diciendo? Y yo que pensé que tenía problemas.

—¿Te fue bien en el cine? ¿Qué viste?

—Una, no estaba mal —contesté sin ganas de hablar de ello. Mi madre estaba a punto de tirar el mando a la pecera—. ¿Y tú qué quieres ver?

—En realidad me da igual —contestó él—. Solo quiero que pare.

—Tantos canales y no echan nada interesante en ninguno —gruñó mi madre.

—Mamá, ¿me ha llamado alguien?

—Sí, hijo. Te ha llamado Laia, Lara...

—Layla.

—Eso.

Siguió cambiando de canal como si pensase que en la siguiente vuelta fuera a mutar toda la programación, sin darse cuenta de que a su hijo le faltaba el aire.

—¿Y? —me impacienté— ¿Qué ha dicho?

—Nada. Me preguntó si estabas y cuando le dije que no...

—¿No dejó recado? —esperé— ¡Mamá!

—A ver, mujer, dame eso —interrumpió mi padre arrebatándole el mando

para hacer exactamente lo mismo que estaba haciendo ella.

—No, Pablo, no. No dejó mensaje. Te volverá a llamar, supongo.

—¡Esta es perfecta! —exclamó mi padre deteniéndose en un canal— Mira, hijo, Por un puñado de dólares, quédate con nosotros a verla.

—Gracias, Papá, he tenido suficientes tiroteos por hoy —contesté—. Ya veré algo arriba.

Di las buenas noches y subí a mi cuarto. Chechu no estaba, así que desempaqueté la guitarra escondida y fui con ella a su habitación. Ajusté cada clavija hasta que las cuerdas acústicas sonaron parecidas a las de su eléctrica, aunque con mi oído de madera la palabra “parecido” tomó un sentido muy relativo. De vuelta a mi cuarto tontee un par de punteos que no sonaron a nada y al poco me acosté. En mi sueño, las balas de Doc Hollyday y Wyatt Earp daban todas en el pecho de un macarrilla de pelo largo, andares caídos y todo vestido de negro.

17. Scoff

In my eyes I'm not lazy
In your eyes I don't worth it

Como tantos otros, pasé la mañana del sábado atontado en el sofá frente a la tele, sin embargo, en mi ánimo no estaba disfrutar con lo que veía. En las últimas horas *Spiderman* había puesto las pilas al vampiro Morbius; Siryu, el Caballero del Dragón, me había regalado una lección de vida mientras intentaba hacer retroceder el curso de una cascada milenaria, y *El Enterrador* había quebrado sin contemplaciones la espalda de *Mister Perfecto* para ganar el cinturón de la WWF. De entre todos los luchadores mi favorito era sin duda el *Último Guerrero*, hasta tenía su muñeco animado de Hasbro, pero he de reconocer que me lo pasaba pipa cuando salía Hulk Hogan. Siempre me encantó su escena en *Rocky III*. “¡Solo es espectáculo, amigo!”

Contemplaba con indiferencia cómo el chino Cudeiro se estampaba una y otra vez contra las zamburguesas cuando mi hermana irrumpió en el salón con una película de vídeo en la mano.

Qué rica, Lucía. A sus casi tres añitos había visto *Mary Poppins* unas dos mil setecientas veces, y con ella todos nosotros, pero aún así no se aburría ni se cansaba de ella.

—No, Lucy, otra vez no.

Acabamos viendo *Mary Poppins*. Harto de anticipar en mi mente los diálogos y las letras de las canciones conecté el ordenador y me senté, sin demasiadas ganas, para continuar la última partida guardada del PC Fútbol 3.0. No había manera de ascender a mi equipo a Primera, a mí no se me daba tan bien como a mi hermano. Después comimos y subí a mi habitación con el tomo de la Larousse que explicaba las posturas de los principales acordes para guitarra.

Encendí mi tele y me asomé a la ventana, observé como un tonto el recodo por donde debería llegar Layla si viniera a buscarme, mientras la MTV emitía el vídeo de *Creep* de Radiohead como si me lo dedicara a mí. Ella, Layla, era especial, y yo era un bicho raro.

Saqué la guitarra de su funda y traté de situar los dedos en las posiciones que me dictaba la enciclopedia pero me resultó algo así como jugar al Twister con mis falanges. Volví a guardarla, cogí un libro y bajé al salón de nuevo. Mi

madre estaba viendo una rara peli de un jovencísimo John Cusack y me recosté en el sillón junto a ella. Noté su mano acariciar mi pantorrilla mientras me quedaba dormido.

Cuando me desperté tenía frío, aunque me habían tapado con una fina manta de cuadros verdes y negros, y algo me estaba haciendo cosquillas en la cara. Abrí primero un ojo y de la sorpresa terminé abriendo los dos de golpe. Tenía la boca de Layla sobre mi frente. Me soplabo levemente para despertarme, y su pelo acariciaba mi nariz causándome escalofríos.

—Hola, McCartney —me dijo con una sonrisa—. Resucita.

—¿Qué haces tú aquí? —rezongué, no muy seguro de no continuar soñando.

El golpetazo me llegó desde el otro lado, un reventón de cojín en toda la cara que terminó de despejarme. Me giré y vi a Chechu partiéndose de risa en la silla del ordenador, todavía con el arma del crimen en la mano.

—Levántate, Patán —me ordenó, recordándome al perro de Los Autos Locos—, que por increíble que parezca han venido a verte.

—Vete a la mierda —le contesté, y me sacudió otra vez con el cojín de la vergüenza. Le hubiera matado dos veces.

—Cierra el pico que tengo que redactar un trabajo para clase —me espetó volviéndose hacia el ordenador.

Me incorporé en el sillón y Layla se sentó a mi lado. Sentía mi boca pastosa, mi barbilla empapada de saliva y los párpados pegados por las legañas. Quería morirme. Ella acercó la mano a la mesa y cogió el libro que yo había dejado allí antes de dormirme.

—¿Qué lees? ¿Una novela?

Mi novela, si puede llamarse así, no tenía ni cien páginas y en la portada, amarilla, aparecía el dibujo de un chico con gafas y una chica pecosa junto a un agente de policía y una señora con un grueso collar de perlas.

—Es uno de los de Resuelve el Crimen —respondí, sin darme cuenta de hasta qué profundidad me estaba hundiendo—. Amy y Lince son detectives aficionados, como lector debes seguir las pistas eligiendo el camino y... —miré a Layla, me sonreía con lastimilla— Al final está la solución... Necesitas mirarla con un espejo... ¿Qué?

—Qué mono eres.

Subimos a mi habitación para que me cambiara de ropa. Me lavé bien la cara y mientras buscaba y me ponía una camiseta con el logotipo de Star Wars, Layla encontró la guitarra, que asomaba bajo la cama.

—¿Y esto qué es? —me preguntó. Yo en realidad me enfadé porque un rayo

mortal no me fulminara en aquel mismo momento.

—Bueno, ya sabes que llevo un tiempo practicando...

Ella me miró con media sonrisa.

—¿De verdad? No, no lo sabía. Genial, podrás llevártela y tocar algo.

18. Drain you

One baby to another says,
I'm lucky to have met you

Subiendo desde mi casa estaba la parroquia del barrio, cerca del campo de fútbol donde solía jugar mi hermano y a pocos minutos de la plaza del Mercado de Altavista. Paseamos hasta allí, ella tarareando canciones y yo cargando con la guitarra como un imbécil. Me gustaba su voz, me encantaba, y aún hoy, a veces, recuerdo esos minutos de callejeo con una sonrisa boba.

En un pisolabis frente al Colegio Marpe compramos dos helados, yo me pillé un Drácula y ella un Frigopie porque no le gustaban los de hielo. Nos los comimos paseando por el borde del mirador, con la panorámica de toda la zona oriental de la ciudad, desde la Clínica del Pino hasta el Club Náutico, flotando en el océano a nuestros pies. Eligió uno de los bancos de piedra y nos sentamos. La brisa me metía el flequillo en los ojos y convertía su melena en una maraña de cabellos negros. Ella llevaba las enormes botas de piel desabrochadas y una ancha camisa de cuadros rojos que le quedaba grande, parecía una niña con el uniforme de leñador de su padre, y del bolsillo trasero de sus vaqueros cortados sacó un folio doblado que me entregó a mí. Lo desdoblé y encontré la fotocopia de una carta.

—Mira —me dijo.

—¿Qué es?

—Léelo.

Forcé la vista porque el sol de media tarde incidía de plano en mis ojos y comencé a recitar en voz alta lo que ponía. Primero pensé que se trataba de una canción, pero pronto me di cuenta de que era una carta de despedida.

—La han publicado hoy y yo la he traducido.

—¿Quién es Bodha? —pregunté, ya que la carta estaba dirigida a él.

—El amigo imaginario que tenía de pequeño.

—¿Quién?

—Lee.

Obedecí. Leí para mí, aunque algunas frases las pronuncié en voz alta para que ella supiera por dónde iba. La nota resultó reveladora y sorprendente, y poco a poco me iba dando cuenta de a quién pertenecía.

—Ya hace demasiado tiempo que no me emociono ni escuchando ni creando

música. Me siento increíblemente culpable. Amo demasiado a la gente. Tanto, que eso me hace sentir muy triste, el típico piscis triste.

Leí dos párrafos en silencio y llegué al final.

—Se me ha acabado la pasión, y recuerden que es mejor quemarse que desaparecer lentamente. Es de... Cobain, ¿verdad?

—La encontraron en su casa cuando...

—Su carta de suicidio.

—Lee la posdata.

—Por favor, Courtney, sigue adelante por Frances, por su vida que será mucho más feliz sin mí. Las amo.

—Esa perra —apuntilló Layla.

—Vaya —murmuré, devolviéndole la carta. Me froté los brazos con algo de frío, y vi cómo ella, después de guardarse la nota, se cerraba un poco más la camisa—. ¿Y tú cómo estás?

—Triste.

Torcí el gesto.

—Pues yo pensé que ya lo habías superado.

Ella sonrió de medio lado.

—No es superarlo, bobo, tampoco puedo hacer nada. Es solo que a veces a uno le gustaría que los grandes fueran eternos. Lennon, Mercury, Marley, Morrison, son tantos y tan importantes. Alguno de ellos hubiera podido cambiar el mundo.

Me encogí de hombros, y no solo por la temperatura. Pensé que estaba llevando el ejemplo demasiado lejos.

—Hablas como una grupi —le dije.

—¿Y qué si lo soy? —me contestó, menos molesta de lo que yo había esperado—. Esas personas me inspiran, y sé que no soy la única.

—Solo digo que este llevaba algún tiempo anunciándolo.

Layla asintió.

—En eso tienes razón —dijo con un escalofrío—. No hace tanto que casi la lía en Roma.

Suspiró. Yo me aparté el flequillo de la cara y paseé la mirada por la bahía de Las Palmas, minúscula desde allí como una maqueta de TENTE. Layla permanecía ensimismada, dejando escapar pensamientos que llevara tiempo deseando compartir.

—Kurt solía utilizar una frase de James Dean sobre vivir deprisa, morir joven y dejar un bonito cadáver.

—No creo que su cadáver haya quedado muy bonito con un escopetazo en la cabeza —comenté. Layla me miró como si fuera a extirparme la tráquea de un zarpazo.

—No siempre tienes gracia, Paul.

Bajé la mirada.

—¿Y qué será de Nirvana ahora? —le pregunté.

Ella perdió la vista en el azul del océano. Estaba deliciosa con el resol rosado del atardecer almendrando sus pupilas.

—Dave Grohl ya ha anunciado que no habrá más Nirvana.

—Vaya. A mi hermano le va a dar algo.

Mi compañera sonrió.

—¿Solo a él?

Yo también reí. Tenía frío, pero del de verdad, del de tiritito y me tiembla la voz.

—Oye igual deberíamos ir pensando en...

Ella negó con la cabeza. Cuando sus ojos sonreían me estremecían mucho más que cualquier brisa fresca.

—No me marchó de aquí sin que toques algo a la guitarra, McCartney.

No vi luz al final del túnel.

—Es que con este frío, los dedos...

—Venga, una canción y nos vamos. ¿Qué te sabes?

—Sé correr —dije. Se me escapó. La tontería le arrancó una carcajada.

—En serio —insistió—. Toca algo.

Tomé aire y recé porque el cielo entrara en combustión o que la tierra se abriera en ese momento, pero nada de eso sucedió. Saqué la guitarra de su funda y la coloqué sobre mi regazo como había visto hacer a los cantantes de la tele y a mi hermano muchas veces. Sentí pavor de estar cogiéndola al revés o algo, de hacer el ridículo y de que Layla no me volviera a dirigir la palabra. Un dedo, dos, tres, importante que quedaran sobre las cuerdas, rasgué con el pulgar y sentí unas ganas terribles de echarme a llorar.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —me preguntó ella condescendiente.

—¿Se me nota?

Layla torció los labios. Creo que le di pena.

—Ya lo sabía. Solo quería hacerte sufrir. Anda, trae.

Le entregué la guitarra y me estremecí de nuevo, a la vez de frío y de vergüenza. Ella la tomó y con rápidos movimientos de sus dedos en el clavijero afinó cada cuerda. Cuando rasgó produjo un sonido tan alejado del

mío que parecía un instrumento diferente.

—Es vieja pero todavía suena bien. ¿A quién se la has robado?

—Era de mi madre.

Layla asintió.

—Venga, tocaré algo. ¿Qué te gusta?

Encogí los hombros.

—No sé, cualquier cosa.

—No te puede gustar cualquier cosa.

—Qué quieres que te diga, la música no es lo mío.

—Ya, ya, no lo jures, Sergio Dalma. Tú eres más de bailar pegados.

—Guasona.

—Escucha esto.

Empezó a desarrollar un arpegio melodioso que yo había escuchado mil veces aún sin saber lo que era. Me quedé embelesado mirando sus manos, la expresión serena de su rostro paladeando las notas.

—Stairway to heaven, de Led Zeppelin. Te sonará —me dijo.

—Claro.

Levantó la mirada y pareció pensar un segundo. Empezó a tocar una combinación de acordes.

—Esta se la he escuchado a Chechu.

—Nirvana.

—Suponía.

Tarareó About a girl, con la voz más dulce que jamás yo hubiera oído. Igual cantaba como un sapo ronco pero a mí me sonaba a gloria. No a Gloria Estefan, por Dios, sino a gloria bendita.

I need an easy friend, I do, with an ear to lend

¿Hablaba de ella? ¿Hablaba de mí? ¿Me estaba diciendo que necesitaba un amigo, que me necesitaba? Preferí no pensar en ello. Ella seguía tocando y silabeando para mí. Era delicioso y yo no quería que terminara.

—¿Dónde aprendiste a tocar así? —le pregunté.

—Mi padre es músico.

Me sorprendí.

—¿De los buenos? ¿Es famoso? ¿Le conozco?

Ella sonrió.

—Aunque fuera el mismísimo Frank Sinatra no lo conocerías, Don Pimpón —me contestó.

—Oye, que sé quién es Frank Sinatra.

—Faltaría más —rió—. Mi padre es arreglista. De los mejores. Trabaja en colaboración con grupos y solistas por todo el mundo.

—Por eso estás aquí.

Ella asintió sin dejar de tocar, aunque había cambiado de canción y yo ahora no sabía cuál era.

—Durante un tiempo al menos —contestó. Después se fijó en mi expresión concentrada, como si intentara resolver un cubo de Rubik sin hacer trampas—. Nothing else matters, Metallica.

Sonreí aliviado, ella siguió tocando.

—Sabes, a menudo pareces triste —le dije.

—A menudo lo estoy.

—No, a menudo quieres que parezca que es así.

Detuvo la música y me miró.

—¿Crees que me conoces, McCartney?

Aguaté su mirada.

—No, pero sé que no estás tan atormentada como nos haces creer —ella frunció el ceño—. Creo que buscas algo, algo que necesitas, pero no sabes pedirlo.

—Igual no sé lo que es —me contestó—. Igual no sé quién soy yo.

Guardé silencio y vi que, a pesar del atardecer, recuperaba sus gafas de sol. Quería ocultarme su mirada, la que dicen que es el espejo del alma. Volvió a tocar, era un instrumental de Santana, lo sé porque a mi padre ése le gustaba. Europa, la tierra está llorando.

—Quieres volver a tu casa, a Madrid.

Cruzó las manos sobre la cintura de la guitarra y se recostó contra el brazo de piedra del banco.

—Aquí me siento sola —explicó—. Te tengo a ti, no me lo tomes a mal, pero no es lo mismo. Aquí —se puso la mano en el pecho— estoy sola.

—No es lo que me han dicho —le solté. Ella frunció el ceño como si no comprendiera. En todo caso, dejó escapar un suspiro oteando los tejados de la ciudad.

—Este no es mi lugar.

—¿Y sabes cuál es?

Se limitó a sonreír.

Empezó a chispear y recogimos. Cruzamos la carretera y justo antes de que estallara el diluvio nos refugiamos bajo uno de los soportales que bordeaban la iglesia. La lluvia caía de lado, de modo que nos mojábamos igualmente, así

que nos acurrucamos muy cerca uno de otro para combatir el frío.

—Menuda mala suerte —protesté.

—No importa —me respondió ella, sonreía—. Me encanta la lluvia.

Kiss the rain, decía Tracy Chapman. Hola, ¿puedes oírme?

El agua empapaba su pelo y rodaba por la piel de su frente y de sus mejillas. Se había quitado las gafas de sol, y con los párpados entornados por el empuje de la brisa parecía aún más bonita. Vale, sí, me sentí tonto, débil, no pude evitar recordar un disco de mi madre, el Bachata Rosa de Juan Luis Guerra —para mí, uno de los más románticos jamás compuestos— y hubiera deseado tener el valor de cantarle a capella aquel inicio para el que no necesitaba guitarra:

Viviré en tu recuerdo como un aguacero de estrellitas y duendes.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, muy cerca, tan cerca.

—Pienso.

—No pienses.

Nos quedamos mirando. Ojos aguados por lluvia de abril, por un aguacero de estrellas y duendes. Rozando pieles sedosas, cabellos enredados. Incapaces de controlar el temblor de nuestros labios.

—Ven —me dijo.

Nos sentamos en el suelo y puso la guitarra en mis manos. Cruzó su brazo izquierdo por detrás de mí y cogió mi mano. Me colocó tres dedos sobre las cuerdas y las rasgó lentamente. Su voz acariciaba mi oído.

—Esto es un Mi —me explicó, y tocó durante unos segundos. Después cambió la posición de mis dedos—. Sol. Ahora rasguea tú.

No aguanté mucho sin meter la pata y Layla se rió de mí. Sentí su cabeza en mi hombro, el olor de su pelo. Me miró. Me empapé de sus ojos y cada inspiración estremecía mi pecho. Me perdí en mi miedo a su boca. Y dejó de llover.

Guardó la guitarra y nos levantamos. Antes de separarnos de vuelta a nuestras respectivas casas se acercó a mí con una sonrisa triste y me regaló un beso en la mejilla.

—Te dije que no pensaras.

19. Stain

Well, he never reads and he never draws
And he never sleeps 'cause he's got bad luck, yeah

Las notas de las dichosas derivadas llegaron el martes, y nunca me alegré más de un cinco ajeno. Layla había aprobado y sentí parte de ese éxito como mío. Aunque después de aquel paseo bajo la lluvia nuestra amistad se había enrarecido y mi ánimo era el mismo que el de un geranio mustio, me acerqué a felicitarla. Para mi sorpresa la encontré seria y distante, sin ninguna emoción por la nota obtenida.

—¿Qué te sucede? ¿No te alegras? —le pregunté. Ella meneó la cabeza como si le sacara de un pensamiento terrible.

—Sí, claro, claro —me contestó sin mirarme a los ojos.

—¿Estás bien?

Se llevó la mano a la frente.

—Sí... sí. Es por mi padre, tiene hoy una reunión importante y me preocupa.

Asentí y la dejé en paz sin agobiarla. De algún modo pasó por mi mente que esa reunión tuviera que ver con la permanencia de Layla en la isla y decidí alejarme por completo para no pensar en ello.

Cuando eres un crío y tus ingresos se reducen al mes que tu padre se acuerda de darte mil pelillas, tus actividades de ocio se ven bastante limitadas. Pero que no pudiéramos comprar no significaba que no pudiéramos pasear y trastear por las tiendas.

Aquella tarde los chicos y yo bajamos a Mesa y López por las escaleras de La Minilla que dan a la calle Habana, esas a cuyo pie los vecinos habían colocado la imagen de una virgen que daba un yuyu terrible. Bordeamos el instituto y desde allí enfilamos la avenida comercial más importante de la ciudad. Para ser finales de abril refrescaba y amenazaba lluvia, y por eso yo llevaba mi cazadora vaquera nueva, esa con el NEW JERSEY de Bon Jovi bordado en la espalda, Javier una sudadera azul de los Knicks —era nuestro Pat Ewing—, y Carolo, más chulo que ninguno, decía que no tenía frío y se había amarrado la camisa alrededor de la cintura por no cargarla en las manos. En su camiseta ponía Just do it pero en mi opinión debería haber puesto Soy idiota y tiritito porque me gusta. Se había peinado agotando la espuma fijadora de su hermana y apestaba a Old Spice que tiraba para atrás.

En fin.

Caminamos por la rambla en dirección al Arsenal dedicando vistazos esporádicos a los escaparates de las tiendas de ropa pero sin comprar en ninguna. No hubiéramos podido. Llegando al final de la avenida entramos en Galerías Preciados y nos dirigimos a la sección de cine y música.

—No me hagas quedar en vergüenza —susurré a Javier. Carolo soltó una risilla.

—Claro que no, tranquilo.

—No te lleves nada.

Javier conocía el cuartillo de los vigilantes de seguridad de Galerías mejor que algunos de los que trabajaban allí. Le habían fichado ya tantas veces que podían poner su fotografía en los carteles promocionales. Me dedicó un estúpido gesto con la mano que habría visto hacer en alguna película.

—Te lo prometo.

En las diferentes televisiones colocadas sobre los estantes de películas VHS estaban emitiendo pedazos promocionales de Demolition Man, Liberad a Willy y otras novedades, además de tráilers de pelis por venir. En la zona de vídeos musicales tenían puesto el concierto de Los Tres Tenores, yo creo que llevaba viendo esa película en Galerías desde que tenía uso de razón. Repasé con un dedo los estuches de las cintas que hubiera deseado comprar y no podía, como quien hace la carta a unos Reyes Magos imposibles, y recordé que a mis versiones grabadas de Exploradores o El Señor de las Bestias apenas se les distinguían los rasgos de las caras. Maldito VHS. A ver si llegaba de una vez el novísimo DVD que anunciaban, ese con el que ver películas jamás volvería a suponer ningún problema.

Tenían una estantería entera para cine infantil, copada por clásicos Disney y alguna excepción destacada como el meloso ratón Fievel y las dos soporíferas partes de El Valle Encantado. Recé porque no hicieran más. Pasé de largo pero me detuve con cariño ante la portada de Cristal Oscuro. ¡Aquel sí que era cine infantil, demonios!

Detrás de mí Javi miraba los packs, en concreto el de las tres Regreso al Futuro, que se nos escapaba de presupuesto, y me acerqué a su lado para señalarle el paquete del trío de Indiana Jones.

—Ojalá rueden algún día otra —comentó.

—Ya te digo.

Fuimos hacia la sección de cine romántico, donde Carolo paseaba la mirada sin demasiado interés, o al menos sin que se le notara.

—¿Te vas a comprar Dirty Dancing? —le preguntó Javier.

—Quizá aprendas algo —añadí.

—No te preocupes, Pablito —me contestó él—, a bailar ya me enseña tu madre los viernes.

Reí casi sin querer y Javier hizo sonar una campana imaginaria, como al final de Rocky III.

—¿Sabes que siempre haces las mismas bromas, tolete? —repliqué— Además, mi madre no bailarías contigo, tiene afilado el olfato.

Después del intercambio de testosterona habitual y necesario, el italiano se detuvo ante los vídeos de baloncesto y Javi fue a las comedias. Carolo anhelaba el VHS resumen de la participación del Dream Team en Barcelona 92, y a la que podía, sobreactuaba cogiéndolo y dándole vueltas para hacérselo notar. Quedaba lo suficiente para su cumpleaños como para que nosotros ignorásemos la indirecta. Por su parte, Javier tenía en la mano la peli de Super Mario Bros, así que me alejé de allí tan rápido como pude.

En la sección de música y discos tronaba en los altavoces el Everything changes de Take That, esa comezón pegadiza que te taladraba el cerebro. Creí que mi cabeza iba a explotar en cualquier momento. Cuando terminó pusieron una recopilación de éxitos latinos, desde Carlos Vives a Luz Casal que hubiera hecho las delicias de mi madre. Decidí hacerme el sordo y aproveché que mis entrometidos amigos estaban ocupados con el cine para acercarme a las estanterías de pop y rock internacional.

Comprar discos de vinilo estaba fuera de mi alcance, pero entre las cintas de casete colocadas en orden alfabético encontré la discografía de Nirvana, seguramente una de las secciones más visitadas en aquella semana. Su último disco, In Utero, mostraba la portada blanca que había visto días atrás en la camiseta de Layla. Le di la vuelta y miré el precio: podía permitírmelo si estaba dispuesto a sacrificar algunas partidas en los recreativos y si con toda seguridad me quedaba sin cenar. En fin, jugar ya había jugado mucho y demasiada hambre no tenía. Cogí la cinta sin que Javi ni Carolo se dieran cuenta y corrí a la caja más cercana para pagarla.

—¿Qué te compras, merluzo? —me preguntó Javier asaltándome en la cola.

—¿Ahora te van esos simios? —añadió Carolo— Mira, pensábamos regalarte esto.

Me mostró un casete de Pimpinela y los dos se echaron a reír. Bueno, como si me importara.

—Esto es para mi hermano —contesté.

Javi me palmeó la espalda.

—Me juego un dedo a que ya la tiene. Anda, Romeo, paga y salgamos de aquí.

Eso hice y nos dirigimos a la salida. Como vi que se detenían en el rincón de los regalos me acerqué a la librería y pregunté a una de las dependientas por algún libro de Buchoski, Bubowsklin o algo parecido. No sé qué tecleó en el ordenador pero me contestó que allí no tenían nada de eso. Estoy seguro de que, si lo recuerda, a día de hoy sigue sin tener ni puñetera idea de qué le preguntó aquel mocoso desgarbado.

Salimos y continuamos hacia el final de la avenida. No habíamos cruzado dos calles cuando Javi se echó a reír y sacó del bolsillo dos llaveros plateados. Uno tenía colgando el escudo del Real Madrid y otro el del Barcelona. Ambos llevaban aún la pegatina de Galerías Preciados con el precio que mi amigo se había saltado por toda la cara.

—¡Me lo prometiste! —exclamé.

—Calla, nenaza —me replicó él—. Nadie se ha enterado de nada.

—¿Y si te hubieran pillado otra vez?

Javier se encogió de hombros. Con una sonrisa le dio el llavero madridista a Carolo y se guardó el otro.

—Bueno, ¿y yo por qué no tengo uno? Me valía el de la Unión Deportiva.

Ellos sonrieron.

—Para que no tengas que ir a la cárcel por cómplice —me contestó antes de estallar en una carcajada.

Cambiamos de acera por delante de la Sala Chistera y continuamos por el paseo hasta el Parque de Santa Catalina. Allí, en una de las terrazas que empezaba a llenarse de turistas y paseantes como cada noche, un músico solitario entonaba al piano un remedo de Billy Joel. Hubiera apostado a que antes o después iba a cantar I just called to say I love you, de Stevie Wonder, pero, bah, era una victoria segura.

Compramos unos refrescos en El Derby para ahorrarnos la ruina en la máquina de bebidas del recreativo y entramos en el salón de maquinitas que hacía esquina con Tomás Miller, con una sonrisa en la cara y los bolsillos casi vacíos.

Esa era su situación habitual, por otro lado. A menudo solíamos trucar los futbolines colocándoles cartones a las porterías o metíamos los tacos dentro de las troneras del billar. Pero eso fue solo hasta que el encargado de los recreativos del Centro Comercial La Ballena nos pilló sacando las bolas con

las manos y nos echó a patadas amenazando con llamar a la policía. Después de eso nos habíamos vuelto más formales y solo en casos de extrema necesidad recurríamos a las trampas. El problema era que la necesidad resultaba una constante en nuestras vidas.

Antes de repartirnos las máquinas pusimos los tres las cartas sobre la mesa: Javier y yo teníamos trescientas pesetas cada uno, tres partidas por cabeza, y Carolo, todavía no sé cómo, quinientas, por lo que desde ese momento se convirtió en algo así como un dios. Paseé entre los diferentes juegos eligiendo con cuidado dónde gastar mis tres monedas de veinte duros y, aunque no te lo creas, embebido por el rollo pachanguero que sonaba en la megafonía del local. De Sopa de Caracol y el Chiringuito de Georgie Dan para arriba, a ver si me entiendes. El Tiburón de Proyecto Uno como máximo hit.

Ignoré House of Dead porque la tenía muy sobada y Street Fighter porque podía jugar en casa. Operation Wolf tenía más años que mi hermana y aunque me llamaban la atención el Out Run, por más que siempre perdía, y el Ghouls 'n Ghost por recordar viejos tiempos, acabé llamando a mis compañeros para reunirnos junto al pinball de Star Trek en rollo tiempo muerto de baloncesto americano. Listen to me, men: si juntamos las once monedas podremos duplicar el número de partidas en el billar o el fútbolín, que salen más baratas.

—Nueve monedas —apuntó Carolo señalando de reojo la recreativa del Double Dragon con cara de culpa.

—Vale. Igualmente eso es mucho fútbolín —concedí—. Vamos.

Jugamos tres partidas de dos contra uno, cambiando la pareja cada vez, en las que siempre ganó el equipo que tuviera a Javier en sus filas. Nuestro amigo podía presumir de una potencia brutal desde la defensa sin necesidad de hacer ruleta ni nada eso. Tenía un brazo derecho muy fuerte y le dedicamos las bromas oportunas al respecto.

Después pedimos al encargado las bolas del billar y jugamos varias rondas prometiéndonos no hacer las trampas habituales. Con una excepción: siempre había un torpe que metía la bola negra antes de tiempo y esa sí que la sacábamos pidiéndonos perdón y sintiéndonos muy mal. Llegado un momento Javier paró la bola blanca y nos señaló hacia la puerta.

—Pablo, mira.

Más allá del recreativo, cerca de la terraza animada por el músico amateur, una extraña pareja se había sentado en uno de los bancos de piedra. Me agazapé, aunque me di cuenta de que era imposible que nos vieran. Ella era Layla, arreglada, radiante, llevaba un vestido negro de media falda y el pelo

recogido en una coleta. Él era un tipo alto, delgado y elegante, de larga melena oscura que rozaba sus hombreras y me impedía verle la cara. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y él la rodeó con el brazo. Yo había perdido el habla.

—Ese debe ser el tío con la que la vieron el martes —murmuró Javier.

Carolo se tapaba la boca con la mano.

—Qué putada.

Layla parecía triste. No dialogaron. Permanecieron un rato sentados mientras él le acariciaba el pelo y le susurraba algo en voz muy baja. Quizá tarareaba la música del pianista, ahora sí, el I just called de Stevie Wonder. Cómo no.

—¿Quieres ir hablar con ella? —me preguntó Javi. Para qué, pensé. No sabría patear a ese capullo ni aunque quisiera.

—No. Es igual. Vámonos.

Hasta que no llegué a casa no dejé correr las lágrimas como si quitara a una manguera un nudo apretado durante demasiado tiempo. Me encerré en mi habitación y acaricié la guitarra que había sido de mi madre y que ahora no quería volver a tocar jamás. En mi cabeza, With or without you de U2. Sí, te dirás, qué típico, pero nos ha pasado a todos y además sabes que esas canciones se concibieron para momentos así. El caso es que me sentí más estúpido que nunca.

20. Come as you are

Come as you are, as you were,
as I want you to be

No hablé con ella esa semana. Me sentía utilizado y dolido. En clase evitaba su mirada y contestaba con monosílabos sus escasas preguntas. Ella también estaba callada y ausente, lo cuál, por otra parte, no resultaba tan raro, así que no me interesé por preguntar. Llegaba a clase con sus auriculares y su música ruidosa escapándose de las almohadillas, presenciaba las clases con indiferencia y tal como venía se marchaba. Solamente un día, mientras el profesor de Filosofía nos leía textos de Kant y yo dibujaba viñetas inspiradas en *Los Caballeros del Zodiaco* en las hojas finales del cuaderno, interrumpió su reclusión para dirigirme la palabra.

—¿Qué haces? —me preguntó, señalando con la punta de su rotulador mi impresionante Caballero de Pegaso en pleno ataque. Me habían salido increíbles incluso los brillos de la armadura y hasta el último músculo en tensión del personaje. Ay, en fin, qué orgullo. Creo que todavía lo guardo por ahí.

—De mayor quiero dedicarme al cómic —contesté.

—¿De mayor? —replicó ella— ¿Y a qué esperas?

No me di cuenta entonces de cuánta verdad encerraba esa pregunta. Será que a los dieciséis el tiempo todavía parece laxo y muchas cosas importantes se nos escapan.

El sábado por la mañana estaba viendo con Lucía el Club Disney mientras ella jugaba con un Pequeño Pony de color malva y yo me peleaba con la guitarra de mi madre. Intentaba repetir los acordes que Layla me había enseñado días atrás, asegurándome de colocar los dedos en la postura exacta con ayuda de mi nueva amiga la enciclopedia. Pero más que dedos parecía tener varitas de merluza congeladas. Además, cuando conseguía colocar los de la mano izquierda no sabía qué hacer con los de la derecha. Acabé abandonando la Larousse y punteando a mi manera igual que años atrás tonteaba nota a nota con el Casiotone rojo que mi padre me regalara en algún arrebato de locura. Conseguí una sucesión parecida a la banda sonora de La Sirenita, lo que alegró mucho a mi hermana, y un primo lejano del riff de A Kind of Magic.

Poco antes de comer sonó el teléfono. Era Layla, así que le dije que esperara y conecté el equipo de música de mi padre con mi nueva cinta de In Utero dentro.

—¿Qué oyes? —me preguntó, cuando retomé la conversación.

—¿Te llega? —respondí— Uy, perdona, no pensé que estuviera tan alta.

Creo que escuché un suspiro al otro lado mientras yo bajaba la música.

—Eso era Nirvana —me dijo.

—Vaya, sí que los conoces bien —respondí, quitándole importancia como si yo escuchara a Nirvana todos los días pero se me hubiera pasado decírselo. Estaba sonando Dumb y así es como me sentí, tonto pero feliz—. Bueno, ¿qué querías?

—Vale, he pensado que como te has comportado como un capullo toda la semana y no sé por qué, podrías venirte conmigo a la playa y contarme qué demonios te pasa.

¿Sabes esa sensación de querer replicar con una respuesta ágil e ingeniosa pero las palabras no acuden a tu mente? Pues multiplícalo por cinco. Cuando conseguí articular un sonido ligeramente humano solo me salió una pregunta estúpida.

—¿A la playa?

—Sí. Te recojo en tu casa en media hora.

Colgó y a mí me entraron unas ganas terribles de ir al baño. Vale que iba a sudar y tirarme al agua salada pero me duché igualmente. Ensayé en el espejo seis posturas diferentes sin camiseta: con pecho alto, metiendo tripa, alzando los hombros, espalda recta, y sentí que me iba a morir de vergüenza en cuanto Layla viera mis michelines. No almorcé, para que la impresión fuera más leve, y planché a escondidas mi único bañador. Y es que si mi madre me hubiera visto haciéndolo se hubiera burlado de mí hasta el día del Juicio.

El agua de Las Canteras estaba helada. Caray, siempre lo está. Sin embargo, con los nervios que llevaba yo encima y el calor que sentía me tiré de cabeza sin pensarlo dos veces. Acabábamos de llegar y de elegir sitio para colocar las toallas y mientras Layla se deshacía de su vestido playero y untaba de crema aquella piel tan blanca yo necesité refrescarme.

La observé desde el agua. Durante los días anteriores había llevado en mi walkman una cinta variada con la que me gustaba torturarme, y ahora venían a mi mente sin ningún esfuerzo las frases de Wet Wet Wet y su Love is all around. Lo sentía en los dedos de las manos y también en los de los pies.

Salí del océano y me senté en la toalla a su lado, con las rodillas abrazadas

junto al pecho para disimular mi incipiente conversión en el Sancho Panza de la serie de dibujos animados. Layla se recostó boca arriba con sus auriculares bramando un zumbido molesto, que para ella sería música, así que yo me dediqué a observar las evoluciones de los surfistas de La Cícer, menuda envidia me daban. Pasado un rato, y viendo que la conversación de Layla no prometía, saqué de mi mochila la vieja Game Boy que había sido de Chechu y que ahora era mía, y comencé una partida de Tetris.

Apuesto a que ahora mismo tienes su musiquilla en la cabeza.

—¿Qué es eso? —me interrumpió mi compañera. Yo se lo expliqué muy deprisa. Estaba ya por el nivel nueve y no era cuestión distraerse. Recordarás que a partir del nivel diez aquello corría como las balas.

—Como suponía que ibas a traerte música y libros, yo también me agencié algo para no aburrirme.

—Debes estar bromeando —me dijo, levantando apenas la cabeza y entornando los ojos.

Nivel doce y aquello no tenía visos de parar.

—Mi récord es el quince.

Se dejó caer de nuevo en su toalla meneando la cabeza.

—¿Pero tú haces algo con tu tiempo además de perderlo con videojuegos?

—Claro que sí —contesté. Nivel trece—. Hago deporte, leo...

—¿Qué lees? ¿Libritos infantiles como el del otro día? ¿Para cuándo una novela, un libro de relatos?

—¡Mierda! —exclamé. Por hacerle demasiado caso la pantalla se me había llenado de ladrillos de colores a igual velocidad que la costa de Marbella, mérito del señor Gil—. También he leído alguna novela...

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Encogí los hombros y guardé la mini consola.

—Algo de Sherlock Holmes, cositas de Verne...

—¿Has leído a Sallinger? ¿A Ray Loriga?

La miré con los ojos muy abiertos.

—Pero he leído un poco de Poe y empecé un relato de Lovecraft porque lo nombraban en la Hobby Consolas al hablar de Alone in the Dark.

—¿Lo empezaste? —me preguntó. Yo asentí— Me agotas, McCartney.

—Vaya, pues siento no ser un culto de pacotilla como tú —protesté.

Esa fue nuestra primera discusión gorda. Ella torció la boca en una mueca graciosa.

—Qué voy a hacer contigo. Anda, vamos al agua.

El Atlántico es un océano frío, sí, ya lo he dicho. Pero esa tarde, trotando detrás de Layla por la arena caliente hacia el agua, hielo era lo que yo necesitaba. Me sentía eufórico de puro nervio, y muy preocupado por no meter la pata.

Entramos hasta que el agua nos cubrió por la barriga, para mí fue más difícil que para ella, como imaginarás. La brisa a veces estremecía mis hombros, así que cada poco encogía las piernas para que el agua me llegara al cuello y entrar antes en temperatura. Las olas nos hacían saltar y de cuando en cuando debíamos mantenernos a flote sin hacer pie hasta que volvíamos a tocar suelo. Layla echó a nadar hacia adentro y se alejó varios metros de mí, que como nunca me he fiado mucho del mar prefería esperarla donde estaba. Total, antes o después tendría que salir por el mismo sitio. Sin embargo, al cabo de un rato dejé de verla, y al poco noté unas manos que pellizcaban mi estómago dándome un susto de muerte.

—¡Estás gordo, Pablito! —exclamó Layla surgiendo del agua como una sirena risueña. Tomó al hacerlo una larga bocanada de aire.

—Calla —protesté—. No lo estoy, y me has hecho daño.

—Te he hecho daño por pellizcar tus lорzas, foca —estalló en una carcajada—. Anda, no te enfades que te pones todavía más feo.

Me quedé contemplando absorto los destellos del sol en las gotas que perlaban su cara, ansiando sin saberlo secar con los míos el agua de mar de sus labios. Permanecimos así, mirándonos, por toda la eternidad, aunque seguramente solo fueron unos segundos. Y entonces ella echó sus brazos por encima de mis hombros y se acercó a mí más de lo que se había acercado nadie en muchísimo tiempo.

—Abrázame, que tengo frío —murmuró.

Se dejó flotar en mis brazos, su cabeza contra mi cuello. Yo, al final, a cámara lenta, me atreví a rodearla con mis manos, a rozar su espalda como si fuera de cristal. El cordón del bikini se enredaba entre mis dedos. Ella apretó su pecho contra mí con la confianza de una casta amiga, quizá lo quería que fuese, quizá lo único que era. Come as you are.

—Gracias, Pablo —me dijo, mecida sobre mí por las olas—. Gracias por ayudarme con las Mates.

Tuve que esforzarme, porque a la primera no me salió la voz.

—Yo no hice nada, lo hiciste tú.

—Supongo que soy la típica piscis triste, sensible, insatisfecha —yo tampoco la entendí, pero me sonó del todo a otra frase de Cobain. No me

advirtió de las comillas.

—¿Eres Piscis?

Entonces sonrió. Lo sé porque sentí su sonrisa contra mi mentón, deslizándose por mi mejilla. Su nariz rozó la mía y sus labios se detuvieron frente a mi boca. Entrecerró los ojos, como si esperara algo que este imbécil no supo entender, o que no se atrevió a hacer.

Tuve miedo, mucho miedo, y ella se echó a reír apartándose. Las olas y mi estupidez la alejaron de mí. No sé por qué, supe que jamás volvería.

Me sentía colorado como un tomate.

—¿A las toallas, gusiluz? No sé si pedirte que me pongas crema o si te daría un infarto.

21. Aneurysm

Love you so much it makes me sick

En un bochinche minúsculo, al filo de una de las calles que desembocan en la playa, nos compramos un par de perritos calientes. Yo pedí un Tab y ella una Mirinda. Mientras nos los servían ojeé el MARCA de esa mañana, abandonado sobre un mostrador que acumulaba publicidad y folletines de ofertas debajo de las fotos de surfistas ilustres que solían visitar el lugar.

En el periódico hablaban de las posibilidades del Barça de cara a una hipotética final de Copa de Europa —ahora Liga de Campeones, menuda chorrada— en Atenas. Todo pintaba a que su rival iba a ser el Milán de Capello, que Dios les pillase confesados.

—Mira, al menos lees algo —comentó Layla.

Comimos nuestro perrito en silencio, sentados en uno de los bancos del paseo de la playa, observando la marea retirarse lentamente y descubriendo las rocas negras, de otra manera imperceptibles, a las que pronto se acercarían chavales y curiosos a la caza de cangrejos. Después empezamos a caminar hacia La Puntilla instalados en un incómodo paréntesis que tenía demasiado que ver con lo sucedido en el agua. Por más que busqué, ninguna frase, palabra o tema de conversación parecía válido para franquear ese muro. Me hubiera gustado ser uno de los concursantes de El Rescate del Talismán y que otro alguien más listo y con una pantalla mágica me guiara por ese laberinto, para mí invisible, hasta ella.

El empalagoso perrito caliente no había llenado el vacío que la ansiedad hacía cada vez más grande en mi estómago y al llegar a Playa Chica se me antojó un cono de patatas pringosas en La Papa Loca. Miré la hora en mi Casio calculadora y como aún no era demasiado tarde me animé a entrar. Layla no tomó nada pero yo cargué mi cono con tres kilos de ketchup y mostaza, aunque casi desde que me lo sirvieron el calor de las papas se fue comiendo el papel y las salsas chorrearon por mis dedos, por las servilletas y por el suelo.

Me sentí un poco guarro cuando regresé junto a Layla, pero si no te has comido un cono de papas locas en la playa es que no has ido nunca a Las Canteras. Mi amiga se apoyaba en la barandilla metálica observando a una mujer que más allá, cerca de la orilla, hacía malabarismos descoordinados

con dos pelotas de baloncesto y otra de fútbol.

Inconfundible su pelo corto reteñido y su bañador deportivo. Yo la conocía de sobra porque la había visto muchas veces recorrer la playa de punta a punta con su especial coreografía, era un personaje más de Las Canteras, pero a Layla le arrancó una risilla.

—Con lo particular que eres —comenté—, algún día te verás como ella.

Mi compañera sonrió de medio lado.

—Eso no va a pasar.

—Claro que no —concedí, perdiendo la vista más allá de La Barra, en las sombras azul oscuro que el océano dibujaba y hacía tremolar en el horizonte.

—Yo no voy a llegar a su edad.

La miré. Al hacerlo, el sol que comenzaba a bajar hacia el oeste me deslumbraba.

—¿Ah, no? ¿Tienes caducidad, como en La Fuga de Logan?

Ella se atusó el pelo y bajó los párpados en un gesto de indiferencia, no esperaba que la comprendiera.

—Formaré parte del club de los veintisiete —me miró con media sonrisa nada más—. Se refiere a...

—Sé lo que es —la interrumpí—. No han hablado de otra cosa desde que Cobain se suicidó. Jim Morrison, Janis Joplin, Hendrix, lo que tú quieras...

—Hay alguno más.

—Me da lo mismo —rezongué, dibujando aspavientos en el aire. Me parecía una soberana tontería, la manera de elevar a maldición una casualidad intrascendente, y así se lo hice notar—. No sé si tus padres aprobarán tus planes.

—Mi padre no me importa y mi madre... —hizo una pausa—, mi madre ya forma parte de ese club.

Las últimas papas se atragantaron en mi garganta y me sentí morir. Retomamos cabizbajos el camino hacia la guagua.

—Tranquilo —me dijo en voz baja—. Ya sabes, muere joven y deja...

—Ya.

El núcleo urbano de Las Palmas de Gran Canaria no es demasiado extenso y recorrerlo a pie con pasos lentos era un placer entonces y lo sigue siendo ahora. Abandonamos Las Canteras a la altura del Hotel Reina Isabel y llegamos al Parque Santa Catalina por detrás del banco de piedra donde la viera con aquel tipo días atrás desde los recreativos. Nos sentamos en el mismo lugar, y todos los flashes de ese recuerdo me golpearon al mismo

tiempo. Hasta me pareció oír al pianista imitador de Stevie Wonder.

—¿Qué te sucede? —me preguntó, oteando el final de la calle por si venía alguna guagua. Yo me sentí muy triste, absurdo, y solo tenía ganas de salir de allí— Dime.

Levanté la cabeza y miré hacia la puerta del recreativo, ya con sus luces estridentes y su música pachanguera.

—El otro día vine aquí con los chicos —comencé, con voz trémula—. Estuvimos jugando un rato al billar cuando...

—Me viste.

Yo asentí cerrando los ojos y ella juntó las manos entre sus rodillas. En verdad sí que refrescaba. Sin duda, muchísimo más que antes, muchísimo más que nunca. Cuánto hubiera querido poder vivir sin ese aire, poder vivir sin ella.

—Pablo, debes entender —me dijo, despacio—, que tú y yo...

—Lo sé —asentí, disimulando mi enfado. Ya sabía que no llegaría, que todo era una mentira.

Por todos los... Maná, Pausini, estaba harto de que de repente toda mi vida pudiera contarse con canciones cursis. Ella siguió explicándose.

—Estoy muy a gusto contigo y me alegro de haberte conocido aquí, donde todo me es hostil y siento que no encajo, pero...

—Te entiendo.

—...una tiene sus necesidades y...

La miré, creo que con el gesto desencajado. No aguantó más la risa y juro que deseé estrangularla.

—¡Anda, imbécil, ese era mi padre!

Llegó su guagua y nos levantamos del banco. Caminamos hacia la parada y nos pusimos a la cola, yo con la mirada clavada en el suelo, ella conteniendo mal que bien la risa. Me despidió con un beso rápido en la cara, mejilla con mejilla, subió y se sentó junto a una ventanilla abierta. Sí, entonces las ventanillas de la guagua todavía se abrían.

—Lo cierto es que no sé dónde vives —le dije por encima del motor en marcha.

—Cierto.

Las puertas se cerraron y la guagua se alejó. La vi marchar pero no esperé la mía, preferí subir hasta casa caminando, con mi walkman y mi cinta recopilada, la que a modo de un BOOM 3, 5 o 6 remezclado me hizo daño con lo más desgarrador de Gary Moore, Whitesnake, Celtas Cortos, Richard Marx,

Brian May o los Rolling Stones.

Quizá necesitaba ese dolor. ¿Tú entiendes por qué, cuando te pasa?

22. Swap Meet

They lead a lifetime that is comfortable

Durante las siguientes dos semanas se sucedieron controles y trabajos de clase como para no ver el sol, semanas en las que Layla prácticamente no pasó por el instituto y en las que cuando lo hizo no había resultado tampoco la chica más dicharachera de *Barrio Sésamo*. Hacía casi un mes que había llegado a la ciudad y todavía no sabíamos de ella prácticamente nada. Ni cómo era en realidad, ni qué hacía en su tiempo libre, ni si prefería lasaña antes que canelones. No sabíamos nada, y me pregunto cuánto sabía de sí ella misma.

De todos modos, entramos en mayo con la impresionante desaparición de Ayrton Senna en aquella curva del circuito de Ímola que jamás volvería a ser la misma. La noticia y sus imágenes eclipsaron prácticamente todo lo demás, incluido el suicidio de Cobain que, a tenor de su repercusión en los medios, había pasado de genio pop y faro de una generación a demonio con rabo y cuernos. Un niño caprichoso, desquiciado y autodestructivo, manipulado por una arpía, Courtney Love, reconvertida en la Yoko Ono de final de siglo. Fíate tú de tus fans y de la prensa.

Con Layla ausente del mundo y sumida en sus cavilaciones y tragedias varias, regresé a mis rutinas habituales con mi grupo de amigos. El sábado nos reunimos en casa de Javi para celebrar nuestra primera tarde de juegos de mesa después de demasiado tiempo. Yo había llevado el Imperio Cobra, pero estaba ya muy gastado y pasado de moda. Carolo aportó su edición italiana de Cluedo, que encima de más que visto resultaba todo un galimatías para que Javi y yo supiéramos quién había matado a quién, con qué y dónde. Lo único gracioso era escucharnos inventar el acento italiano, pero siempre ganaba el único que entendía lo que ponía de verdad. Así que, como otras veces, acabamos jugando al Hero Quest de Javier, que encima siempre se pedía ser el Master, con lo que nos cargaba de trampas, acertijos y dificultades más allá de lo que estipulaba el libro de misiones.

Yo fui el bárbaro Paulgaard y Carolo el elfo Carohl-las, y con el tablero completamente despejado empezamos la búsqueda del tesoro del Príncipe Magnus. La madre de Javi dejó a nuestro lado una bandeja cargada de tigretones y con tres latas de Pepsi, de esas con las imágenes serigrafadas de

los futbolistas del Mundial 94. Lo mejor que hizo.

Cogí sin tardar la de Roberto Baggio, faltaría más. Estaba seguro de que iba a ser la estrella de aquel mundial.

—Tira el dado de combate, Carohl-las —ordenó el Master Javier, solemne, cuando llegó el momento—, para infligir daño al orco o resultar herido.

Habíamos recorrido buena parte del tablero, derrotando momias, orcos, goblins, esqueletos y fimires, y ya habían quedado al descubierto muchas estanterías, trampas ocultas y bancos de armas con y sin secretos. Javier era un hacha, no solo manipulada las instrucciones de las misiones a su antojo, y siempre para mejor, sino que además dedicaba mucho de su tiempo libre a pintar las figuras como un verdadero artista de la miniatura, dotándolas de un realismo y una fiereza increíbles. En uno de mis turnos moví la ficha de mi guerrero y el Master me paró en seco.

—Bárbaro, detente —me dijo—, has caído en una trampa oculta. Tira el dado de doce para saber si pierdes dos turnos o escapas gracias a tu agilidad.

Resultaba una delicia jugar con ellos de esta manera pero, qué quieres que te diga, en mi cabeza rebotaba la sonrisa de Layla, su voz al tararear canciones de Kurt Cobain. Saqué un diez y me escapé.

En su siguiente turno Carohl-las entró en una habitación y el Master se apresuró a colocar sobre el tablero una pequeña mesa, dos sillas, la chimenea y un cofre. Y delante de este el temible Hechicero del Caos, que Javi había pintado con vivos colores plateados y rojizos. El elfo estaba a punto de recibir una tunda, entonces sonó el teléfono y la madre de mi amigo me lo trajo a mí. Era la mía al otro lado.

—¿Cómo que ha llamado? —contesté— ¿Y qué le dijiste? —vi cómo Carolo y Javier intercambiaban una mirada burlona y contenían la risa— Vale, vale, ¿pero cómo sabe...? Muy bien.

Colgué, recogí la antena del inalámbrico y lo dejé sobre la mesa, junto a los restos de bollos y latas de cola.

—Layla viene hacia aquí —anuncié. Mis dos amigos se sorprendieron a la vez. Javier dejó caer sus apuntes de pérfido Master y Carolo soltó el dado de seis de mala gana.

—¿Qué nos estás diciendo? —me preguntó.

—No sé qué le pasa —contesté, y me asomé a la ventana.

—¿Y cómo sabe dónde vivo?

—Mi madre se lo dijo.

Un coche largo y negro, casi fúnebre, se detuvo frente al portal de mi amigo

y Layla, también de negro con un vestido corto y sus sempiternas botas gastadas, miró hacia arriba buscándome. No sonrió al verme, su expresión era triste como si hubiera llorado. Cerró la puerta del coche y este se alejó calle abajo, conducido por el mismo tipo con el que la viéramos en Santa Catalina. De no saber que era su padre hubiera saltado por la ventana para golpearle con mi espada, con mi escudo y hasta con mi casco de bárbaro de nivel doce.

—Pablo —Javi se dirigió a mí, más que serio—, si te vas serás repudiado por los clanes y por tus antepasados.

—Déjame en paz —contesté, de camino a la puerta.

—Venga, tío, no puedo creer que vayas a marcharte —añadió Carolo—, con la partida a medias.

—A ti casi te hago un favor, elfo —le dije—. En serio, no tengo elección.

Mis amigos me miraban desde la mesa, con todo el juego montado, sus cartas, sus trofeos, sus logros, sus envoltorios de Tigretón y las latas arrugadas de Pepsi. Y yo me estaba marchando. Noté en sus miradas lo que aquello significaba.

—Claro que la tienes —repuso Javi.

Abrí la puerta y salí sin mirar atrás, no hubiera soportado la decepción en los ojos de quien era mi mejor amigo desde tiempos de la escuela. Cuando llegué abajo y me asomé a Escaleritas, Layla me estaba esperando apoyada en la verja verde de uno de los parterres. Cruzamos la avenida y subimos hacia la loma del parque. No hacía demasiado habían colocado unos columpios infantiles en la explanada donde antes solo había tierra y matojos. Más allá de un pasillo entre la maleza llegamos al Parque de la Estrella, llamado así por la fuente con esa forma que la gobierna. Creo que nunca la vi con más de dos dedos de agua pero su olor estancado no es algo que se olvide fácilmente. Nos sentamos en el bordillo sin ninguna preocupación porque pudiera ponerse en marcha. Layla tenía los ojos rojos y los labios apretados.

—¿Qué te sucede? —le pregunté. Ella forzó una sonrisa a medias y negó con la cabeza.

—Nada, en realidad. No te preocupes.

Palmeé la piedra con las manos y resoplé.

—Venga ya. Te has presentado de improviso, me has sacado de casa de mi amigo y no consigues dejar de llorar pero vale, yo no me preocupo.

Layla dejó escapar una risilla.

—Cada día eres más sagaz, McCartney —me dijo, sorbiendo lágrimas y secándose lo ojos—. Se ve que lees libros de detectives.

—También vi Twin Peaks, aunque a escondidas, y con mi madre Se ha escrito un crimen y Luz de Luna. Puedes llamarme agente Mulder.

—No se te escapa nada, entonces —los dos soltamos una carcajada afectada. No esperaba ese atisbo de fragilidad en ella, su humanidad a flor de piel me llenó de ternura.

—Dime qué te sucede.

—Mi padre y yo venimos de un abogado —empezó—. El motivo principal por el que nos trasladamos aquí tiene que ver con abogados.

Asentí.

—¿Y?

—Bueno —se encogió de hombros con una mueca tan linda que hubiera muerto por besarla—. Algunas cosas no salen bien.

—Vaya, lo siento...

—You can't always get what you want, decían los Stones.

—¿Y qué van a hacer?

—No lo sé. Ahora mi padre es tan perfectamente libre de terminar su trabajo aquí y volver para Madrid como de quedarse todo el tiempo que quiera.

—¿Y qué crees que quiere?

—No me ha dicho lo que quiere él pero sí sé que la Filarmónica le quiere a él. Quizá prefiera que nos quedemos... Aún no hemos hablado de eso.

Se me hizo un nudo en el estómago pero tenía que preguntarlo.

—Y tú... ¿Tú qué quieres?

Me miró, y hubiera jurado que aquella fragilidad se había esfumado de su gesto. Volvía a sentirla dura, segura y condescendiente. Me aterraba su respuesta.

—Solo quiero no estar sola.

Cuánta tristeza. La tomé de la mano y volvimos a pasear, esta vez sin rumbo. Recordé los versos de una preciosa canción de Duncan Dhu del disco que acababa de aparecer y que mi padre ponía a menudo en el coche. Creía en ella, creía en Layla y pensaba en ella interminablemente. Solo quería despertar a su lado y hacer rodar mis labios sobre su piel. Con el recuerdo de las doce cuerdas tañidas por Mikel y Diego me di cuenta de que habíamos regresado a Escaleritas y no nos habíamos soltado las manos. Por nada del mundo hubiera querido vivir otra despedida.

—Quizá te apetece ir al cine, comer algo —le pregunté.

Ella me soltó despacio, para atusarse el pelo, sin embargo esa mano no

volvió a tocar la mía.

—La verdad —explicó con el gesto típico de un incipiente dolor de cabeza, estaba seguro de que iba a anunciarme que se iba—, es que preferiría pasar la tarde en casa, ver algo en la tele, quizá una película.

—Vale —lo asumí—, pues ya me llamarás cuando...

Layla me cortó y me dio un golpe en la cabeza.

—No, idiota, en la tuya.

23. Polly

Let me take a ride, cut yourself
Want some help, please myself

Entramos en el videoclub sin dinero suficiente para alquilar un estreno pero sí para tentar a la suerte y encontrar una película menos actual, y más barata, de esas de alquiler de cuarenta y ocho horas, que pudiera gustar a Layla. Don Antonio me conocía de sobra por visitarle casi cada fin de semana, y no me pondría pega para sacar una peli con el número de carné de mi madre.

Pasé de largo la estantería de novedades y mostré a Layla las dos paredes repletas de VHS en alquiler. Muchos estaban pillados siendo sábado, pero aún así teníamos suficientes para elegir. Por alguna razón que aún desconozco, rechazó mis propuestas para ver Alien 3, Blanco Humano o Parque Jurásico, y en cambio se dirigió con interés a la sección de cine romántico. Yo me hice el loco y miré para otro lado murmurando por favor, Meg Ryan no, Meg Ryan no.

—Mira, está libre La Familia Addams, igual es tu tipo —le dije.

Layla dio la vuelta a Maridos y Mujeres de Woody Allen y leyó la contraportada sin hacerme caso. Después cogió Pretty Woman pero estaba alquilada y yo respiré aliviado. Vi que se agachaba para alcanzar una del estante inferior, donde se ordenaban películas que ya tenían su tiempo. Eché un vistazo por encima de su hombro y recé para que eligiera Terroríficamente Muertos, pero en lugar de eso su mano se dirigió a la carátula de Dirty Dancing. Me quise morir. Layla devolvió la cinta a su lugar partiéndose de risa.

—Anda, idiota, que es broma. Quita esa cara.

—¿Yo? Era por ti, no querrás enamorarte de mí por verme bailar a lo Patrick Swayze.

Su carcajada resonó en el videoclub. Ella era como el viento para mí.

—No pienso enamorarme de ti, y menos bailando.

Creo que pasé un minuto con la mirada fija y la boca abierta. Después seguimos eligiendo película. No hice ningún comentario más, por si acaso me caía otra colleja, pero la puñetera canción de Bill Medley y Jennifer Warnes ya se había instalado en mi cerebro, pegajosa como una de las calcomanías que Lucía me hacía pegarle en el brazo. De algún modo, yo también sentía que estaba viviendo el momento de mi vida.

—Quiero ver ésta —me dijo de pronto, mostrándome la carátula de Eduardo Manostijeras.

—¿En serio? ¿No la has visto ya?

—Veinte veces, pero me apetece mucho verla de nuevo. Te la pagaré, si es por eso.

—No, no —contesté, intentando que no se me notara que quería cortarme las venas—. Nos la llevaremos. Es solo que no imaginaba que te gustase tanto.

—¿Estás de coña? Me encanta Tim Burton... Bueno, y Johnny Depp.

Suspiré, cómo no.

—A mi también me gusta Burton —confesé de camino al mostrador—, pero más bien Batman y Bitelchús, no esas pasteladas.

—Bueno, pues por hoy te dejo ser pastel —me sonrió ella. El que se partía de risa era Don Antonio al otro lado de su mostrador.

Con lo poco que me había sobrado del alquiler de la película compré en el pisolabis de debajo de mi casa algunas golosinas sueltas. Lo más típico: ositos, dentaduras, plátanos y botellas de cola, además de un par de chicles. Elegí el Bubbalo de fresa por eso de hacer estallar el líquido en la boca y ella un Boomer de menta porque decía que su sabor duraba más. Me hubiera comprado también un flash pero siempre acababa rasgándome la comisura de los labios con los bordes y no quería quedar como un tolete delante de Layla. Compré para beber dos KAS de naranja y subimos a casa.

En casa, mis padres tenían montada su propia película. Con el cenicero de Cinzano al límite de su capacidad y media botella de Baileys repartida en dos vasos anchos y aguados, picaban de un plato tacos de queso y embutidos varios mientras se estremecían con los Misterios sin resolver de Julián Lago, en Telecinco, de camino al Juego de la Oca de Emilio Aragón, en Antena 3.

Los dos nos saludaron pero Chechu ni siquiera se giró, atrapado como estaba por la pantalla del ordenador con una partida del Día del Tentáculo. Yo ya me lo había terminado unas semanas atrás pero él, igual que tenía más maña que yo con la guitarra, desde luego, no había sido llamado por el camino del videojuego. Lucía ya estaba acostada.

—Mamá, Papá —dije—, vamos a ver una peli arriba, si no os...

—Tranquilo, chaval —dijo mi padre. Qué iba a decir, con Layla subiendo ya las escaleras y la cinta del videoclub en mi mano. Pero aún así agradecí que no exagerara el cachondeo. Mi madre sí que me miró con cara de espero no tener que subir a dejarte las normas claras.

—¿Han cenado? —me preguntó. Le mostré nuestra bolsa de provisiones.

—No te preocupes.

—Muy nutritivo.

—Bueno —añadió mi padre—. Si tienen hambre aquí ha quedado embutido.

Agradecí con un gesto y subí a mi habitación detrás de Layla. Por alguna razón me sentía incómodo, desanimado, quizá a consecuencia de los rapapolvos recibidos cada vez que me quedaba a solas con ella. No, eso se acabó, pensé. Cada uno en su lugar, Pablito, cada uno en lo suyo.

Encontré a mi amiga sentada en mi cama y observando desde allí las maquetas de aviones y coches antiguos que decoraban mis estanterías. Yo crucé la habitación y cerré la ventana que mi madre había dejado todo el día abierta de par en par para que la habitación se airease, y que hacía que cada noche el cuarto pareciera una nevera. Después introduje el VHS en el rebobinador automático, que hacía un ruido terrible pero impedía que mi arcaico reproductor destrozase la cinta golpeándola contra el cabezal al terminar el rebobinado.

—El vídeo bueno es el de abajo —le expliqué a Layla mientras cambiaba la cinta de aparato, cogía el mando a distancia, encendía la tele y me sentaba a su lado—. Divide la pantalla en cuadritos, hace efectos y todo. Yo heredé la cascarria.

Ella sonrió y me señaló a los muñecos situados en estudiada combinación sobre mi mesita de noche.

—¿Y eso qué es? —me preguntó. Me morí de vergüenza.

—Son los caballeros de Cisne, Sagitario y Tauro —contesté—. Ya sabes, los del...

Layla puso su mano en mi hombro y me regaló un beso en la sien.

—Sí, bonito, los del Zodiaco. Ya lo sabía.

Pulsé el play por no cogerla del cuello y en la pantalla azul apareció de repente una suerte de carta de ajuste junto a un intenso pitido. Las franjas de colores se marcharon rápido y fueron reemplazadas por las presentaciones de productora, distribuidora y demás. Después comenzaron los tráilers.

—¿Quieres comer algo? —le pregunté. Ella cogió su Boomer y yo un par de ositos de gominola.

—Hay una cosa de la que quería hablarte —me dijo entonces. Casi me atraganté con la golosina.

—¿Quieres que lo pare? —le señalé el mando del vídeo.

—No, no importa.

—Entonces, dime.

—Antes no fui sincera del todo. Sí que he hablado sobre nuestra situación con mi padre.

La pantalla se puso azul de nuevo, pero ahora con las letras blancas del título de la película, número de licencia y otros datos de registro. Entonces sí que la pausé.

—Cuéntame.

Layla no me miraba a la cara, se frotó los ojos con las manos como si las lágrimas fueran a volver de nuevo, pero no fue así.

—Lo que te expliqué de los abogados es todo verdad. Mi padre tenía que resolver unos asuntos aquí y aprovechando la llamada de la Filarmónica vinimos para hacerlo. Sin embargo ha salido mal, muy mal.

—Ya me dijiste.

Ella asintió.

—Mi padre prefiere que nos quedemos aquí, sin embargo, para mí sería demasiado... doloroso.

—No lo entiendo.

—Lo sé.

Por primera vez fijó sus ojos en los míos. Su brillo había caído, aguado por las lágrimas retenidas, y parecían temblar como pétalos mecidos por el viento.

—Quieres marcharte —comenté, no era en absoluto una pregunta.

—No te enfades...

—Por qué habría de hacerlo.

Jugué con el mando entre las manos. Le quité la cinta de celo arrugada que sostenía, o trataba de hacerlo, la tapa rota de las baterías. Saqué las pilas, las froté, les cambié el orden y volví a ponerlas cerrándolo todo. Layla tenía la mirada fija en el suelo, permanecía completamente inmóvil, blanca como una estatua de sal.

—Me ha dicho que si tuviera que repetir curso nos quedaríamos aquí, pero que si apruebo volveremos a casa —dijo de un tirón. Yo no añadí nada, solo lo vi imposible—. Y para eso necesito tu ayuda, Pablo. Ayúdame a aprobar.

Apreté los labios y tensé la espalda. Quería salir de allí, correr sin importarme hacia donde, hasta detenerme y gritar de rabia.

—Me estás pidiendo que te ayude a marcharte de aquí.

—Lo sé.

La miré. Sus ojos suplicaban mi comprensión. No pude dársela, pero le prometí que haría lo posible porque aprobara las asignaturas y pudiera alejarse de mi lado para siempre. Bueno, así no se lo dije.

Un mes más, pensé mientras apretaba el botón del play. Un mes de estudio y después, el olvido. Apagué la luz y comenzó la película. Con la emocionante música de Danny Elfman, cajas de música y coros mágicos, llegamos a la mansión de un anciano inventor y su hermosa creación. Hermosa, aunque inacabada, un chico solitario que por primera vez iba a conocer el amor.

—Esta película es preciosa —comentó Layla dejándose caer de lado en mi almohada. Tenía toda la razón, aunque tampoco se lo dije. Mis pósters de Stallone y el gran Arnold no estaban ahí por nada.

Me hice hacia atrás y apoyé mi espalda en la pared para que Layla pudiera subir las piernas a la cama. La falda del vestido ascendió hasta la mitad de su muslo y la curva de su cintura enmarcó desde mi perspectiva la tele. Intenté no moverme, casi ni respirar, mientras la familia de Dianne Wiest adoptaba a un Johnny Depp apocado y muy especial.

Al poco el cuello empezaba a pesarme y me recosté tras ella, tan alejado como pude, con la cabeza sobre la mano para poder ver por encima de su hombro. A menudo oía su risa y la escuchaba murmurar alguna frase a la vez que la formulaban los protagonistas, y en el momento en que Edward convertía el hielo en nieve para hacerla caer sobre Winona Ryder, bailarina en su propia caja de música, sentí que Layla estaba llorando. Jamás olvidaré aquella melodía. Ojalá pudieras oírla ahora como yo la escuché aquella noche, a veinte centímetros de la criatura más fascinante que haya conocido y del olor a vainilla —siempre olía a vainilla— de su piel nívea.

En mi imaginación, los dedos de mi mano flotaron por la oscuridad, se acercaron a su cintura y bailaron sobre la loma de su cadera. Sin separarlos en realidad de mí, soñé cómo sería rozar su muslo. Sin duda lo sentiría suave, quizá frío, a lo mejor, si mis yemas se mostraban hábiles, se estremecería. Los imaginé trepando por su piel y mi pulso se aceleró. En una de las escenas más impactantes de la película Kim convencía a Edward para ayudar a su novio a asaltar una casa, sin saber que era la suya, y se desataban todos los males. Con ellos, la tragedia. Del mismo modo entendí que si dejaba a mis manos cumplir su sueño terminarían rompiéndolo como si fueran tijeras. Y mientras masticaba esa amarga realidad escuché la respiración de mi amiga más profunda y diferente. Se había dormido.

Terminé la película con un nudo en el pecho y esforzándome por no moverme y despertarla. Tras los títulos de crédito comenzaron los últimos tráilers, los que se anunciaban con el faldón PRÓXIMAMENTE EN CINES. Yo miré a Layla, dormida, y supe que más allá de esa noche no iba a haber un

próximamente para mí. Y esa noche terminaba.

Detuve el vídeo con el mando y en la televisión apareció el canal Euronews. Permanecí rígido mientras decidía qué hacer y escuchaba la respiración acompasada de Layla. Cuando reuní el valor para intentarlo, me levanté despacio y me senté al borde de la cama. Justo en ese momento mi madre subía desde el salón y abrió mi puerta con intención de despedirse antes de acostarse. Me dedicó una sonrisa cuando vio a Layla dormida, y me trajo del armario una manta para ayudarme a taparla. Apagué la televisión y cerré la puerta con cuidado, mi madre me dio otra manta para mí, me besó en la frente y bajé a pasar la noche en el sillón del salón. Me costó mucho conciliar el sueño, con la chica de mis sueños durmiendo en mi cama y el carillón de Danny Elfman girando en mis oídos.

24. Blew

Here is another word that rhymes with shame
You could do anything

Algo pegajoso golpeó mi cara. Una vez, otra. Poco a poco fui saliendo del sueño y descubrí tras cada golpe una risilla infantil que conocía demasiado bien. Abrí los ojos y encontré detrás de mí a Chechu, que desde la silla del escritorio me pegaba en la mejilla con su repugnante *Mano Loca* que alguna vez fue roja y que ahora estaba cubierta de mugre.

—¡Qué asco! —exclamé.

Lucía se partía de la risa sentada en el otro sillón.

—Arriba, bella durmiente —me dijo mi hermano—. Nos aburres.

Al parecer la pequeña se había enfadado porque conmigo durmiendo en el salón no le habían dejado poner los dibujos y ya estaba harta de apretar sin éxito los botones de plástico de un juego de agua. Los aros de colores jamás encontraban sus ganchos correspondientes salvo por casualidad.

—¿Dónde está Layla? —gruñí a medio bostezo.

—Ya se ha ido —respondió Chechu. Yo le miré desconfiado, no sabía si creerle.

—Me tomas el pelo.

—Tú mismo.

Mi hermano cogió el mando de la tele y puso el capítulo de El Príncipe de Bel Air. Yo me levanté y fui a la cocina, mi madre preparaba un guiso de carne que olía a gloria ya desde lejos, y abrí la puerta del frigorífico.

—Ni se te ocurra desayunar ahora —me dijo.

Protesté.

—Un zumo al menos.

—Un zumo y nada más, olvídate de galletas, sobaos ni cereales.

Cogí la bebida y cerré con mala gana la nevera. Me senté en la mesa sin demasiadas ganas de comer, la verdad, ni de leer el As ni de otra cosa que no fuera abrazar a Layla. Mi madre escuchaba en su radio la cinta variada que solíamos llevar de vacaciones en el coche y que se había convertido ya en una más de la familia. Me divertía oírla cantar, de Víctor Manuel a Cecilia o a Mocedades, inventando unas palabras y cambiando otras, esa voz que me había dormido de niño y que me había calmado de grande. Ahora Perales

cantaba al muchacho del barco llamado Libertad y mi madre dibujaba con él las mismas estelas en el mar. Me quedé mirándola con media sonrisa. No pares, Mamá, sigue.

—Mira lo que estaban vendiendo en el mercado —me dijo, parando de remover el guiso para enseñarme su muñeca. Del reloj plateado pendía una minúscula figura con forma de bruja nariguda—. Para atraer la suerte.

Resoplé y me quité las greñas de la cara. Siempre me despertaba convertido en Pumuky.

—Después de los chinos y los chupetes, ahora las brujas —refunfuñé—. Si fuera por todas esas bobadas seríamos la familia con más suerte del mundo.

—Quizá hubiera sido peor sin ellas.

De acuerdo, sentencia de madre.

Tiré la lata de zumo a la basura y me sequé los labios. Antes de subir a ducharme le regalé un beso.

—Oye, ¿has visto a Layla? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

Ella sonrió.

—No. Cuando pasé por delante de tu cuarto estaba abierto y vacío, ya se había marchado. ¿No te dijo nada? Estarías durmiendo.

Asentí sin contestar y acometí cada escalón como si llevara en los pies las botas con plomo de aquel buzo de Playmobil que solía meter en la bañera de pequeño. Mi cama estaba hecha y la colcha estirada, pero aún conservaba su olor de vainilla. Sobre la mesilla seguían las golosinas, casi sin tocar, y del vídeo asomaba el VHS de Eduardo Manostijeras. Encima de la carátula había una nota manuscrita, sujeta con dos pendientes con forma de guitarra eléctrica a modo de pisapapeles.

«Gracias por todo, McCartney. “El auténtico amigo es el que sabe todo de ti y sigue siendo tu amigo”. Te veo el lunes».

L.

La frase olía a Cobain, no lo dudé un segundo. Me metí en la ducha cabizbajo, creyendo que nunca podría sentirme más triste, y el agua caliente me susurró como un coro de voces limpias la música de MC Hammer. Have you seen her?

Al salir del baño me vestí deprisa y me senté en la cama a esperar a que mi madre nos llamara para el almuerzo. Tenía la nota de Layla en la mano y en la tele la MTV recordándome a través de la voz de Sting lo frágiles que todos somos.

—Enano, ven —me llamó Chechu, desde su habitación.

Qué tripa se le habría roto. Me levanté a regañadientes y crucé el rellano, le encontré sentado en su escritorio afinando la guitarra eléctrica igual que había visto hacer a Layla con la española.

—¿Qué quieres?

Se giró hacia mí con una media sonrisa que no me gustó. Llevaba su chándal gastado y una camiseta sin mangas con el logotipo de Queen. No recuerdo haberle visto muchas veces con el pelo limpio.

—Quería preguntarte una cosa —me dijo.

Pulsaba cada cuerda probando su sonido. Empezó a puntear deprisa el comienzo de Sweet Child O' Mine.

—A ver.

Se atusó el pelo y me miró de lado.

—Menuda chica, tu amiga Layla. ¿Sabes si tiene..?

Me acerqué a él despacio y le señalé con un dedo. Sentí que hasta la última fibra de mi cuerpo temblaba y no sabía si me iba a salir la voz.

—No me rompas esto —le dije, casi mordiendo las sílabas—. Por lo que más quieras, Jesús, no toques esto.

Me retiré de espaldas y sin apartar la mirada de sus ojos. Mi hermano me sonreía, burlón.

—Cierra la puerta al salir.

Lo hice y justo al momento la guitarra de Chechu empezó a bramar el famoso riff de Smell like teen spirit. No me desafíes, pensé, aunque seguro de tener todas las de perder. Me senté de nuevo en mi cama y apagué la tele. Los The Cure se marcharon anunciando que el viernes era su día de enamorarse. Qué majos. Al menos era domingo.

Conecté los auriculares al walkman y me recosté intentando borrar mi mente como el hombre de París, Texas. Pulsé el play y el casete de In Utero emitió un crujiente zumbido que yo ya conocía muy bien. Tuve que sacarlo y desenredar los metros de cinta de los cabezales, rebobinarlo con la ayuda de un bolígrafo y volver a probar suerte. Al parecer había llegado a su límite, casi tanto como yo mismo. Ya no quería pensar, no soportaba más frases, más momentos, más recuerdos. Me levanté y puse en marcha la consola, metí el cartucho de Super Soccer y traté de poner la mente en blanco.

Con el tiempo he aprendido que casi todos los juegos, en especial los de aquellos años, tienen algún desliz, alguna gatera por donde puedes colarte una y mil veces para ganar partidas. En el Super Soccer solo tenías que coger la pelota con cualquier jugador, ladearte ligeramente respecto al medio del

campo y correr hacia la portería contraria, esquivando los hachazos, para justo antes de entrar en el área pequeña disparar en diagonal ante la salida del portero. Gol seguro.

No sé ni cuántos había anotado ya cuando mi padre entró en mi habitación y cerró la puerta.

—El día que venga a verte y te encuentre estudiando lo marcaré en el calendario —me dijo, sentándose en el borde de la cama. Yo pausé el juego y giré la silla hacia él.

—Esto es casi como estudiar —le contesté.

Mi padre sonrió y puso su mano en mi rodilla.

—¿Cómo estás?

Me encogí de hombros y bajé la cabeza.

—Confuso.

—Todos lo hemos estado a tu edad —sonrió, el bigote casi escondía su labio superior, tan fino—. Cuando te das cuenta de que todo lo que creías verdadero no eran más que versiones simplificadas de algo mucho más complejo.

—¿Es siempre así?

—A menudo es peor. ¿Qué sientes?

Llené mis pulmones de aire y lo dejé escapar muy despacio.

—Siento que no sé nada. Que todo es nuevo de repente, diferente, como si hasta ahora solo hubiera jugado en el nivel principiante y de ayer a hoy todo se moviera más rápido y las partidas fueran más difíciles.

Mi padre rió por la metáfora. Me sentí tonto pero compartí su risa, me encantó sentirle cerca, a mi lado.

—Yo no lo hubiera explicado mejor —me dijo—. Pero, ¿sabes qué? Como a todos estos juegos que tienes, a este también acabarás cogiéndole el truco.

Me atusó el pelo y me golpeó con cariño en el brazo antes de marcharse. Todavía recuerdo aquella conversación como la más auténtica de mi vida, y aún me pregunto cuál será la gatera de esta partida, para meter tantos goles como metíamos entonces.

25. Pennyroyal tea

I sit and drink Pennyroyal Tea
Distill the life that's inside of me

A cuatro semanas de los exámenes finales no se puede uno relajar demasiado. Yo no quería que Layla se fuera, pero tampoco que suspendiera y tuviera que repetir. Mi situación presentaba suficientes debates morales para hacerme merecedor de un buen dolor de cabeza así que decidí pensar menos y hacer lo correcto. Y lo correcto era ayudarla a aprobar. Después ya veríamos.

Cuatro semanas, sí, quizá menos si algún profesor sentía la tentación de adelantar sus vacaciones y nos ponía los controles antes de internarnos en junio. Apenas veinte días para inscribir en la casilla de los aprobados a una chiquilla con la cabeza llena de pájaros, frases pomposas y vídeos musicales. Misión: Imposible, o casi.

En inglés Layla no iba nada mal, sin duda a fuerza de canciones, pero en Lengua y Mates teníamos mucho trabajo. Las Sociales, Historia y Geografía serían cosa suya, yo le resolvería las dudas de Naturales pero solo aquellas que realmente supusieran un serio atasco. Para nimiedades no teníamos tiempo.

Con esta perspectiva programé las sesiones lo mejor que pude, organicé materiales y actividades y me preparé las clases como haría el maestro más atento. Sin embargo, las dos primeras semanas se nos pasaron volando y Layla había aparecido por casa solo en la mitad de las ocasiones. Así resultaba todavía más difícil.

—Tenemos que hacerlo de otra manera —me dijo un día en el recreo. Almorzaba con remilgo una palmera de chocolate a medio derretir por el calor, mientras yo comía un sándwich de mortadela, de esa que no sabía a nada pero tenía el dibujo de Mickey Mouse, no me preguntes cómo.

—No me digas —respondí. Era obvio que sin venir a casa no iba a conseguir aprender nada.

Ella bajó la mirada. Habíamos conseguido ciertos progresos en Lengua y yo debía dar por sentado que mejoraba en las otras asignaturas. No obstante, para aprobar Matemáticas no iba a necesitar un milagro, sino una nueva vida, una en la que empezase a atender en clase desde el primer día.

—Hay otro modo —aseguró, sin mirarme.

Yo deslicé una risilla.

—¿Vas a robar los exámenes?

Me tronché yo solo y acabé tirando la mortadela al suelo. Cuando me recompuse Layla no reía.

—Solo el de Matemáticas.

Tragué un puño de saliva.

—Te has vuelto loca.

—No, lo he pensado mucho. La mitad de las veces que me hablas de ello no entiendo lo que dices. Me cuesta concentrarme, no lo comprendo —meneó la cabeza de lado a lado—. No, lo mejor es tomar el camino fácil.

—¿Fácil? ¿Y cómo piensas..? —me fijé en la expresión decidida de sus ojos, en su frialdad de espía rusa, era mi propia Nikita— ¡Ya los tienes!

Layla volvió a negar con un gesto y me ordenó bajar la voz.

—Al llegar esta mañana me he colado en el despacho de Floro pero no los guarda allí.

Floro era nuestro profesor de Matemáticas. En realidad se llamaba Florentino pero entre nosotros su nombre había derivado en Floro, Florido e incluso Florete, algunas veces. Era un tipo especialmente desagradable porque tenía todos los dientes torcidos y escupía inevitablemente al hablar.

—No me extrañó que llegaras tarde. Bueno, ¿entonces cuál es el plan?

—Buscar en su casa.

—Creo que necesitas ayuda profesional, Layla —dije—. Que te encierren como a Sarah Connor al principio de Terminator 2.

—Yo no estoy hablando en broma, Paul.

—Ahora me vas a decir que también sabes dónde vive.

Me enseñó un pedazo de papel recortado que sacó de dentro de su sujetador. En él estaba escrita a bolígrafo una dirección.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, mi querido Watson.

Observé el papel y su anotación y me encogí de hombros. Conocía la zona.

—Pues que tengas suerte.

—¿No me vas a acompañar? ¿Tantos cómics, tantos videojuegos y tantos superhéroes para nada?

Touché.

El día D llegó dos mañanas después. Antes de entrar en clase estaba disfrutando en el pasillo de una animada discusión con Javier a cuento de las mejores finales de conferencia en la NBA en mucho tiempo, con los Jazz de Malone y Stockton hincando la rodilla ante un colosal Olajuwon en Houston y

una igualadísima final del Este entre los Knicks y los Pacers. Ewing contra Miller, brutal. De haber tenido patrimonio lo hubiera apostado todo por New York, pero mi amigo se acobardó y no recogió mi guante. Pringao.

Layla pasó por detrás de mí y me agarró por el pescuezo antes de que Florentino llegara a clase.

—Vamos —me susurró—. Este es el momento.

Al más puro estilo Guerrero Americano nos infiltramos en el barrio de Ciudad Jardín, llamado así porque los que lo habitaban tenían el suficiente poder adquisitivo para mantener en sus casi palacetes terrazas y jardineras decoradas con plantas y arbustos de todos los tamaños, colores y olores. La casa que Layla me indicó era de dos pisos, paredes blancas que necesitaban una buena mano de pintura y un muro de ladrillo reforzado con una hilera de abetos ornamentales que ya habían vivido sus mejores días. Era un chalé colonial venido a menos. Desde luego la familia de Floro había tenido su momento pero lo había echado a perder.

—¿Estás segura de que es aquí?

Layla asintió. La sentí especialmente emocionada y nerviosa. Obviamente ella no había crecido viendo a Dudikoff como el ninja americano.

—Claro que lo es. Vamos.

Supusimos la puerta principal cerrada y bordeamos el perímetro lateral de la casa hacia la parte de atrás, esquivando las hojas de palmeras descuidadas y los pedazos de muro descalabrados por el paso del tiempo. Encontramos al otro lado una pequeña cancela metálica cuya cerradura oxidada ya no cerraba nada y nos colamos en el patio trasero de la propiedad. Podíamos escuchar la música clásica que escapaba por una de las ventanas.

—¿Pero la casa no debería estar vacía si Floro está en clase? —pregunté, aterrado. Por extraño que me pareciera, Layla no se detuvo.

—Estará su mujer... o su madre, yo qué sé. Sígueme.

Le hice caso y atravesamos el patio rodeando un Volvo gris allí aparcado y llegamos a la puerta auxiliar de la cocina. Que yo supiera, el profesor Florentino no estaba casado y calculé mentalmente que su madre, de seguir viva, debía rondar los ciento doce años. Debajo del pequeño porche había un rollo viejo de manguera y algunas macetas junto a un saco empezado de abono y una bolsa verde de herramientas. De ella sacó Layla un destornillador muy fino, de esos de precisión como los que utilizaba mi padre para sintonizar la tele vieja del salón, cuando todavía servía, y se acercó con él a la cerradura. Le duró un periquete y menos.

—¿Y eso? —le pregunté en susurros.

—MacGyver —me contestó.

Abrió la puerta despacio. La cocina olía a café y pan caliente. Layla entró con decisión pero yo me sentía como el Señor Rosa de Reservoir Dogs, seguro de estar metiéndome en un berenjenal con gato encerrado en el que en cuestión de nada comenzarían los tiros.

—¿Qué haces? ¡Vuelve! —la llamé, pero ella cruzó la cocina hacia la puerta que la conectaba con un pasillo empapelado con un florido papel amarillento y donde olía a hospital.

La seguí, qué remedio.

Como si conociera la casa de toda la vida giró a la derecha y asomó la nariz a un salón rancio y oscuro amueblado con estanterías de vieja madera, atestadas de libros descoloridos, y cuyas paredes decoraba media docena de cuadros insulsos de escenas marineras. En un rincón cerca de la única ventana había una mesa camilla cubierta con un tapete azul y un trapo de ganchillo, y sobre ella un tablero de Scrabble con una partida empezada. A su lado vimos un vaso de cristal y una jarra verde con agua, además de un reloj de pulsera metálico abandonado. Un biombo de estilo oriental se mantenía de pie frente a la ventana abierta y protegía el salón de la excesiva claridad y de las corrientes de aire. La música clásica que habíamos oído nacía en un antiguo tocadiscos situado junto a la mesa, y aunque no reconocí la melodía estaba convencido de haberla escuchado en más de una película. Seguro que mi padre sabría qué compositor era.

Layla se internó en el salón corriendo en cuclillas y revisó cada estante y cada cajón que pudo abrir, pero el original del examen no aparecía por ningún sitio. Llegado un momento escuchamos voces que se acercaban, mi compañera cogió mi brazo y tiró de mí hacia el biombo. Nos escondimos detrás y aguardamos, con el corazón empeñado en salir por la garganta.

La parte alta del biombo estaba hecha con tiras de bambú, y a través de sus rendijas pude ver al enfermero que entraba en el salón empujando la silla de ruedas de una mujer anciana —tenía edad para ser la madre de mi profesor dos veces— conectada a una vía de suero intravenoso. Las ojeras y las arrugas se confundían en su rostro, y parecía no tener fuerza apenas para mantenerse despierta. Sin embargo, reflejaba un halo regio en su semblante, casi imponente y fiero. Nosotros podíamos verla y del mismo modo ella nos habría descubierto si hubiéramos hecho el más mínimo ruido.

El enfermero la llevó hasta la mesa camilla y colocó la silla de espaldas a

nosotros, tan cerca que casi pude oler el linimento muscular y el jabón de manos, aromas desde ese día asociados a recuerdos terribles que aún conservo. La anciana elevó su mano temblorosa y comenzó a barajar despacio las fichas de Scrabble mientras el enfermero rellenaba el vaso de agua y se marchaba por donde había venido.

—¿La madre de Floro? —susurré. Layla me hizo callar con un gesto agónico. Jamás la había visto tan asustada.

Cuando volví a fijarme en ella, hubiera jurado que la anciana me miraba directamente a los ojos a través de las cañas de bambú. El corazón me dio un vuelco, sin embargo la mujer recuperó la postura y tomó del tablero, como si las escogiera, fichas concretas que iba colocando en su soporte de plástico una a una, muy despacio. Escuché el aliento escaparse del cuerpo de Layla cuando terminó de hacerlo, y por encima del hombro de la anciana pude leer dos palabras que no significaban nada para mí: OSWALDA KARTFOOR.

Sentí que a mi lado Layla había empezado a temblar y le cogí la mano. El enfermero regresó al salón y dejó sobre la mesa un atillo de sobres y un abrecartas. Se marchó, y la mujer examinó sin prisa cada paquete hasta detenerse en una carta sin sello ni remitente con una única palabra escrita en el lugar del destinatario. No conseguí leerla. De repente una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de la mujer, comenzó a reír en voz baja, rompió el sobre con el abrecartas y leyó el medio folio manuscrito que había en su interior. Entonces estalló en una carcajada asmática, ladeó la cabeza lentamente en una postura imposible hasta quedar mirando hacia nosotros con la expresión desencajada en plena histeria. ¡Nos miraba a los ojos a través de las tiras del biombo! Agarró el afilado abrecartas con torpeza pero con decisión y se abrió el cuello de lado a lado sin dejar de reír.

La sangre tiñó de rojo el mantel de ganchillo y las fichas de Scrabble, empapó el suelo y el camisón de la anciana como en un cuadro impresionista. Su cabeza cayó como un saco de paja colgando sobre su pecho mientras la vida escapaba de su disminuido cuerpo, y antes de que el enfermero pudiera acudir en su auxilio Layla y yo habíamos salido por la ventana y corríamos horrorizados hacia el parque Doramas.

Escuchamos llegar la ambulancia desde las escaleras del parque, pero no nos concedimos un segundo de descanso hasta que nos sentamos en uno de los bancos de madera agazapados en la penumbra bajo las hojas de los árboles. A mí me faltaba el aliento pero Layla no era capaz de controlar su llanto.

—¿Qué narices ha pasado ahí dentro? —le pregunté, asfixiado.

—No lo sé —me contestó entre hipidos.

—¡Y una mierda no lo sabes! —exclamé furioso— ¡Esa no era la casa de Florentino!

Layla se levantó y empezó a caminar sin mirarme.

—Claro que lo era, imbécil.

Se marchó y yo me quedé sentado en el parque. Los pájaros cantaban mientras las sirenas se multiplicaban en las cercanías de la casa de la anciana suicida.

26. Something In The Way

Underneath the bridge
Tap has sprung a leak

Layla no pasó por clase el resto de la semana ni volvió a venir a mi casa a estudiar. Cada mañana me despertaba pensando si la iba a ver, como en aquella canción de Rot y Calamaro que al final estaba dedicada a la heroína. Layla era mi ángel maldito, la dama más cruel, y aunque me habían advertido era inútil negarlo, me tenía completamente atrapado.

Seguía sin saber en qué maldita vivienda nos habíamos colado ni quién era esa anciana que alteraba mis sueños. Me torturaba día y noche dándole vueltas a las palabras OSWALDA KARTFOOR. ¿Significaban algo? ¿Perteneían a algún lugar, a un nombre, o en cambio eran solo fichas escogidas de forma aleatoria por una nonagenaria senil en un juego de Scrabble? No tenía manera de saberlo y la clave era Layla, siempre Layla, poniéndome a sus pies. Como un tonto me enamoré de ella, y ella puso todo mi mundo patas arriba.

Debería dejarla, irme lejos, no volver. Qué tontería.

Demasiada música en época de exámenes, poco recomendable. En ese tiempo aprendí algunos trucos punteando con la guitarra de mi madre, aunque los acordes se me resistían por no tener ni idea de dónde debían ir los dedos en cada postura. Pero ya era capaz de chapurrear algunas canciones. Pronto llegó la final de Champions League, con el Barcelona haciendo historia en Atenas, sobrepasado por un Milán incontestable, y poco después el comienzo de las finales de la NBA, con mi competencia particular contra Javier —él de Houston, yo de New York— en todo lo alto.

No volvimos a ver a Layla hasta los días previos a los controles finales y tampoco vino a todas las clases. Desde muchos puntos de vista se había marchado ya, al menos para mí. Si volvió a dirigirme la palabra, no lo recuerdo.

Hicimos todos los exámenes en las dos primeras semanas de junio, y por su expresión tras cada uno de ellos intenté adivinar cómo le habían salido. Pero su gesto me era esquivo, cuando no se tapaba la cara con el flequillo lo hacía con una gorra ancha de visera cuadrada, como si quisiera esconderse del mundo. Sus auriculares, siempre conectados entre clases y en los recreos, suponían para mí una barrera infranqueable, y si intentaba dirigirme a ella, el

miedo me detenía antes de dar el primer paso.

Por su parte tampoco hubo acercamientos.

Al terminar el último control, el de Matemáticas, esperé su reacción con más interés aún que en los anteriores. Antes de marcharse clavó su mirada en la mía, por primera vez desde el incidente con la anciana. Pensé que iba a hablarme, que todo iba a volver a empezar, que olvidaríamos lo sucedido, yo estaba dispuesto a hacerlo. Quise pronunciar su nombre pero la canción no llegó a mi garganta. Quise decirle que no se marchara, que se quedara conmigo, que yo podría ser lo que ella quisiera, que yo sería su Kurt, su músico, que donde quiera que fuese, hiciera lo que hiciese, yo estaría justo allí, esperándola como Richard Marx. Quise decirle que la amaría por siempre, que estaba sangrando por ella aunque no pudiera ver mi sangre, que estaría allí hasta que las estrellas dejaran de brillar, hasta que los cielos estallasen y las palabras ya no rimaran. Decirle que el día en que muriera ella estaría en mi mente porque siempre iba a quererla y... Y sin embargo, a pesar de saberme la letra de Always de pe a pa y de estar preparado para soltársela del tirón y en modo metralleta y no dejarla escapar sin que supiera cuánto la quería, apenas vislumbré un temblor en sus ojos, dio media vuelta y supe que jamás iba a volver a verla.

Las notas se entregaban el día de mi cumpleaños. Entré en el instituto cabizbajo y antes de pasar por clase a por mi boletín me dirigí al tablón donde los profesores de cada asignatura debían haber colgado nuestras calificaciones finales. Así pude ver las mías, pero también las de Javi, Carolo... y Layla. Los cuatro habíamos aprobado el curso.

Llegué a casa y tiré la mochila al rincón junto a la cama para no abrirla hasta septiembre, bajé al salón y me senté en el sofá para ver los dibujos de mediodía antes de las noticias. Estaban echando El Escuadrón Diabólico. Yo era Pierre Nodoyuna y el destino se reía de mí en forma de perro chistoso.

—Has llegado —escuché a mi madre desde la cocina. Se acercó hasta mí secándose las manos con un paño blanco de cuadros azules—. Como no dices nada... ¿Qué tal las notas?

—Aprobé —respondí sin mirarla. Creo que levantó las cejas y torció el gesto. Las madres tienen un sentido extra para detectar dolores en el corazón de sus hijos.

—Muy bien —dijo, de regreso a la cocina—. Me alegro mucho.

Subí el volumen de la tele y al poco sonó el teléfono. Dejé que se agotaran los tonos sin contestar,

—¿No lo coges? —intervino mi madre extrañada—. Seguro que es para felicitarte.

—Me da igual. Ahora no me apetece.

Se acercó a mí y me acarició el pelo, peinándome hacia un lado como me solía hacer de pequeño. Yo sacudí la cabeza y me lo alboroté con la mano.

—Han llamado Javier y Carolo, también tu tía y...

Esperaba escuchar un nombre que no llegó. Cerré los ojos y tomé aliento relajando mi pulso. Mi hermana llegó desde la cocina, con las manos llenas de tinta de diferentes colores, y le entregó una hoja a mi madre.

—Mira, Lucía ha hecho esto para ti.

Me dio el dibujo y por primera vez en siglos alguien me arrancó una sonrisa. Un bulto parecido a un niño con mi color de pelo sujetaba la mano de otro bultito menor con dos coletas marrones. Había globos, nubes, un árbol, y repasada con letras temblorosas la palabra FELICIDADES. Abracé a mi pequeña Lucía como si nunca lo hubiera hecho, como si no hubiera nadie más importante en mi vida. Ella me abrazó a mí del mismo modo. Supongo que habrá olvidado ese abrazo pero yo, como ves, nunca lo hice.

—Felicidades, Pabo.

—Muchísimas gracias, preciosa.

—Nuestro regalo te lo daremos cuando llegue tu padre, se le olvidó sacarlo del coche —dijo mi madre, y yo asentí, separándome a regañadientes el cuerpecito de mi hermana.

—Está bien.

Sonó la puerta de la terraza y a continuación las botas pesadas de Chechu. Llegaba justo a tiempo para comer y llevaba un paquete marrón en las manos.

—Te han traído esto, imbécil —me dijo, supongo que esa fue toda la felicitación que había preparado—. Lo he visto asomando por el buzón.

Me dio el paquete, un envoltorio rústico y sin etiqueta ni remitente, y lo desenvolví esperando la típica broma de Carolo y Javier. Encontré en su lugar un libro delgado, un manual formativo con el dibujo de un joven despeinado tocando la guitarra y el título, en inglés, Learning to play Nirvana.

Sonreí con lágrimas en los ojos.

—¿Y a ti te gusta eso, hijo? —me preguntó mi madre.

Chechu también sonreía, y pocas veces le vi hacerlo de corazón. Me dedicó un gesto con la cabeza antes de subir a su habitación. Yo abracé el libro de acordes como minutos atrás había abrazado a mi hermana. Solamente podía habérmelo regalado una persona.

27. Heart-Shaped Box

She eyes me like a Pisces when I am weak
I've been locked inside your heart-shaped box for weeks

No volvimos a saber de ella y me pregunto si no sería mejor así. El día de mañana, ¿me recordaría si me volviera a ver? Quizá solo fui un paso más en su camino hacia donde fuera. Yo esperaba que al menos encontrara algún día un lugar hacia el que dirigirse.

Los días siguientes a mi cumpleaños transcurrieron para mí como si me faltara algo, pero sin ninguna explicación coherente que ofrecer a los que me preguntaban qué me pasaba. No sabía qué contestar. Tres puntos, colega, por Manolo Tena. Los Celtas Cortos decían que llega un momento en que te haces viejo de repente. Quizá era demasiado pronto para mí, pero esa melancolía estaba acabando conmigo. Su voz me dormía por las noches y me despertaba al amanecer, pero me faltaba durante el día, me dejaba solo con mis recuerdos. Cómo podía doler tanto, si era tan solo amor.

Una mañana de primeros de julio dije a mi madre que me iba a jugar al fútbol con Javier y los chicos, pero en lugar de eso cogí la bicicleta de Chechu y bajé la Avenida de Escaleritas hasta sumergirme en la penumbra de Ciudad Jardín. Atravesé aquel callejón descuidado y aparqué junto a la puerta oxidada que ya no iba ni para adelante ni para atrás. Me colé en el patio trasero del caserón, donde ya no había ningún Volvo gris, y me acerqué a la puerta de la cocina. Las herramientas seguían allí pero yo no sabía de destornilladores de precisión. En su lugar, un martillo y un escoplo me franquearon el paso. Primer nivel, superado.

La casa estaba en silencio, las ventanas precintadas y la puerta principal bloqueada por la policía, pero en la cocina seguía sintiéndose ese trasfondo rancio y el olor a crema de hospital. El pasillo amarillo me llevó al salón. En la mesa camilla habían recogido los sobres y el juego de Scrabble, pero las manchas oscuras en el suelo no eludían el recuerdo de aquella pesadilla.

Junto a la mesa había otro mueble oculto bajo una sábana sepia. Tiré de ella para descubrir la vieja silla de ruedas, de negros cojines desgastados, como un monolito testimonial de la tragedia. No negaré un nudo en el estómago al verla y tuve que obligarme a recuperar la calma antes de continuar, porque sobre la silla habían dejado una caja de plástico, casi una tartera grande, que

contenía las cartas ensangrentadas de aquel día. Entre ellas, y quizá la más sucia, aquella manuscrita que había desatado su risa. La cogí y vi que estaba redactada en alemán, y que curiosamente su caligrafía me resultaba familiar.

Recorrí la estancia sin que nada me llamase la atención porque tampoco sabía lo que buscaba. Volví sobre mis pasos y entré, al otro lado del pasillo, en el que debía ser el dormitorio de la señora. Una cama ancha con cuerpo de hierro y un crucifijo sobre el cabecero, paredes sobrias y blanquísimas, decoradas con diferentes fotografías de paisajes centroeuropeos y una de la playa de Las Canteras en, según estaba escrito al pie, 1947.

A cada lado de la cama había una mesilla de noche. Encima de una de ellas reposaban, para siempre, unas gafas plegadas y un libro en alemán a medio leer y que ya nadie terminaría, y en la otra tres portarretratos con otras tantas fotografías. En la primera, en blanco y negro, una niña vestida con uniforme escolar sostenía la mano de una mujer adulta, quizá su madre, en una imagen que parecía especialmente antigua. En la del centro, también sin color, la misma niña, ya crecida, saludaba a la cámara junto a otras cuatro jóvenes, con la mano en alto y el brazalete con la esvástica en su brazo izquierdo. La tercera foto, más actual, la mostraba mucho mayor, posando sonriente ante el Castillo de la Luz, en Las Palmas, junto a una niña que se parecía a ella y que al mismo tiempo se daba un aire, no tan lejano, a mi amiga Layla.

Se me encogió el estómago y empecé a sentir fatiga. Necesitaba saber más. Registré los cajones abiertos y traté de forzar los que tenían echada la llave. Reventé uno de ellos con el escoplo y saque de él relojes parados, pendientes de pinza con perlas engarzadas, pulseras de oro y de plata y alguna condecoración polvorienta. Pero lo que me llamó la atención fue la caja de cartón, similar a los viejos estuches para pañuelos de tela, que había al fondo. Contenía una serie de sobres, muchos, algunos abiertos y otros conservados sin mancillar como si nunca se hubieran enviado.

Esparcí el contenido de la caja sobre la colcha de la difunta. Me sentí un ladrón, un ser despreciable, pero necesitaba saber quién era esa mujer, de qué modo estaba conectada con mi compañera.

Encontré dentro de los sobres abiertos cartas escritas en alemán y, en algunos, más fotografías. Habían sido tomadas mucho tiempo atrás y a lo largo de varios años, a juzgar por la evolución física de sus protagonistas, y también en diferentes lugares del globo. Desde Nueva York a Viena, la misma niña aparecía en todas las fotos, a veces mayor y otras más pequeña, en la mayoría sola y en el resto acompañada por su padre, un tipo alto y espigado y de largo

pelo negro como ella. Esa niña era Layla.

Las cartas cerradas la tenían a ella como destinatario y en el remitente una palabra que debía escribirse igual o parecido en todos los idiomas: Mamá. Ninguna tenía matasellos, habían sido interceptadas antes de poder despacharse.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Me llevé la caja con las cartas y las fotografías en un impulso que jamás lamenté. Salí de la casa con los ojos empañados en lágrimas y, ya en la mía, me juré que jamás volvería a pensar en la chica que oía canciones de Kurt Cobain, la que me había engañado como al tonto de Eduardo Manostijeras.



28. Lithium

I'm so happy
'Cause today I found my friends
They're in my head

Una elipsis es, en literatura, un periodo de tiempo que el autor se salta para continuar la historia. Yo no he tenido más remedio que incluir una en este cuento, pero ahora comprenderás por qué. El lunes pasado cumplí treinta y siete años, lo que quiere decir que el próximo abril celebraremos el vigésimo segundo aniversario del suicidio de Kurt Cobain. Veintiún tacos sin saber nada de Layla. Los mismos, sin olvidarla.

Trabajo como ejecutivo en una productora de contenidos audiovisuales. Hacemos cortos, publicidad, grabaciones y organizamos eventos de todo tipo. Tengo en mi despacho varios trofeos y reconocimientos, una biblioteca que entre bukowskis y lorigas acoge también mis tres libros publicados, unas vistas preciosas sobre Guanarteme y La Cícer y una guitarra eléctrica Les Paul con la que de cuando en cuando toco entre amigos en el Club Charleston de Triana.

Estoy casado con una mujer preciosa, Katia, a la que conocí en un rodaje, y tenemos una pareja de mellizos de cinco años. Yo quería llamarlos Leia y Luke, como habrás imaginado, pero mi mujer ni siquiera contempló esa posibilidad. No la culpo.

Tampoco puedo decir que a mi vida le falte de nada, y sin embargo siento que, como decía Doc Brown, en algún punto la línea temporal normal se desvió y originó una realidad alternativa. No sé evitar preguntarme —un pensamiento horrible que me asalta solo a veces— qué habría sucedido, cómo serían las cosas, si.

Ese lunes cerré por dentro la puerta de mi despacho y no recibí visitas. El móvil vibraba con el sonido apagado, y las pantallas de Facebook y Twitter se iluminaban en mi Mac una y otra vez con mensajes de felicitaciones que apenas quería leer. Me encontraba en uno de esos momentos que te digo, uno de esos deslices en los que me torturaba dándole vueltas a qué hubiera pasado y dónde estaría si veintiún años atrás hubiera hecho las cosas de otra manera, si hubiera tomado las decisiones que no supe tomar.

Por si te sirve de algo para figurarte a qué me refiero, ya no recuerdo cómo

se hace una derivada, una integral o la diferencia entre el objeto directo y el indirecto, pero podría recitarte una por una las principales letras de Nirvana.

Lanzar contra la pared una pelota de squash de modo que rebote y vuelva a mi mano es un vicio que adquirí tras ver El Resplandor pero que me ayuda a pensar. En eso estaba hasta que en un lanzamiento atolondrado casi me cargo dos figuras decorativas, un portarretratos de mi familia y la pantalla del ordenador. Mi móvil seguía zumbando mientras yo lo ignoraba. En un arrebató tecleé, primero en el buscador de Facebook y después en el de Twitter, lo mismo que en otras tantas ocasiones. Pero ninguna de las imágenes de las usuarias que respondían por Layla Alonso se parecían en absoluto a ella. Asumía que en dos décadas habría cambiado, pero no podía haber cambiado tanto.

Dejé la silla de trabajo y me acomodé en un puf con forma de pelota gigante de baloncesto, tomé la Gibson y empecé a puntear sin rumbo, improvisando, como acostumbraba a hacer para poner mi mente en blanco. Recordé con una sonrisa amarga aquellos días en los que no sabía ni cómo colocar las manos sobre el mástil y sin darme cuenta mis ensoñaciones me llevaron al Sitio de mi Recreo, maravillosa canción de Antonio Vega que solía escuchar entonces. La toqué despacio, igual que tantas veces, y me vi tarareándola al borde de soltar la lagrimilla. Entonces sonó el pitido de un mensaje de Facebook, no el correspondiente a una felicitación en mi muro sino el típico de una conversación privada, y solo por curiosidad, casi sin pensar y por alejarme del llanto, me levanté a ver qué era.

El mensaje lo remitía Browneyedgirl94. Su avatar era la fotografía de una niña con grandes botas de piel saltando en un charco, y el escueto texto decía:

«Feliz cumpleaños, McCartney»

Imaginad mi sorpresa, qué demonios, mi sobresalto. Entré corriendo al perfil de Browneyedgirl94 pero no encontré nada que me diera pistas sobre ella. No tenía imagen de portada, no tenía amigos, ni siquiera fotografías que pudiera husmear. Pulsé en la pestaña de información pero estaba en blanco. Era como si Browneyedgirl94 se hubiera abierto un perfil de Facebook solo para enviarme esa felicitación. Me dejé caer sobre la silla con una mezcla de emoción y desánimo. Estaba allí, era su voz, mejor dicho, sus dedos, los que me hablaban. Pero al mismo tiempo no estaba. Copié su nombre de usuario en Twitter, en Google, en Instagram, en Tuenti, incluso en esa red fantasma que es LinkedIn, pero nada. Browneyedgirl94 solamente existía en esas tres palabras: Feliz cumpleaños, McCartney.

Hice entonces lo único que podía hacer, por más que la vergüenza me recomendara evitarlo: contesté al mensaje.

¿Eres tú?

Esperé como un tonto delante de la pantalla, pero no volvió a llegarme nada. Esperé, mi corazón golpeando desbocado en mis sienes, taladrando el silencio. Miré la pantalla como si esta fuera a cobrar vida. Cada destello, cada fluctuación de hasta el último píxel recibió mi atención, pero pasados los minutos, allí no había nada más que un idiota acechando a un ordenador.

Pasé el resto de la mañana anclado en mis pensamientos, en ese mensaje, en lo que podía o no significar, y cuando llegó la hora de marcharme a casa me disculpé con Katia por Whatsapp porque iba a llegar tarde a comer, tenía una reunión imprevista, lo cuál no era incierto del todo. Cogí mi coche y crucé la ciudad hasta el barrio de Ciudad Jardín.

Habían pasado veintiún años también por esa casa pero le habían sentado mejor que a muchos de nosotros. Yo había echado algo de barriga y mi pelo clareaba según cómo le diera el sol, pero a la antigua casona le habían lavado la cara con un par de manos de pintura, renovado sus verjas y postigos, y hasta arreglado sus jardineras, que parecían recién trasplantadas. Tenía un camión de mudanzas en la puerta, y desde el patio interior me llegaban gritos y risas infantiles. Un hombre y una mujer jóvenes subían un sillón individual por las escaleras de la entrada principal. Él llevaba una camiseta desgastada con la lengua de los Stones y ella un pañuelo rosado en el pelo. Esperé a que volvieran a salir. No, no era Layla.

¿Entonces?

La pareja regresó a la parte trasera del camión. Él sacó y llevó hacia la casa lo que me pareció una mesita de noche repleta de pegatinas de colores y ella una lámpara con una pantalla color beige. Era más baja que yo, rubia y de pelo rizado como una joven Kylie Minogue, sí, de esa época que ni siquiera ella quiere recordar. Lo que estaba claro es que esa mujer no podía ser Layla.

Arranqué el coche y miré por el retrovisor para incorporarme al tráfico y entonces la vi. Alta y delgada, tal como la recordaba, vestida con ropa holgada y el pelo negro recogido en una cola de caballo. Llevaba grandes gafas de sol que escondían la mitad de su cara, pero aún así supe que era ella. Iba armada con una cámara de fotos de impresión, una Nikon guapa de esas de pagar en muchos plazos, y se agazapaba entre los coches aparcados para fotografiar la casa desde el otro lado de la calle.

El miedo me paralizó. ¿Debería bajarme, decirle algo? Aquello sí que fue

un eclipse, no sé si del corazón, pero desde luego me quedé tonto y paralizado como un idiota, sin saber qué hacer ni qué decir. La perdí por un momento, y cuando salí de mi coche, envalentonado, esperando encontrarla entre una Kangoo y un Rover, Layla ya no estaba.

Veintiún años después, en el mismo sitio, maldita broma macabra, como cantaba Sabina, el destino se había reído de mí en mi propia cara.

29. Breed

I don't care, care, if it's old
I don't mind, mind, don't have a mind

Pasé la tarde con Katia y los niños, la pasé en el sofá cavilando, dando vueltas al tocadiscos de mi vida. No podía creer que una vez avanzada la grabación hubiera regresado al principio y volviera a encontrarme en el mismo punto.

Mi mujer preparaba un bizcocho en la cocina y mis hijos trataban de construir en la mesa del salón un puzzle de doscientas piezas con el grupo de los Vengadores reunido. Era yo el único que veía la Hora de Aventuras en la tele, menuda gracia, aunque ni siquiera miraba. Por lo menos no era Bob Esponja ni Caillou, con esos mi cabeza sí que podía explotar como la Estrella de la Muerte al final de El Retorno del Jedi, hasta no dejar más que una estela de chispas rosadas. Y eché de menos esas series de mi infancia, esas que los niños de ahora encontrarían aburridas o fascinantes, no lo tengo claro.

Dibujos con caras y formas definidas, dibujos que cuentan historias, que transmiten algo. Ya sean Fraggles, Snorkles, Guardianes de la Galaxia o Dragones y Mazmorras, series que hacían al niño soñar. ¿Los de ahora? Caray, ¿eso qué es, por el poder de Greyskull? Gritos histéricos y líneas deformes. En fin, esa es otra historia, como decía Mako al terminar Conan, el Bárbaro.

El caso es que ese día de mi cumpleaños lo pasé más entre recuerdos de infancia y juventud que en el presente. Salí de mi estupor cuando Katia y los niños llegaron de la cocina con el bizcocho recién ordenado y lo pusieron sobre la mesa. Ya habían recogido el puzzle y yo sin darme cuenta. En lo alto del pastel, junto a un burdo pero reconocible, con esfuerzo y cariño, Halcón Milenario de azúcar glasé, mi mujer había escrito «Felicidades Pablo» en tipografía idéntica, o casi, al logo de La Guerra de las Galaxias. Más que genial. Además tuvo el detalle de poner solamente una vela.

Al día siguiente no fui al despacho. Con un par de llamadas aplacé mis citas y salí a pasear por la ciudad. El calor de junio no perdonaba y el cielo regalaba un azul precioso que había esquivado de puro milagro la «Panza de burro». Aparqué en el Centro Comercial El Muelle y deambulé por el Intercambiador y Santa Catalina divagando, recordando, sonriendo como un

idiota al reencontrar un banco de piedra, una parada de guagua, un bar, por más que los hubieran intentado disfrazar de nuevo siglo a lo largo de estos años.

Thinking about all our younger years, cantó una vez Bryan Adams. Y era verdad, en mis pensamientos solo estábamos ella y yo, aunque apenas había durado un instante.

Había ahora una estatua dedicada a Lolita Pluma en el centro de la plazuela, frente a la puerta de los recreativos, donde la vi sentarse con su padre aquella noche. La bolera, como solíamos llamarla, aunque no tuviera juego de bolos, seguía increíblemente allí, si bien las maquinitas que ofrecía eran otras muy distintas. Motos, canastas de baloncesto, una de snowboard y otra para bailar a un ritmo frenético. Y seis o siete estaciones de computadores de pago conectados a Internet. Acaricié el borde, viejo y golpeado, de la mesa de billar, y con una sonrisa boba me pregunté si aún sería la misma en la que jugábamos Javi, Carolo y yo hace ya tanto tiempo.

Te preguntarás dónde están hoy mis amigos. Créeme, a menudo yo también lo hago. Hasta dónde sé Javier es preparador físico para varios clubes deportivos pero hace demasiado que nos perdimos la pista incluso para felicitarnos las Navidades o los cumpleaños. A Carolo lo tengo en Facebook, vive en Madrid con su esposa e hijos, y según pone en su perfil trabaja como comercial para un concesionario importante de coches. Creo que no hemos vuelto a hablar desde que nos aceptamos mutuamente en las redes.

Hacía mucho que no tenía noticias de ellos y sin embargo ese martes en los recreativos de Santa Catalina incluso me parecía escuchar sus voces bromeando tras cada tirada al billar. Fíjate bien, casi se oye al pianista imitador de Stevie Wonder.

Continué mi paseo bajo el primer sol del verano, americana al hombro y camisa remangada. Pedí un yogur helado, de estos tan de moda ahora, enfrente del Hotel Meliá de Las Canteras. Dios, cuánto hacía que no paseaba por allí sin el ruido de los niños y sin preocupaciones. Al final del Paseo Marítimo divisé la silueta del Auditorio y en Playa Chica encontré La Papa Loca clausurada con una sucia verja gris. Sentí un nudo en el estómago. El Rachi tampoco estaba ya frente a la Peña la Vieja y en La Cícer infinidad de chavales atiborraban una lengua de playa, entre aparcamientos y canchas deportivas, que antes pertenecía casi en exclusiva a bohemios y surfistas.

Me metí por una de las callejas que comunican la playa con la zona comercial, y me senté en un banco frente a los ahora en venta Multicines

Galaxy's. Me invadió un vacío absoluto. Media vida se me había ido con ellos. El Chiringo seguía en la misma esquina, entre locales de venta de teléfonos móviles y de esos en los que peces diminutos y con muy mal gusto te comen las impurezas de los pies con ansia, pero ya no tenía el público joven de los cines para llenar sus mesas.

Subí a la primera guagua que pasó frente al antiguo ambulatorio y regresé a Escaleritas por primera vez en muchos años. El desalmado Palacio de Hielo era ahora un lujoso centro deportivo y al menos tres barrios de alto caché habían proliferado alrededor de las desvencijadas canchas en las que jugábamos de niños. Habían tenido que ser rescatadas de la ruina por un pujante equipo amateur de baloncesto que necesitaba un espacio donde entrenar. Me detuve ante el antiguo portal de Javier y después continué hacia el mío. Del videoclub de Antonio solo quedaba un supermercado naturista, nuestra hamburguesería favorita se había convertido en una tienda de todo lo imaginable regentada por una familia china, y en el pisolabis bajo el soportal ya no vendían chicles individuales, ni flashes, ni helados con forma de Pantera Rosa.

Dejé a un lado nuestro antiguo instituto, más moderno que entonces pero igual de pequeño, y subiendo hacia la parroquia me senté en el mismo banco en el que, veintiún años atrás, soñé con saborear mi primer beso. Cerré los ojos y escuché About a girl con la misma voz cálida de aquella tarde cuando me arrepentí de todo.

Mi teléfono empezó a vibrar con la música de El Gran Héroe Americano. Era Katia. Look at what's happened to me, decía la canción, yo tampoco podía creerlo. Quería contárselo a mi mujer pero no sabía cómo se lo podría tomar, no me apetecía empezar esa conversación. Layla, Cobain y todos los demás eran cosa del pasado.

Contesté la llamada sin que Katia notase mi emoción y volví a casa.

30. Where Did You Sleep Last Night

My girl, my girl, don't lie to me
Tell me where did you sleep last night

Por la tarde Katia llevó a los niños a la playa y yo me quedé en casa con un dolor de cabeza de esos de ganar algún campeonato. Me sentía tenso, incómodo, y todo aquel malestar había dado como resultado un estado de ansiedad que ni siquiera una tila pudo calmar. Me metí en la cama con un trapo húmedo en la frente, con el *Braveheart* de Gibson en el Bluray y el teléfono desconectado. Conseguí dormirme, William Wallace siempre causó ese efecto en mí, pero al cabo de un rato desperté con Javier, Carolo, Layla y una vieja casa de fachada caduca dando vueltas en mis sueños. Me levanté a por el portátil y volví a la cama.

Abrí las tres ventanitas mágicas: Facebook, Twitter y Google, y volví a buscar por enésima vez en el ciber mundo. Las dos primeras no me aportaron nada nuevo pero la última me ofreció varios enlaces que prometían datos de todo tipo sobre Layla Alonso si me registraba y pagaba una cuota. No estaba tan loco y olía a engaño más que las de La Hora Chanante. Por lo demás, ni multas, ni oposiciones, ni apariciones en prensa ni blogs de Internet que me llevasen a ella. Ni siquiera combinándolo con el apodo Browneyedgirl94 recibí ningún resultado.

Repetí la operación, menuda tontería, con las palabras OSWALDA KARTFOOR. Dios Santo, seguía sin saber qué carajo era eso, si un nombre, un lugar o una casualidad estúpida. Ni siquiera recordaba cómo se escribía realmente y sin embargo el buscador me devolvió un resultado. Nada sobre Oswalda, si es que existía, pero una entrada de la hemeroteca del diario La Provincia se refería a una tal Gretta Kartfoor dentro de un reportaje sobre los vestigios del Partido Nazi en Canarias.

No lo pude creer, decidí tirar del hilo y pulsé en el enlace más rápido que mi sombra. Bang, bang, Lucky Luke.

Bajo la imagen en blanco y negro de un grupo de jóvenes vestidas con uniformes grises y esvásticas en los brazaletes, se leía el titular Las chicas del Reich en Las Palmas, y hablaba de cómo algunas de las mujeres que habían trabajado para el Partido Nazi, desde secretarías, costureras, taquígrafas o enfermeras, una vez terminada la guerra habían buscado refugio en los países

latinos, víctimas también de un régimen que no compartían pero al que habían tenido que servir sin otra alternativa. Decía que dos de las chicas de la fotografía habían desembarcado en nuestra ciudad allá por finales de los cuarenta. Una se llamaba María Kohler y la otra Gretta Kartfoor, viuda de Oswald Kartfoor, fallecido en el frente, y madre de una niña.

La foto de La Provincia era idéntica a una de las que había encontrado en un cajón secreto más de veinte años atrás. Porque Gretta Kartfoor era la mujer que se había quitado la vida ante nuestros ojos en aquella casa. Era, además, si la intuición no me fallaba, la abuela de mi antigua compañera, Layla Alonso.

Por primera vez algo encajaba, aunque yo todavía no sabía el qué.

Dejé pegada en la nevera una nota para Katia explicándole que debía salir, que necesitaba pensar, y me marché antes de que volvieran de la playa. Sabía que largarme me iba a acarrear una bronca, así que había ido preparando mi coartada mientras redactaba el mensaje. Añadí un por favor, no te preocupes al final porque pensaba apagar el móvil y sabía que cuando Katia me llamara se iba a llevar un susto de muerte. Lo dicho, tocaba preparar una buena excusa. No quería verme improvisando a lo Chespirito en El Chavo del Ocho.

Pasé mucho rato sentado en el coche frente a la casa en la que había vivido y se había desangrado de motu proprio Gretta Kartfoor. Tanto rato que incluso llegué a dar un par de cabezadas. Las luces de las ventanas de la familia recién mudada se fueron apagando y pronto todo el barrio de Ciudad Jardín estaba en silencio. No recuerdo qué hora era cuando vi la sombra cruzar la calle hacia el patio trasero, para mí casi ya una costumbre. No moví un dedo, el miedo me paralizaba, y me quedé como un tonto al volante pensando que para qué narices había ido hasta allí si no era para detenerla. Supongo que no creí que realmente fuera a hacerlo.

Vi su silueta al contraluz a través de los cristales de la cocina. Qué tía, había logrado colarse de nuevo. Y también vi que llevaba un objeto inconfundible en la mano. Se me pusieron los pelos de punta. Dudé, me asusté, y hasta pensé en llamar a la policía, a pesar de tratarse de Layla. Lo más importante era evitar que nadie saliera herido, así que cogí el móvil para dar el aviso. Entonces me sorprendió la segunda sombra, pasó entre mi coche y el siguiente sin verme. Era un tipo mayor, arrugado pero fuerte y ataviado con una chaqueta azul y una gorra gris como un trabajador de otro tiempo. Cruzó la calle con una agilidad que yo no le habría supuesto y siguió los pasos de Layla. Entonces sí que bajé del coche y corrí hacia la puerta principal de la

casa.

No oía ruido en su interior, no todavía, pero distinguí a través del ventanuco translúcido el haz de luz de una linterna. Solo podía ser de Layla. Sabía que el hombre había entrado tras ella así que no perdí tiempo, tomé uno de los enanos de cerámica dispuestos por el jardín y lo lancé contra la ventana de la habitación. El estruendo debió despertar a medio barrio, con lo callados y finos que son por ahí. Me colé por la abertura y sujeté el brazo de Layla justo cuando encañonaba al matrimonio en su cama y exigía a la mujer que le mostrara el contenido de los cajones. La pareja perdió el habla al verme pero me daba lo mismo, abracé a Layla contra mí y le arrebaté la pistola. Apunté con ella hacia el umbral y escuché los pasos que se marchaban apresurados.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó ella.

—¡Qué hacen los dos aquí! —exclamó el marido de la pareja, encogido en la cama.

Moví el arma en todas direcciones, comprobé que el tipo que había seguido a Layla se hubiera marchado y me la guardé en el bolsillo. Dejé caer un par de billetes sobre la cama y saqué a mi amiga de la casa.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me chilló de camino al coche.

Una vez dentro guardé la pistola en la guantera.

—Yo tengo lo que estás buscando. No necesitas apuntar a nadie con esto.

31. All apologies

Find my nest of salt, everything is my fault
I'll take all the blame, ill concede from shame

Encendí el móvil un instante y, como preveía, tenía una decena de llamadas y varios mensajes de Katia. Le escribí que no se preocupara, que estaba bien y que pronto le explicaría todo, y volví a apagar el teléfono. Conduje lejos de Ciudad Jardín, hacia el sur esta vez, y en un rincón de la playa de Jinámar detuve el coche a las dos de la mañana.

No sabía cómo saludarla, no sabía qué hacer, qué decirle, cómo romper el hielo. Apagué la radio, porque la música discotequera me estaba matando, como si a partir de caer el sol no hubiera otra cosa que escuchar en cualquier emisora que el puto David Guetta, y me giré hacia Layla. Ella clavaba los ojos en el salpicadero, frotaba sus dedos como si tuviera frío pero en realidad hacía calor. Estaba nerviosa y avergonzada, creo que por primera vez en todo el tiempo que hacía que nos conocíamos me sentí más fuerte que ella. Una brizna de pelo oscuro, moteada por tímidas canas, arañaba su mejilla cuando levantó los párpados y sus ojos, intensos pero mucho más cansados de como los recordaba, me encontraron.

—Me parece increíble que... —empecé.

—No tenía que haber sido así —me interrumpió. Su voz, después de tanto tiempo, me pareció una broma sacada de un programa de Cuarto Milenio.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Tú no tenías que verme, nadie tenía que verme.

Hundió la cara entre las manos y sentí el impulso de acariciarla, de sostener su hombro, de abrazarla. Me detuve, cien millones de convenciones sociales, de barreras y de noches en vela me separaban de aquel momento en el que fui libre de hacerlo y nunca lo hice.

—Ha pasado mucho tiempo —le dije—. Pero nunca te he olvidado. Te esperé, te busqué y, por último, me convencí de que jamás volverías. Hay demasiadas cosas que no entiendo.

—Dijiste que tenías lo que busco —me cortó. Me sentí estúpido y enfadado, ya no soy el crío que ella podía manipular a su antojo.

—Cuando te marchaste volví a la casa. Me colé siguiendo tus pasos y encontré...

—Una caja.

Pareció resucitar de repente. Sus ojos, ahora vivaces, buscaron en todas direcciones. Mis manos, los asientos traseros, la guantera.

—No la tengo aquí —contesté—. Está guardada en casa.

Layla echó mano a las llaves del coche como si fuera a ponerlo en marcha.

—Debes llevarme a buscarla.

Aparté su mano y retiré las llaves. El viento mecía un océano negro ante nosotros, un vacío de luz que parecía engullir todo lo que no fuéramos nosotros dos. Pero éramos dos personas diferentes a las que fuimos, ahora no la temía, ya no causaba ese efecto en mí.

—No es tan sencillo, Layla —le dije, sorprendiéndome incluso a mí mismo. Había llegado el momento de vomitárselo todo, sin cuidado, sin temor, sin cortapisas—. No he pasado por todo esto para verte marchar sin más. Necesito saber por qué y necesito la verdad. Ya no me creo cuentos, Layla, ya no confío en letras de canciones escritas por post-adolescentes jodidos por las drogas y un entorno social inestable, niños podridos de dinero y popularidad que dicen querer cambiar el mundo antes de ensartarse un balazo a sí mismos. El siglo veinte se fue y nuestra inocencia con él, y yo necesito respuestas a los fantasmas que me persiguen desde entonces.

—Escúchame, Pablo.

—Oh, Pablo. Ya no soy McCartney.

Ella bajó la mirada y torció el gesto. Por un segundo volví a ser vulnerable a su lado. Sentí cómo se encogía en su asiento.

—No, ya no lo eres. Es obvio.

Tragué un nudo de saliva.

—Ha habido otros McCartneys en tu vida. Otros pauls, johns, ringos y kurts.

—Pues claro —me espetó—. Han pasado veinte años, no me dirás que tú todavía me esperas.

No contesté, me dolía demasiado tener el teléfono apagado y a Katia preocupada en casa. Lo que sí era cierto es que mientras hablábamos Layla parecía calmarse poco a poco. Yo no podía creer que estuviera allí con ella y te juro que de cien maneras distintas en las que hubiera imaginado nuestro reencuentro, ninguna hubiera sido como esa.

—Dime por qué te fuiste, Layla.

Ella me miró un segundo. Encendió la radio distraída, como si meditase las palabras. Cambió de emisora con el botón manual, de punto a punto, intercalando sonidos blancos con voz. Se detuvo en una versión antigua del

Stand by you de Pretenders. Muy apropiado, casi me eché a reír, maldita Kiss FM.

—Mi padre y yo no encontramos lo que vinimos a buscar y tuvimos que irnos —me contestó, fría como el hielo.

Contemplé mis propias manos y jugué con la palanca de cambios. Intentaba apaciguar mi voz antes de escupirla. Bajé un tercio mi ventanilla y la brisa marina despeinó mi flequillo rebelde. En eso no había cambiado demasiado.

—Así que la Filarmónica —murmuré—. ¿Cuánto me mentiste, Layla? Sé honesta. ¿Mucho, poco, bastante? ¿Siempre?

—Prefiero que la gente me odie por ser quien soy a que me ame por lo que no soy —murmuró.

—¿Y qué narices significa eso? —estallé, igual que aquella última tarde, tantos años atrás— Estoy harto de tus citas, Layla. Ya lo estaba entonces, y te garantizo que no he olvidado ni una sola de ellas.

—Te mentí porque tenía que hacerlo —intentó explicarse, pero yo no la dejé.

—¿Sabes cuántas cartas te escribí? ¿Cuántas veces fui a buscarte? ¿Cuántas tardes paseé por la ciudad con la estúpida esperanza de volver a verte?

—Lo hiciste porque quisiste...

—¡Claro que sí! ¡Porque te quise!

Callé. Cerré la boca y guardé silencio. Vi que una lágrima asomaba por el perfil de su ojo, que se mordía el labio para contener la emoción. Escuchamos comenzar *How am I supposed to live without you* en la radio pero la callé de un golpetazo y casi la arranqué de su soporte. Hacía mucho tiempo, más de quince años, que no escuchaba a Michael Bolton y me prometí que jamás volvería a hacerlo. Observé cómo Layla me miraba con un temblor en sus labios. Con delicadeza posó su mano en la mía y recolocó la radio. La voz de Bolton regresó y perdí todo mi coraje. ¿Cómo se suponía que debía continuar, si todo por lo que había vivido se había marchado? Layla se acercó a mí y unimos nuestros labios, un beso escondido durante dos décadas, un beso ansiado, un beso pendiente, un beso... prohibido.

—Supiste que era la casa de mi abuela —murmuró sin separar su piel de la mía.

—Sí, claro que sí.

Mi boca no quería soltar la suya. La besé, la mordí, sentí su lengua y la estreché con la mía. Escuché mi vieja guitarra desafinada, sentí la lluvia empapar mi pelo en el soportal de la parroquia. Veintiún años, veintiún años.

—Y aún así me buscaste...

—Te he buscado cada vez que ha salido el sol. Te he buscado siempre.

—He vuelto...

Me separé de ella despacio, acariciando con mi nariz su mejilla.

—Pero ahora yo no soy para ti.

Allí terminó nuestro beso, el que tuvo que ser, el que llegó fuera de tiempo.

32. Sliver

I woke up in my mother's arms
Grandma take me home

Salimos del coche y paseamos por la playa. No hacía frío, a pesar de la hora, aunque el océano estaba helado como un témpano de hielo. Nos sentamos en la orilla de manera que cada poco una ola tímida acariciaba nuestros pies descalzos, y Layla me contó su historia.

—Me explicaron que mi abuelo materno murió en la toma de Berlín. Mi abuela, la mujer que conociste, al menos durante unos minutos, llegó a Las Palmas en el cuarenta y siete o cuarenta y ocho, a los 26 años, viuda, y con una niña de tres, mi madre. Gretta consiguió diferentes trabajos como asistente y secretaria de médicos alemanes en Las Palmas, siempre estuvo muy bien relacionada y a mi madre no le faltó de nada, a excepción de la figura masculina de un padre a su lado. La joven Oswalda estudió en los mejores colegios privados de la ciudad, ella y mi abuela se codeaban con la alta sociedad isleña, en parte gracias a los contactos de Gretta, en parte por su habilidad para ganarse el favor de sus interlocutores.

—¿Nunca volvió a casarse?

—No, que yo sepa.

—¿No hubo otro hombre en su vida?

—¿Otro? Debió haber decenas. Mi madre se crió en un hogar restrictivo y heliocéntrico cuyo sol era mi abuela. Se desarrolló en arte, en danza y en música, siempre sometida al férreo control de Gretta. Hasta que la joven Kartfoor ingresó en el Conservatorio de Música de Las Palmas y conoció a un talentoso pianista.

—Tu padre.

Layla asintió.

—Encontró en él todo lo que ansiaba de los hombres que aparecían en las novelas que leía a escondidas, en las películas que veía en secreto. Apuesto, inteligente, libre. Mi madre se fugó con él y comenzó una carrera exitosa como cantante de ópera.

—¿Se marcharon de aquí?

—Madrid fue el comienzo y el final de su viaje. Entre medias Berlín, Nueva York, Buenos Aires, Moscú, lugares donde mi padre era un músico reconocido

y mi madre una perla en plena erupción.

—Tu historia suena a que se acerca un horrible «pero».

—Cáncer —confirmó Layla—. Diagnosticaron a mi madre leucemia cuando yo tenía solo siete años y cometió el error de venir a tratarse aquí, con los médicos privados que mi abuela podía poner a su disposición. Eso nos separó definitivamente, Gretta nunca admitió a mi padre ni a su hija nacida fuera del matrimonio. Vivimos los tres juntos una temporada que apenas recuerdo, pero llegado un momento, mi padre tuvo que cargar conmigo y, a pesar de romperle el corazón a mi madre, nos marchamos de regreso a Madrid.

—Vaya.

—Jamás volví a verla. Le envié cartas en las que le hablaba de nuestros viajes, le conté todo lo que hacía, lo que iba consiguiendo, pero sus respuestas nunca llegaron. Hace unos años un conocido llamó a mi padre para decirle que Oswaldia Kartfoor había muerto.

—Lo siento mucho.

—El caso es que intentamos contactar con mi abuela para que nos hiciera llegar las pertenencias de mi madre, ya que no nos había avisado ni hecho partícipes de su funeral ni de su entierro. Pero nunca obtuvimos más que negativas. Cuando surgió la oportunidad de que mi padre trabajara para la Filarmónica de Las Palmas quisimos hablar con ella, contratamos abogados, como ya sabes, pero también fue imposible. Le escribí, en alemán, y esa es la última carta que leyó antes de rebanarse el cuello.

Abrí mucho los ojos, todas las piezas parecían encajar, las respuestas a veintiún años de dudas, de miedos y de pesadillas.

—Ahora he perdido el rastro de mi madre para siempre.

—No lo has hecho —contesté—. En casa tengo una caja que te pertenece. Llevo ocultándola demasiado tiempo.

Layla se recostó sobre mí. Sentí su frío y la abracé.

—¿Qué contiene?

—Dímelo tú. Cartas, fotos, objetos...

—¿Cuándo podrás...?

—Por la mañana. Ahora vamos a dormir un poco.

La ayudé a levantarse y emprendí el camino hacia el coche. No iba a tardar más que un par de horas en amanecer y las gaviotas empezaban a desperezarse. La marea descendía, y con ella también la temperatura.

—¿A dónde me llevas? Estoy durmiendo en un hotel.

—A casa. Te quedarás con nosotros. Ya veré como le explico todo este

embrollo a Katia.

—¿Katia?

—Me casé.

Layla encogió los hombros y ahogó una risilla. El estirón de la adolescencia me había elevado una cabeza por encima de ella, y ahora, acurrucada bajo mi ala, parecía mi hermana menor.

—Tú también tienes mucho que contarme, McCartney.

—No tanto. Por la mañana.

Intenté no despertar a mi mujer al llegar, pero Katia es de esas mujeres que duermen con un ojo abierto si algo sale de la rutina habitual. Cuando acosté a Layla en nuestro sillón me dirigí al dormitorio. Katia me esperaba con una mirada torcida, encallada entre la desconfianza y el miedo. Me desnudé y me di una ducha rápida para quitarme la arena y el olor del salitre y abracé su piel esclava y dulce como si hiciera una eternidad que no lo hacía. Sin separarme de ella y entre susurros, le conté cuanto podía contarse de nuestra historia.

No le hablé de Michael Bolton.

33. Sappy

And if you save yourself
You will make him happy

Desperté cuando mi hijo tiró de mi manga hasta obligarme a hacerle caso.

—Hay una mujer durmiendo en el salón, Papá —me dijo.

Me levanté y encontré a Katia preparando el desayuno en la cocina. No sonreía pero sé que tampoco estaba enfadada conmigo. En el sofá Layla se despertaba despacio, intentando orientarse, ante la atenta mirada de mis mellizos, que la observaban como los hijos de Willow Ufgood ante el capazo de Elora Danan.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mi niña.

Layla contestó, y mi pequeña pasó los siguientes dos minutos intentando repetirlo correctamente.

—¿Quién eres? —añadió su hermano.

—Una amiga nuestra —contesté yo—. Y ustedes dos minions que tienen que desayunar volando para ir al colegio.

—Déjalos. No molestan —me dijo Layla sonriendo—. Me gustan.

—¿Has tenido alguno? —le preguntó Katia terminando de repartir tazones de cereales.

—Casi —contestó ella, acariciándose el vientre. Por su expresión mi mujer y yo preferimos no indagar—. ¿Podría darme una ducha?

Le prestamos una muda de ropa limpia y una toalla. Cuando salió del baño Katia y los niños ya se habían marchado. Ella a su oficina, ellos a la escuela. La mirada de mi mujer antes de irse fue de las que dejan cicatriz y escuecen durante un buen tiempo.

—¿Quieres desayunar? —le pregunté a Layla desde la cocina.

—Solo un café. Solo —rió sin gracia—. Solo un café solo.

—Cuestión de tildes —añadí con media sonrisa.

—Ya no —repuso—. Ya hasta eso nos han quitado.

Serví dos cafés, el mío con leche y azúcar, y me senté en el sillón. Ella observaba mis cuadros y estantes, esa vieja costumbre por la que yo ya había pasado en su día. Esta vez, sin embargo, parece que superé la prueba.

—Lo has conseguido —me dijo.

—¿El qué?

—Llegar.

Asentí y bebí un trago del negro brebaje. No se puede decir que mi vida sea la de un yupi montado en billetes pero supe aprovechar los desvíos adecuados del camino. Paradise City, la hierba verde y las mujeres hermosas. Ese solía ser el sueño, al menos.

—Tú me pusiste en la senda —respondí. Llegó a mi lado y se sentó junto a mí. Tomó su taza y la templó entre las manos.

—¿Yo?

Era totalmente cierto. Layla me había enseñado a dudar, a ser crítico, a pensar por mí mismo, a no depender de nadie. Me mostró cómo apreciar lo auténtico y no limitarme a seguir a los demás. Y esas pautas forjaron mi armadura y me hicieron ganar batallas. De algún modo ella había sido mi musa, y ahora estaba aquí, descalza en mi sofá. ¿Cuántos años? Dios, más de media vida después. Su pelo y su piel me olían a Katia —se había bañado con su gel y champú y llevaba su ropa—, y aunque su mirada era más dura y fatigada que entonces, su melancolía seguía allí, su perpetuo cinismo. Seguía siendo Layla, you got me on my knees. La chica con la que había nacido al mundo real, la que todavía, y no me enorgullezco de ello, me enamora en mis fantasías cuando sueño.

Encontré su mirada tras el vapor que despedía el café y me sentí más cerca de ella que nunca. Confesiones hechas, explicaciones dadas, qué diferente sería, cómo sería... Por Crom, me seguía perdiendo en aquella mirada.

—Me gustaría ver las cartas de mi madre —me dijo. Y yo lo agradecí.

Me despegué del sillón como quien sale de una sesión de hipnosis, me dirigí al armario y extraje del altillo, no sin dificultad, una vieja bolsa de deporte. Saqué de ella apuntes, camisetas, un par de jerseys de invierno y una palestina verde que yo creía perdida. Y de debajo de todo aquello, una caja de cartón que puse en las manos de Layla.

—Esto es... —murmuró.

Abrió la tapa con tal cuidado que parecía que temiera verla deshacerse en sus manos. Sus dedos temblaron al acercarse por primera vez a esos sobres, sellados hacía casi treinta años, y observó las fotografías con un nudo de emoción en la garganta, incapaz de contener las lágrimas. Era como si cada imagen le evocara un torrente insoportable de recuerdos. Me pidió un pañuelo y se lo di, dejó a un lado las fotos y frunció el ceño al encontrar abiertos los sobres de las cartas que ella había escrito para su madre.

—¿Crees que las leyó? —le pregunté, ella frunció los labios y apenas alzó las cejas.

Cuando sacó de la caja el fajo de cartas, quizá una docena, que jamás le enviaron, todo su cuerpo se estremeció y definitivamente rompió a llorar. La palabra “Mamá”, escrita con mimo en el remitente de cada una de ellas, fue su primer reencuentro con su madre. Recordé el Mamma, you had me, but I never had you, de Lennon, con profunda tristeza. Las abrió con cuidado y antes de leerlas las ordenó por fechas. Estaban en alemán, y yo me aparté a un lado para dejar que las leyera con mayor intimidad, pero ella cogió mi mano y la apretó con la suya. Con un cuarto de siglo de retraso, Layla Alonso conoció a su madre en mi salón. Los años habían enterrado el recuerdo.

Y al ver a la mujer próxima a la cuarentena, vulnerable y rota, llorar por una madre que nunca tuvo, la amé con todas mis fuerzas. Esa mañana la amé como nunca he amado a nadie en mi vida.

—Aquí hay un error —dijo de pronto—. Esto está mal.

Me acerqué con sorpresa y le pregunté a qué se refería. Me señaló un par de frases en alemán, yo la miré para saber si se estaba quedando conmigo.

—En estas líneas mi madre escribe, literalmente: hemos pasado la semana en la casa de tu tío en Valleseco. Hace bastante frío, pero dónde no en esta época.

La miré y la encontré desenchajada, releyendo la carta una y mil veces para descubrir el truco.

—Yo no tengo ningún tío —explicó.

Solo pude compartir su asombro y me dejé caer en el sillón.

—Todo parece indicar que sí.

—Si es así tengo que conocerle —añadió— ¿Dónde está Valleseco?

Meneé la cabeza.

—Katia me va a matar.

34. Oh, me

I formulate infinity
Stored deep inside me

Mandé un par de *whatsapps* y me tomé el día libre de trabajo y de familia. Sabía que las dos cosas me iban a acarrear dolores de cabeza. Llegamos a Valleseco a mediodía y aparqué junto a un restaurante de carretera. Pedimos para comer y mientras nos lo servían, Layla estudió una vez más los papeles de su madre.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —pregunté.

—Qué quieres que te diga, esta carta es del todo surrealista —contestó—. Dice cosas sin sentido: «Las agujas de la torre me asustan, pero charlar con Pato y con Rana me calma». ¿Qué pretende decir con eso?

Me encogí de hombros y miré hacia delante. Aquello parecía una aventura gráfica de las que jugaba de crío.

—Bueno, las agujas las tenemos.

—¿Dónde? —me preguntó. Yo le señalé el torreón de la iglesia que se elevaba al otro lado de la plaza— ¿Cómo lo has..?

—Leí muchos libros de detectives de pequeño —respondí con altivez—, mientras otras leían sobre drogadictos y burdeles.

—Bien hecho, Watson —me respondió—. Un *We are the champions* para ti. Pero con eso no resolvemos nada.

—Preguntaré. ¿Dice algo más, algo fuera de contexto?

Ella levantó las cejas y volvió a leer.

—La carta me cuenta sus vacaciones de Semana Santa con mi abuela. Procesiones, ofrendas y demás. Y aparte de esas dos frases... Bueno, aquí dice: «Con los hijos de Benita no nos aburrirnos nunca». Pero no sé si es una pista buena o falsa.

—Bueno, de momento empecemos por las agujas.

Terminamos de comer y nos dirigimos a la iglesia. Estaba cerrada, así que entré en un pequeño bazar que había a su lado y que vendía igual embutido que periódicos y pilas. Lo atendía una mujer de pelo cano y piel apergaminada, y le pregunté por Benita. La señora, muy amable, me dio unas señas que hubieran hecho perderse al mismísimo inventor del GPS, aunque de algún modo las entendí. Debí haberme fijado en cómo la mujer se había quedado

mirando a Layla, pero a esas alturas del telefilme ya me llamaban la atención muy pocas cosas.

La tal Benita vivía, poco más o menos, donde Cristo perdió los clavos, pero la encontramos. La sorprendimos comiendo sola en un cuarto destartado que hacía las veces de sótano a los pies de su casa, y que apenas contaba con una mesa y dos sillas, una cocina portátil de gas y un viejo sillón junto a la ventana. La anciana contaba años como para haber vivido dos veces, acababa de llegar de alimentar a las gallinas y al aparecer de improviso le dimos un susto de muerte.

—¿Es usted la señora Benita? —le pregunté. Ella asintió pero al igual que la tendera del ultramarinos no despegaba el ojo de Layla— Estamos buscando el rastro de una mujer., es difícil de explicar.

—¿Recuerda usted a Oswalda? —le preguntó mi amiga.

Benita negó con la cabeza.

—Por ese nombre, no.

—Creemos que solía jugar con sus hijos —añadí. La mujer me miró desconcertada.

—Mis hijos ya son mayores. ¿Con quién van a jugar?

—Antes, señora, le hablamos de mucho antes —dije—. Quizá Oswalda los cuidaba de pequeños.

La mujer hizo al menos el intento de recordar.

—A mis hijos solo los cuidé yo.

—Me temo que no va a ser de mucha ayuda —murmuré hacia Layla. Ella dio un paso al frente.

—¿Le dicen algo los nombres de Pato y Rana?

La mujer frunció el ceño, meditó, parecía querer arañar un recuerdo en su memoria. Luego abrió mucho los ojos. Estudiaba a Layla como si intentase descifrar de qué la conocía.

—Claro que sí —contestó—. Aunque la pobre Rana ya murió, Pato sigue atendiendo el local de loterías. No hay manera de que esa mujer se jubile.

—¿Se llama Pato? —pregunté.

—Ya nadie recuerda su nombre, quizá ni ella misma —rió, dejando asomar una dentadura con solo un porcentaje limitado de piezas—. Lo de Pato se lo pusimos de chica, como a Rana, como a todos, y con eso se fueron quedando.

—¿Pato y Rana solían venir a jugar con sus hijos? —inquirió Layla.

—A veces más y a veces menos.

—¿Y venían solas?

La mujer se detuvo a recordar.

—Casi siempre —contestó—. Aunque alguna vez vinieron con ¿cómo se llamaba esa chica? —la señora mascó el aire—. No lo recuerdo, pero era la sobrina de El Alemán.

—¿El Alemán? —preguntamos Layla y yo al mismo tiempo.

—Sí, bueno. Jeremías. En realidad no es alemán pero su madre lo era, y él heredó los típicos ojos muy claros y esa mandíbula cuadrada inconfundible.

—Háblenos de su sobrina.

La mujer me miró y la adiviné cansada.

—A ver.., no recuerdo su nombre, si es que alguna vez lo supe. Estuvo un tiempo viviendo aquí, tenía una niña pequeña. Después se marcharon y ya solo venía esporádicamente pero sin niña. Espero que les haya ido bien, a las dos.

Le dimos las gracias y ella nos dijo cómo encontrar la casa de ese alemán dichoso, el tío de Layla. A partir de aquí la historia se tornó bizarra, demasiado para un miércoles cualquiera de junio. Si quieres seguir leyendo piensa en esa canción de Lenny Kravitz, It ain't over till it's over, o, como decimos por aquí y en cristiano, esto no se acaba hasta que canta la gorda. ¿O eso lo decía Bart Simpson?

35. Negative Creep

Daddy's little girl ain't a girl no more

Si la casa de Benita era difícil de encontrar, la de Jeremías, El Alemán, era ya un asunto para Clarice Stairling. Recién sacada de los descartes de *Psicosis*, por pasarse de espeluznante, la edificación de cemento y piedra gobernaba una loma ya de por sí decrepita. La poca pintura que le quedaba en los muros la hacía parecer sucia, las ventanas del piso inferior estaban selladas con rejas de hierro y las del segundo con tablones. Había en la entrada un árbol seco cuyas ramas semejaban dedos retorcidos rasgando el aire, y junto a la escalinata que desembocaba en la puerta principal, un viejo Ford ranchera con los cristales rotos y un terrible hedor brotando de dentro. Nos dirigimos a la entrada —como para decirle que no ahora a Layla— y llamamos al timbre. No contestó nadie pero la puerta estaba abierta.

—¡A dónde vas! —le pregunté ahogando un grito, cuando la vi colarse en la casa. Me sentía como un goonie aventurándome en el restaurante de los Fratelli. Agujeros de bala, agujeros de bala.

—Calla y sígueme —me dijo ella, como si supiera dónde buscar el tesoro de Willie el Tuerto.

Apenas entraba luz por las ventanas protegidas por unos visillos que quizá, hace mucho tiempo y en una galaxia muy, muy lejana, fuesen blancos. Layla tuvo que sacar su linterna del bolso para alumbrar el salón.

—Todo me es tan familiar —comentó—. No tiene sentido.

—Si viniste alguna vez —repuse— debías tener, ¿cuántos? ¿Cinco años?

—Quizá, no lo sé —contestó ella, como transportada a un recuerdo todavía borroso.

Varias capas de polvo cubrían estantes ocupados por libros descuadernados, figuras religiosas y algunos retratos que la mugre impedía distinguir. Mi amiga revisó cada uno de ellos con el haz de luz y después se acercó a las escaleras que subían al segundo piso. No lo hagas, pensé, no lo hagas. Lo hizo.

—¿Nunca te asaltan recuerdos, más bien fognazos, de momentos tan lejanos que no creías poderlos recordar? —me preguntó. Yo contesté con un gruñido. La barandilla de latón que acompañaba a los escalones estaba

extrañamente pegajosa al tacto.

En el piso superior no había más claridad que los hilillos que dibujaba la luz en el polvo en suspensión al colarse por las mallas de las tablas en las ventanas. Tal era la oscuridad, que la linterna apenas alumbraba un círculo anaranjado que parecía flotar en el aire como una lúgubre pompa de jabón. A pesar de todo, nos descubrió un salón rectangular amueblado como mínimo en el siglo dieciocho y con aspecto de no haberse usado desde entonces. Un cuadro de Cristo y su Sagrado Corazón gobernaba la pared encima de un sofá que solo disfrutaban las termitas. Más allá, una habitación pequeña acumulaba somieres, colchones y cajas de cartón humedecidas por las goteras. Cuando Layla ahogó un grito y corrió hacia la última estancia de aquel pasillo, supe que había encontrado algo importante.

—Esta es... mi habitación —me dijo.

Qué curiosos son los recuerdos de infancia. Llegan siempre de improviso, como esa canción anclada en la mente y de la que solo recuperas tres notas de vez en cuando, pero que jamás logras desvelar del todo. A mí me pasa con Take on me, de A-ha, y Call me Al, de Paul Simon. Tienen dos acordes iguales durante no más de un segundo de sus respectivos estribillos pero a mí me hacen nacer en la punta de la lengua una tercera canción que contiene el mismo acorde y que nunca consigo recordar. Pues bien, a Layla todos esos fognazos inconexos se le dibujaron de pronto como un puzzle completo justo cuando su tío, El Alemán, surgía de las sombras y me arreaba un pipanazo en la coronilla que me dejó sin sentido.

Cuando volví en mí, Layla intentaba sujetar los brazos de su tío, mucho mayor que ella pero no por ello más débil.

—¡Mamá me advirtió que vendrías! —chillaba él— ¡Debo protegerlo!

—¿Protegerlo de qué? ¡Si es mío!

Salté sobre mis pies y con lo primero que pude palpar descargué un porrazo de competición al mismo hombre con gorra y cazadora que sorprendiera el día anterior husmeando en la antigua casa Kartfoor. El tipo cayó al suelo y Layla encendió la luz. Un hilo rojo brotaba de la frente del viejo, pero el daño mayor se lo había llevado un achacoso timple convertido ahora en tablillas y cuerdas sueltas en mi mano.

Antes de reaccionar, mi amiga y yo admiramos juntos aquella habitación, cueva de Alí Babá que contenía los secretos de una infancia escondida, robada, perdida en la confusión y el olvido. Mientras yo maniataba a nuestro Jafar particular con el cordón de una de las cortinas, Layla paseó por su

antiguo cuarto.

—Yo viví aquí —decía—. Estas son mis cosas...

Cajones con cuentas y abalorios, un joyero con forma de baúl y lleno de pulseras fabricadas con plástico de colores. Una de esas muñecas a las que les crece el pelo para poderlas peinar. Barbies, cientos de Polly Pockets, unos patines de cuatro ruedas que tenían en el lateral el dibujo a medio borrar de Minnie Mouse.

—Esta no soy yo —murmuró Layla.

—Lo fuiste.

Abrió el armario y las lágrimas sacudieron su rostro.

—Recuerdo algunos de estos vestidos —me dijo, tocándolos casi con los ojos cerrados, dejándose llevar por las emociones—. Sí, esta fui yo, pero en otro tiempo. En otra vida.

Escuchamos la tos cansada del anciano. Le ayudé a incorporarse, más que nada para que no se nos muriera.

—Tras la muerte de tu madre todo esto debió serte entregado —explicó con voz lijada por el tabaco y el mal vino—. Pero no tuve permiso.

—Mi abuela —adivinó mi amiga.

—Mi madre —añadió él—. Me hizo jurar que jamás te traería aquí. Pero yo amaba a mi hermana, a Oswald, Ozzy.

—Ozzy —repitió Layla. Ese era el apodo de la joven Kartfoor. Seguro que de habérselo comentado a Benita, la hubiera recordado enseguida. El Alemán continuó.

—Cuando me enteré de la muerte de Gretta intenté recuperar las cartas para evitar que dieras con esta casa. Sabía que no la recordarías, eras demasiado pequeña, pero llegué tarde. Por más que las busqué mil veces, jamás di con ellas. Hasta que ayer.., bueno.

—¿Cómo sabes tú nada de las cartas de mi madre?

—Algunas te las mandó desde aquí. Tu abuela me daba órdenes de salir con ellas para que Ozzy creyera que íbamos a enviarlas, pero antes de hacerlo debía volver y entregárselas a ella.

—Usted es un monstruo —agregué.

El tío Jeremías bajó la cabeza.

—¿Cómo es que yo no sabía que tenía un tío?

—Claro que lo sabías, pero como todo lo demás, lo olvidaste.

—Mi padre nunca me habló de ti.

—No tenía por qué, no creo que sepa que existo. Tu abuela no era

precisamente una santa, ¿sabes? Es posible que tengas más tíos y tías, y hasta primos repartidos por esta y otras ciudades.

—Qué asco.

—Una joven refugiada no amasa fortuna solo por saber idiomas, niña — añadió el anciano antes de volver a toser—. Y ahora suéltame, por el amor de Dios, terminemos de una vez esta pantomima.

36. I Hate Myself And I Wanna Die

In the someday what's that sound?
Broken heart and broken bones

Telefoné a Katia y le conté la historia. A medida que lo hacía me iba sonando más inverosímil a mí mismo. Layla pasó un par de horas metida en su antigua habitación, que para mí parecía una grotesca máquina del tiempo, y al cabo bajó cargada con una caja de fruta llena de álbumes, cuadernos y recuerdos.

—Es increíble —me dijo después, tras dejar la caja en mi coche y cenar un bocadillo de pata fría en el bar del pueblo—. Toda mi infancia secuestrada, intacta, por capricho de una nazi psicópata.

—Suerte que tu tío hizo un trabajo de conservación digno de un bibliotecario.

—Calla. Esa casa parece un museo de cera.

Reímos, por fin, aunque el buen humor no duró demasiado.

—¿Y ahora? —le pregunté, una vez más. El atardecer anaranjaba el cielo sobre el valle hacia el mar. Debíamos regresar cuanto antes para que la noche no nos pillara bregando contra las curvas traicioneras de la carretera. Así que subimos al coche.

—Pues ahora sí se acabó.

—¿Volverás a Madrid?

—No.

—¿Entonces, te quedas?

—Tampoco.

No había tráfico a esa hora los miércoles. Si acaso de subida a Teror, pero rara vez de bajada. No tardaría en dejar atrás el mar de nubes e incorporarme a la autovía de regreso a Las Palmas.

—No te entiendo, Layla —le dije.

Ella sonrió.

—Es mejor quemarse que apagarse lentamente.

Las enrevesadas carreteras de la cumbre están salpicadas de miradores impresionantes. Detuve el coche en uno de ellos y salí airado a la brisa de tilos y laurisilvas.

—¿Qué chorradas dices?

—Ha llegado mi momento, ya he hecho todo lo que tenía que hacer —me contestó, siguiéndome.

—Espero que estés de broma.

Ella bajó la cabeza.

—No, no lo estoy. Y no es fácil, pero es necesario.

Me quedé mirándola, no lo podía creer.

—Tendrás que explicarte.

No sostuvo mi mirada. Se apartó de la cara el flequillo, sacudido por la fuerte brisa, y con los ojos entornados por el resol se introdujo las manos en los bolsillos. Parecía tan frágil y desamparada, tiritando ante mí, que pensé que era otra persona completamente distinta a la que conociera dos décadas atrás.

—La explicación que necesitas está en mi maleta. En mi hotel —me dijo.

Layla tenía reservada una habitación en el Hotel Fataga, en plena zona comercial de Mesa y López y justo detrás de El Corte Inglés, el antiguo Galerías Preciados donde Javi, Carolo y yo entrábamos a cotillear y a pescar llaveros por la patilla.

Subí con ella por un lujoso ascensor hasta un pasillo enmoquetado que conectaba con las habitaciones. En todo el hotel sonaba un irritante hilo musical que versionaba en clave instrumental éxitos actuales, desde Bruno Mars a Lady Gaga. Dónde quedó la elegancia de incrustarnos en cada rincón a Kenny G. Es broma.

Entramos en su habitación y dejé la caja de recuerdos sobre la cama. Había una maleta abierta en un rincón junto al armario y varios frascos de perfumes y cremas sobre la cómoda debajo del televisor. Layla sacó de la maleta una carpeta roja y de esta una hoja de papel doblada que puso en mis manos. Me senté al borde de la cama para leerla. Mientras, mi compañera empezó a colocar el contenido de la caja sobre la colcha, como fragmentos de un rompecabezas que ahora tuviera que reordenar.

—¿Qué es esto? —le pregunté casi sin voz, meneando la hoja.

Ella contestó sin girarse.

—Eso es el motivo de que me haya comprado esto otro.

Sacó del bolsillo trasero de su vaquero la pistola que yo le había quitado el día anterior. Debió aprovechar un despiste para recuperarla de mi guantera, y ahora la sopesaba en su mano derecha como si no supiera qué hacer con ella. Volví a leer la nota horrorizado y con un temblor en mis dedos, intentando asimilar que no me había equivocado la primera vez.

—Aquí dice...

La nota tenía el membrete médico de un hospital madrileño. Silabé las palabras sin dar crédito.

—El mío es de útero —me dijo, palpándose el vientre de la misma manera en la que lo había hecho por la mañana, cuando a Katia y a mí nos contó que casi había tenido un hijo—. Ya sabes, la mierda de los genes.

—Pero Layla...

Dejé caer la nota al suelo sin darme cuenta. Allí, negro sobre blanco, plácida e impasible, la sentencia de muerte de mi compañera.

—Me dan un año —dijo—, con suerte. Cuando regrese a Madrid debería empezar la quimio. Si vuelvo.

—¿Cómo que si vuelves?

Ella acarició la pistola como se acaricia a un cachorro, a un hurón, a un hámster.

—Vine aquí para encontrar a mi madre, y compré esto por si no lo conseguía.

—Pero ahora...

Eché un vistazo a sus recuerdos desperdigados por la cama y forzó una sonrisa.

—Ahora no lo sé. Todo esto no soy yo, si acaso, lo era. No me veo reflejada en esta ropa, ni en estos dibujos. Veo las fotografías y siento rabia de la infancia que me arrebataron, que escondieron de mí. Ahora no sé si me siento feliz por haberla encontrado o si me devora el más absoluto vacío. No lo sé.

—¡Pero debes continuar! —exclamé, parafraseando a Mercury—. Por Dios, tienes tiempo para vivir, para superarlo y ser feliz con...

—¿Con?

Me miró y sentí que en esa mirada se llevaba mi alma. Sus pupilas crepitaban bajo la amenaza de las lágrimas y sus labios temblaban, rosas, igual que aquella tarde tan lejana cuando la lluvia los humedecía.

No podía ser yo, Layla. El final de esa frase no podía ser conmigo. Ya no.

Cogió la pistola con ambas manos y lentamente llevó el cañón a su barbilla.

—¿Crees que lo hizo así? ¿Cobain?

No sin miedo apoyé mi mano en las suyas y bajé la pistola hacia el suelo. Se la quité y la tiré al interior de la maleta.

—Ya no tienes veintisiete, no te aceptarán en ese club.

—Fundaré mi propio club.

Sonreí, y al mirarla vi que ella también lo hacía.

—No tienes que desaparecer, todavía —le dije—. Ve a Madrid, sigue el tratamiento. Lo podrás superar.

—Ahora solo quiero ver todo esto arder, volatilizarse —me dijo, señalando el barullo de documentos y objetos infantiles—. Sacarme de encima el pasado y...

—Seguir adelante.

Me sonrió, pero en su sonrisa no sé si encontré negación o asentimiento.

—No sé dónde voy, solo sé que aquí no puedo estar.

—Eso es otra frase de...

Ella asintió con la expresión más triste que jamás le viera. Cobain, siempre Cobain.

—Bésame —me dijo.

No me siento orgulloso de lo que pasó después, pero era algo que tenía que hacer, que debía hacerse. Por mí, por Layla, por lo que pudo ser, porque lo necesitaba para cerrar un libro, este libro. Ahora perdóname, Katia, si puedes hacerlo. Al menos ya no viviré soñando con el pasado. The dream is over, decía John Lennon, qué puedo decir.

37. You Know You're Right

I'm so warm and calm inside
I have no longer have to hide
I won't move away from here
You won't be afraid of fear

Abandoné el hotel con la pistola de Layla en la mano y la tiré por el primer hueco de alcantarilla que encontré en Néstor de la Torre. Me alejé despacio, ya era noche cerrada, dando por sentado que a la mañana siguiente Layla empaquetaría sus miedos, su dolor y sus recuerdos y regresaría a Madrid para iniciar su tratamiento. Conseguí que me diera su número de móvil y su perfil real en Facebook. *Apenas lo uso*, me dijo. Bueno, eso decimos todos.

Adiós, Ruby Tuesday, pensé de camino al coche. Aún te echaré de menos.

Tuve que encogerme al escuchar el estallido. Cientos de pedazos de madera y cristal cayeron sobre ese tramo de calle, saltaron las alarmas de los coches y la del propio hotel, y un calor como de mil infiernos se levantó de repente. Miré hacia atrás horrorizado. La ventana por la que minutos atrás observaba la ciudad apagarse había explotado y una lengua de fuego salía de ella lamiendo el aire.

Bomberos, ambulancias, policía. Pasaron por mi lado sin notar mi presencia, sin preguntarme, sin que yo fuera capaz de mover ni un músculo. Mi atención permanecía clavada en el humo negro que manaba de la habitación de Layla y se unía en el cielo a la panza de burro. Trocitos de papel de colores flotaban en el aire y descendían despacio hasta nosotros. Restos de fotografías quemadas, y un olor a perfume de vainilla que jamás olvidaré.

«No sé dónde voy, solo sé que aquí no puedo estar»

Sacaron del hotel tres camillas cuyos ocupantes inertes iban tapados con sábanas blancas. No sentí el impulso de acercarme y preguntar si alguno de ellos era mi amiga. De algún modo, lo sabía.

Encontré en casa a Katia esperándome despierta. Le expliqué rápidamente ciertas cosas y le prometí que el resto se lo contaría cuando yo mismo lo ordenara en mi cabeza. Bueno, eso estoy haciendo ahora. Esta es, Katia, la historia de la chica que oía canciones de Kurt Cobain.

Es su historia, y también la mía.

Y no ha sido una historia cualquiera, ¿no crees?



38. Serve The Servants

Teenage angst has paid off well
Now I'm bored and old

Mayo de 2016.

Pronto se cumplirá un año desde el incendio en el hotel y quería contarte algo.

En primer lugar, disculpas, porque este capítulo no aparecía en la versión original de mi libro, esa cuyo borrador leyó Katia y cuya primera edición se agotó el pasado sábado, cinco de abril, en la presentación especial con motivo del vigésimo segundo aniversario de la muerte de Kurt Cobain. Pero me pareció importante que quien compre la novela a partir de ahora tenga todos los datos, algo así como terminar de redondear el final.

Presenté La chica que oía canciones de Kurt Cobain en la sala principal de El Corte Inglés. Sí, seis plantas por encima de donde hace veinte años compré mi casete de In Utero. Madre mía, aún lo conservo. Ante mí un público entregado, jóvenes y no tanto, carrozas como yo, puretas para los que los noventa significaron algo. Y firmé ejemplares hasta que el último se hubo vendido. Dime tu nombre, gracias, plis plas, aquí tienes.

Una mujer me entregó un libro y me dijo que era para su hija, Layla, y mientras lo dedicaba sentí ganas de llorar. Cuando tragué mis recuerdos levanté la vista pero la señora ya se había marchado. Pensé que sería una broma, un guiño hacia la novela, sin más. En todo caso, bonito nombre.

Al terminar recogimos las sillas, los amigos que quedaban se sentaron en el suelo y reviví a la guitarra algunos de los éxitos que aparecen en el libro, desde The Beatles o Springsteen a Sting, y por supuesto, Nirvana. Y caray, fue mi mejor concierto. Imposible contar cuánta gente cantó conmigo, varias decenas de voces y caras familiares y otras que no conocía de nada.

Mi última canción fue About a girl, la que pedí que sonara de fondo durante toda la presentación. Alguna lagrimilla de más se escapó. Recogí mis bártulos mientras el público se marchaba y, al despedirme, una de las responsables de la sala me entregó una tarjeta que mostraba la portada de mi libro. Era uno de los marcapáginas promocionales que regalábamos con las ventas, y como respuesta a mi cara de desconcierto, la joven añadió que una mujer le había pedido que me lo entregara al finalizar la presentación. Le di la vuelta y

encontré, garabateadas con un rotulador de tinta china, las siguientes palabras:

«Cada vez lo haces mejor, McCartney. Gracias»

Y nada, quería que lo supieras.

FIN



CRÉDITOS

La historia de Layla y Pablo no sucede en un mundo imaginario ni en una galaxia lejana. No, por suerte tuvo lugar justo aquí, entre tú y yo, mientras nosotros hacíamos y decíamos otras cosas. Por eso, cada novela que leen, cada película o programa que ven y hasta la música que oyen —sí, también esos videojuegos con los que Pablo se entretiene— estaban exactamente allí en el momento en el que aparecen en la novela.

Tienes entre tus manos mucho trabajo de hemeroteca y un porrón de horas de bucear en recuerdos personales, que convierten esta novela en lo más bonito y emocionante que me ha sucedido como escritor. Por eso, me hace una especial ilusión compartirla contigo y que, si se da el caso, te emociones también como me ha pasado a mí al escribirla.

Antes de terminar te propongo un juego: la novela está trufada de referencias a esa década de los noventa que mi generación lleva tan dentro. Te invito a buscarlas, vaquero, y a ver a cuántas consigues echar el lazo. Te ayudaré con algunas en el glosario que encontrarás a continuación.

Ahora sí, gracias a mi hermano por ayudarme a recordar y permitirme compartir sus recuerdos, a todos aquellos por cuyas vidas pasé en esa década caótica de confusión y hormonas, a los amigos lectores cero que me han ayudado a pulir este cuento de hadas, y en especial a Eli, por colocarme de pie y permitirme mirar todo esto sin vértigo.

Y a todos los que vivís o habéis vivido la magia del miedo al amor. Disfrutadla.

GLOSARIO

Esta es una novela eminentemente musical, melómana y nostálgica. A lo largo de sus páginas se mencionan más de trescientas referencias a personajes, películas, música u objetos propios de los noventa. Las más obvias no necesitan que las explique y dejo otras cuántas a expensas de la curiosidad del lector. Si quieres, puedes buscarlas en Internet. Sin embargo, sí que voy a señalar algunas cuyo conocimiento puede ayudar a comprender la trama y, si alguna se me escapa, te pido perdón. Puedes escribir a mi correo para aclarar lo que haga falta. Aquí va un desglose de lo que fueron para mí los noventa.

ALONE IN THE DARK. Uno de los mejores juegos de todos los tiempos por calidad y por importancia en su momento. Abrió el camino para el Survival Horror, tan de moda hoy en día, con su mezcla de aventura gráfica conversacional con el juego de acción. Imperdible.

AYRTON SENNA. Mítico piloto brasileño de Fórmula 1, tricampeón del mundo, que falleció en un brutal accidente en el circuito italiano de Ímola pocas semanas después del suicidio de Kurt Cobain.

BODHA. Es el nombre con el que se llamaba a sí mismo Kurt Cobain y con el que encabeza su famosa carta de suicidio, dedicada a su mujer Courtney y a su hija Frances.

BOOM. Colección de recopilatorios anuales que recogían éxitos variados de cada temporada. A una edición por Navidad, no sé ni hasta qué número llegaron.

BROWNEYEDGIRL94. Sí, lo adivinaste. El nick de Layla en Facebook es un homenaje a la famosa canción de Van Morrison.

BUKOWSKI, CHARLES. Escritor norteamericano, símbolo del “realismo sucio”. Su novela Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones es la que lee Layla cuando se encuentra con Pablo en la cancha.

CHINO CUDEIRO. Concursante universal del programa Humor Amarillo. El que mejor se comía las zamburguesas.

CLUB DE LOS 27. Curioso grupo de músicos populares fallecidos trágicamente a la edad de 27 años. Pertenecen a este club Jim Morrison, Janis Joplin, Brian Jones, Jimi Hendrix, Kurt Cobain y, más recientemente, Amy Winehouse.

DIBUJOS ANIMADOS. A lo largo de la novela Pablo recuerda series animadas que veíamos en los noventa. Si alguna no te suena, no te cortes en buscarla.

DOC BROWN. El profesor Emmet Brown es el científico genial de Regreso al futuro. Inventor del Condensador de Fluzo y con los bemoles suficientes para montar una máquina del tiempo en un DeLorean.

DOOM. Precursor de los shooters en primera persona que hoy te parecen lo máximo. Te permitía recorrer un Marte pixelado disparando plasma a toda pastilla.

DREAM TEAM. Se refiere a la selección americana de baloncesto que participó en los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 y en la que por primera vez se incluían jugadores de la NBA. Imagina, con Michael Jordan, Magic Johnson y Larry Bird entre otros, la que llegaron a armar. Seguramente el mejor equipo jamás reunido.

EL GUERRERO AMERICANO. Saga de películas ochentenas en las que un soldado americano que controla mogollón las artes marciales pelea contra ninjas haciendo cosas de ninja. Las mejores son las primeras, protagonizadas por Michael Dudikoff.

EL RESCATE DEL TALISMÁN. Este programa era brutal. Fue de los primeros en introducir el CROMA en directo. Los concursantes debían recorrer a ciegas un entorno virtual guiados por un compañero que veía la escena en pantalla. Durante su camino se encontraba con diferentes personajes y debía superar ciertas pruebas.

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS, de Ralph Bakshy. Versión animada de la famosa saga tolkieniana, que viene a abarcar, más o menos, el primer libro y un pellizco del segundo, y rodada de una forma muy rara, pintando sobre la imagen real de los actores.

GAME BOY. Es la consola portátil por antonomasia. Si no has tenido una y si no has perdido tardes enteras jugando al Tetris, es que no has tenido infancia. Sí, ahora tienes su música en la cabeza, lo sé.

GRUNGE. Tendencia musical de finales de los ochenta caracterizado por poderosas guitarras y enérgicas baterías. Sus exponentes principales sería los Pearl Jam de Eddie Veder y, obviamente, los Nirvana de Kurt Cobain, entre otros.

HERO QUEST. Juego de rol de tablero en el que personajes como el bárbaro, el elfo o el mago deben recorrer un espacio ciego que un director de juego, el Master, va llenando de puertas y muebles de cartón a medida que quedan a la vista de las figuras. Las misiones a completar vienen detalladas en un librito anexo, pero pueden ser alteradas por el Master para aumentar la dificultad de la partida.

HUGO, el duende. El Telecupón fue un programa muy popular de Telecinco, en el que se sacaban las bolas del sorteo de la ONCE. Durante cierta época incluía un concurso telefónico en el que los espectadores, desde casa, podían jugar al videojuego de Hugo, un duende aventure- ro.

I JUST CALLED TO SAY I LOVE YOU, éxito inmortal de Stevie Wonder, inevitable en el repertorio de cualquier pianista de terraza de verano. La piden junto al curriculum.

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS. La saga galáctica está muy presente en la vida de Pablo. Quiere llamar a sus hijos Leia y Luke y le regalan una tarta decorada con un Halcón Milenario. No te digo más.

LA TELE DE ENTONCES. Los programas que ven los personajes en la novela son exactamente los que, según hemerotecas, se emitían esos días y a esas horas. Así, desde el Lo que necesitas es amor de Isabel Gemio al Juego de la Oca de Emilio Aragón, cuando Pablo te diga que están viendo algo en la tele, créele.

LAYLA. No descubro nada si desvelo que el nombre de nuestra protagonista se inspira en esta canción inmortal de Eric Clapton y Derek and the Dominos. Su guitarra eléctrica es un icono del rock de los setenta.

LETRAS OCULTAS. Algunas se nombran más o menos, pero si te fijas, a lo largo de la novela encontrarás versos ocultos de canciones muy conocidas de esa época. Entre ellas A tu lado de Duncan Dhu, Me estás atrapando otra vez de Los Rodríguez, Right here waiting for you de Richard Marx, Always de Bon Jovi, Heaven de Bryan Adams, Qué te pasa de Manolo Tena o Si es tan solo amor de Revólver. Hay muchas más. ¿Las has descubierto?

LOLITA PLUMA. Es un personaje popular, tan entrañable como misterioso, vinculado al Parque de Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria, por donde solía pasear vestida de forma estafalaria, saludando a los paseantes y haciendo las delicias de los turistas. Falleció en 1987.

MACAULAY CULKIN, protagonista de Solo en casa. Esta referencia está metida con muy mala leche. En la década de los noventa el niño prodigio Culkín apuntaba a que iba a comerse Hollywood, rodando varias películas muy taquilleras y vídeos con Michael Jackson. No ha hecho mucho más desde entonces.

MACGYVER. Cómo no, ese héroe de acción increíble capaz de abrir una puerta de seguridad con un chicle y un clip.

NEVERMIND. Disco fundacional del Grunge y lanzadera de Nirvana. Incluye temas como Come as you are o Smell like teen spirit, y su portada con

un bebé buceando en una piscina a la caza de un billete de un dólar se ha convertido ya en un icono inconfundible.

NIRVANA: Toda la novela está vertebrada de canciones de los tres de Seattle. Además de las que encabezan cada capítulo, puedes encontrar a lo largo del texto parte de las letras de Come as you are, Dumb, About a girl o Smell like teen spirit.

PACO LOBATÓN. Presentador del programa Quién sabe dónde, en el que se hacía lo imposible por encontrar a personas desaparecidas.

PARÍS, TEXAS. Cuentan que era la película favorita de Kurt Cobain. Dirigida por Wim Wenders en 1984.

PC FÚTBOL. Saga de videojuegos para PC que te permitían hacer las veces de presidente de un equipo de fútbol, controlando su gestión económica además de la deportiva. Adictivo.

PRESSING CATCH. Era el programa que Telecinco nos ofrecía para aprender a darnos guantazos de mentira. El Enterrador, Mister Perfecto, El Último Guerrero o Hulk Hogan, estrellas de la lucha libre de los noventa.

PRINCIPE PAUL. Heredero de la Casa Atreides, de Caladan, enviado por el Emperador a supervisar el comercio de especias en el planeta Arrakis. Ya sabes, Dune.

PUMUKY. Gracioso duende de origen alemán que se distinguía por un cabello naranja exageradamente encrespado.

REBOOK PUMP. Míticas botas de baloncesto que se inflaban al apretar un botón con forma de pelota en la lengüeta. Todavía no han descubierto qué utilidad especial tenía eso.

RESUELVE EL CRIMEN. Colección de novelas juveniles protagonizadas por una pareja adolescente de detectives aficionados, en las que el lector debe tomar decisiones que le llevarán de página en página hasta resolver el misterio que se plantea. Las soluciones a los casos se desvelan al final pero redactadas al revés, de modo que hay que leerlas con la ayuda de un espejo.

ROBERTO BAGGIO. Esta referencia también está incluida con maldad y pido perdón por ello. Roberto Baggio, entonces en la Juventus de Turín, estaba destinado a ser una de las estrellas protagonistas de la Copa del Mundo de Estados Unidos de 1994 como delantero y capitán de Italia. Y lo fue, de hecho, puesto que falló el último penalti de la tanda fatídica de la final del MUNDIAL. Su disparo, demasiado alto, le dio el triunfo a la selección brasileña.

SUPER NINTENDO. Un clásico de las consolas de videojuegos con la que

crecimos casi todos. 16 bits y juegos de cartucho. Inigualable.

TOMBSTONE, La Leyenda de Wyatt Earp. Peliculón de Kurt Russel, el ídolo ochentero del buenrollismo y del reparto de tollinas, que recrea lo sucedido entorno al tiroteo en el OK Corral de Tombstone, Arizona, entre el equipo del sherif Wyat Earp y la banda de los malísimos hermanos Clanton y McLaury en 1881. El intercambio de plomo más veces llevado al cine.

Y ahora sí, FIN.

Playa Blanca, del 27 de junio de 2013
al 24 de octubre de 2015.

Table of Contents

- [1. The man who sold the world](#)
- [2. Dumb](#)
- [3. Stay away](#)
- [4. Smells like teen spirit](#)
- [5. School](#)
- [6. About a girl](#)
- [7. Son of a gun](#)
- [8. Love Buzz](#)
- [9. Very Ape](#)
- [10. On a plain](#)
- [11. In Bloom](#)
- [12. Milk it](#)
- [13. Been a son](#)
- [14. Territorial Pissings](#)
- [15. Scentsless Apendice](#)
- [16. Rape me](#)
- [17. Scoff](#)
- [18. Drain you](#)
- [19. Stain](#)
- [20. Come as you are](#)
- [21. Aneurysm](#)
- [22. Swap Meet](#)
- [23. Polly](#)
- [24. Blew](#)
- [25. Pennyroyal tea](#)
- [26. Something In The Way](#)
- [27. Heart-Shaped Box](#)
- [28. Lithium](#)
- [29. Breed](#)
- [30. Where Did You Sleep Last Night](#)
- [31. All apologies](#)
- [32. Sliver](#)
- [33. Sappy](#)
- [34. Oh, me](#)

[35. Negative Creep](#)

[36. I Hate Myself And I Wanna Die](#)

[37. You Know You're Right](#)

[38. Serve The Servants](#)

[CRÉDITOS](#)

[GLOSARIO](#)